ORIGENES DEL HOMBRE

Los Hititas (II)

26

TIME LIFE

folio

Los Hititas (II)

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Jim Hicks
Asesores: Oliver Robert Gurney, Harry A. Hoffner, Jr.
y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1993

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

Distribuye para España:
MIDESA
Ctra. de Irún, Km 13,350
28049 MADRID

Suscripciones y petición de números atrasados:
(sólo para España)
P.E. Ediciones Folio, S.A.
Apartado de correos, 4
08940 Cornellà (Barcelona)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-465-5 (volumen II)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-10694-93
Printed in Spain

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Hititas (II)

TIME
LIFE
folio

Índice de materias

VOLUMEN II

Capítulo quinto:
Raíces de grandeza **90**

Secuencia gráfica: Ritos populares de purificación, protección y castigo **105**

Capítulo sexto:
Un paseo por Hattusa **114**

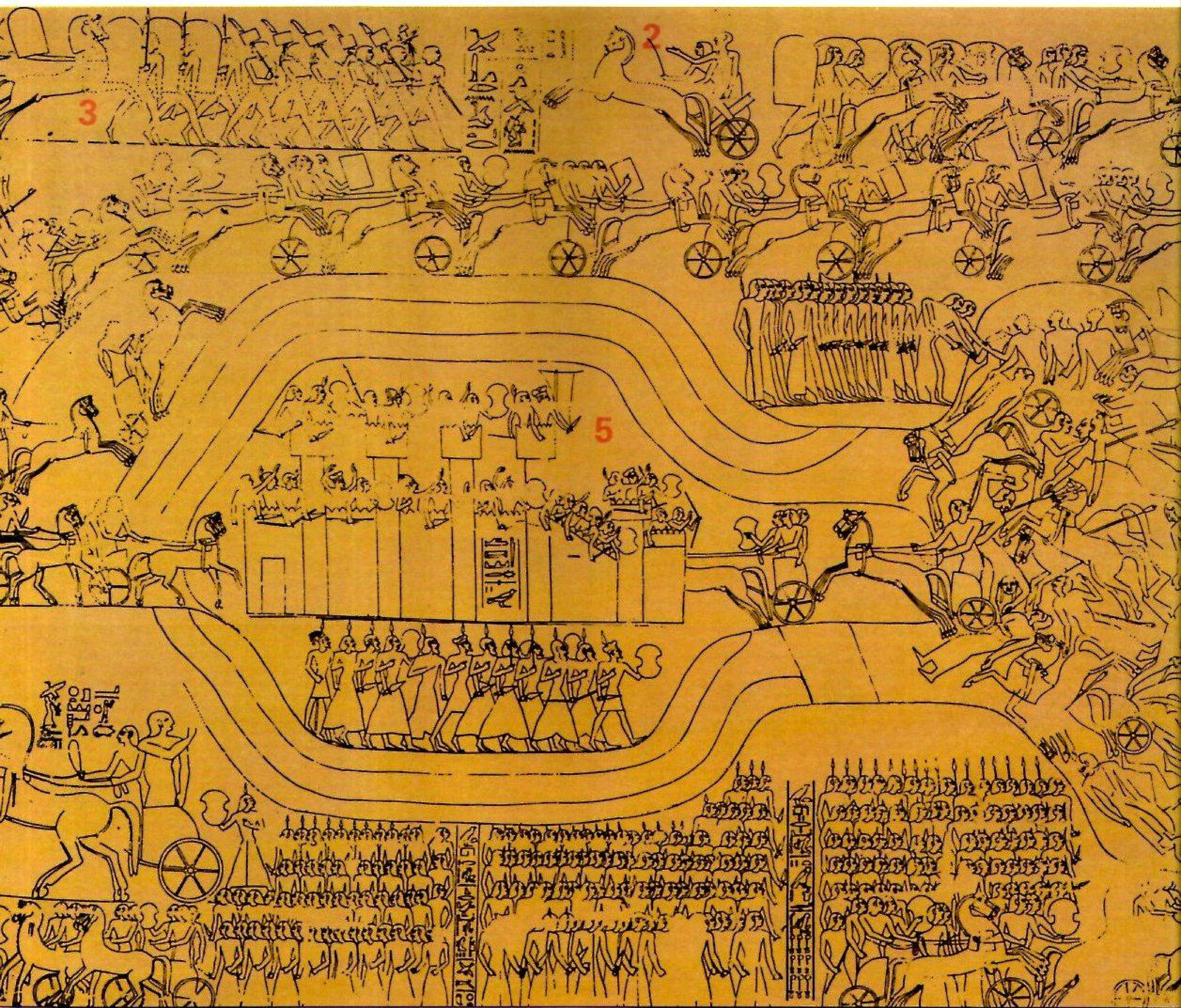
Secuencia gráfica: El muestrario ilustrado de los mitos hititas **131**

Capítulo séptimo:
Un final misterioso e inesperado **138**

Secuencia gráfica: El comportamiento y las formas cambiantes de los dioses hititas **147**

Procedencia de las ilustraciones, agradecimientos y bibliografía **156**

Índice **157**



RAMSES OBTIENE UNA VICTORIA MORAL

Nuevamente, las escenas del desarrollo de la batalla esculpidas en una pared del templo de Luxor ponen de manifiesto el coraje personal de Ramsés; aquí la ciudad de Qadesh –a la que los escribas del faraón denominan siempre "Qadesh la engañosa"– pasa a ser ahora el foco de atención.

Ramsés salió del combate como un héroe, ya que los hititas se refugiaron en la ciudad fortificada, tras unas tres horas de lucha encarnizada. El joven faraón demostró un gran valor personal durante el combate, y con la llegada de los "reclutas"y de la rezagada división Ptah pudo infligir grandes bajas a las fuerzas hititas –pero no sin sufrir daños de importancia–. Curiosamente, Muwatalli, incluso después de haberse refugiado en su reserva de 1.000 carros de guerra, no se decidió a comprometer su infantería. "Lo que hizo posible el éxito de Ramsés", escribe un historiador moderno, no sin cierta ironía, "fue el haberse salvado de una total destrucción."

El poema heroico egipcio que describe la batalla señala que prosiguieron los combates al día siguiente y que los hititas pidieron la paz (los historiadores están de acuerdo en que en el peor de los casos lucharon hasta lograr el empate), pero los relieves se interrumpen con la huida de los hititas a Qadesh. En ninguna parte de los anales oficiales se afirma que Ramsés hubiese capturado la ciudad. De hecho, durante los 16 años siguientes, tuvo que batallar constantemente en Siria hasta terminar firmando una alianza con el rey Hattusili III, hermano de Muwatalli.



1. *El faraón, estimulado a la acción por la invasión hitita de su campamento, arroja su carro contra la muralla de carros hititas. Digno de su papel de faraón y supuesto hijo del dios solar Re, se le representa destacado sobre todos los demás. Un lado de su carro va decorado con la figura de un león rampante, símbolo de poder y voluntad de lucha.*

2. *Un mensaje egipcio enviado por el acosado faraón cruza las líneas hititas en demanda de ayuda a la división Ptah, que se dirige a Qadesh. El descubrimiento de la situación de Muwatalli, al otro lado de la ciudad, así como el envío del mensajero y la incursión de los carros hititas en el campamento de Ramsés, ocurrieron al mismo tiempo.*

3. *La división Ptah llega para participar en la batalla. Aunque el hecho queda claro en esta escena, ni el poema épico ni los anales oficiales mencionan la ayuda aportada por la división Ptah. Los escribas egipcios tenían cuidado en no consignar nada que disminuyese el prestigio de Ramsés.*

4. *"Reclutas" bien disciplinados irrumpen en medio de los hititas. Acaso era una unidad cananea de jóvenes acuartelados por los egipcios en algún lugar de los alrededores.*

5. *Ramsés y sus cohortes persiguen a un carro de guerra hitita con tres ocupantes que se dirigen a la ciudad de Qadesh. Un hombre mira hacia atrás, a un campo repleto de cadáveres.*

Capítulo quinto: Raíces de grandeza



El Imperio hitita creció hasta llegar a ser poderoso gracias a la acción combinada de la guerra y la diplomacia, pero hay un hecho evidente y es que fue fundado sobre la base del trabajo desarrollado por hombres como Tiwatapara. Este no conquistó territorios, no codificó leyes, ni levantó grandes ciudades. Tampoco era rico o poderoso, ni famoso, y es casi seguro que no sabía leer ni escribir. A pesar de ello, Tiwatapara representó la espina dorsal de Hatti; lo mismo que la gran masa de población, había nacido como ciudadano libre y, lo que es más significativo, era un campesino.

Sólo gracias al aprovisionamiento de alimentos procedentes del campo y de los ganados de Tiwatapara y de sus compañeros campesinos, otros hombres pudieron dedicarse a la construcción del imperio. Con la contribución de una diversidad de talentos especializados, los campesinos de Hatti hicieron posible el crecimiento de una sociedad altamente urbanizada, estabilizada por un gobierno central basado en el respeto a la ley y unificada por una creencia común en los dioses nacionales, a los que podía apelarse en casos de interés nacional.

La historia de Tiwatapara se halla registrada en una tablilla de arcilla, una de las miles de tablillas procedentes de los archivos reales de Hattusa. El contrato consigna con toda minuciosidad el inventario no sólo de su propia granja, sino también la descripción de su familia; su esposa se llamaba Azzia y tenía un hijo llamado Haruwanduli y dos hijas: Anitti y Hantawiya. Vivían en "la población de Hanzusra", probablemente una aldea habitada por otros campesinos cuyas tierras se hallaban en las cercanías.

Esta familia divina hitita decora un molde de esteatita encontrado en la ciudad de Kültepe, en las tierras altas de Anatolia central. El marido, con casco cónico, parece ser un dios de la tempestad; la mujer, que sostiene a un niño, una diosa madre. Este molde fue utilizado para fundir figuras de plomo o para realizar improntas en placas de arcilla, que acaso servirían como objetos religiosos del hogar.

A juzgar por las ruinas de casas hititas descubiertas por los arqueólogos, la vivienda de Tiwatapara debió haber sido muy parecida a las que hoy día se construyen en las zonas rurales de Anatolia, con cimientos de piedra o cascotes, un entramado de madera y paredes de ladrillos de barro sin cocer. Posiblemente, si la casa de Tiwatapara estaba situada en una ladera, dispondría de distintos niveles mediante peldaños de piedra recubiertos de barro, los cuales conectarían entre sí la media docena de habitaciones de que sin duda constaba la vivienda.

El piso era de arcilla batida, pero si Azzia sentía alguna inclinación por la comodidad, algunas partes del piso estarían sin duda cubiertas con esterillas de juncos entrelazados. En una de las estancias estaba la cocina, provista de un hogar y de un horno de adobe; otra, seguramente estaba destinada a despensa, donde, en grandes tinajas de arcilla, se guardaba el vino y el aceite de oliva, mientras la carne secada colgaba de las vigas. Qué clase de camas utilizara la familia de un granjero hitita es algo desconocido, pero sin duda habría una o varias habitaciones para dormir, y probablemente otra, provista de una mesa y de sillas rústicas de madera, que serviría a la vez como punto de reunión y como comedor.

El inventario de Tiwatapara cita entre sus propiedades "un grupo de casas"; es de suponer, por tanto, que existieron varios edificios separados, empleados como almacenes o para encerrar el ganado; de todos modos, algunos animales compartirían la misma vivienda, como todavía ocurre hoy en distritos rurales de Anatolia, con lo cual se obtiene en invierno un calor que es de agradecer.

En el momento de redactar su inventario Tiwatapara tenía seis bueyes de tiro, dos bueyes más (probablemente para consumo de carne), 36 ovejas, 4 corderos, 18 cabras y 5 crías; como lugar de pasto para

Panaderos egipcios en un dibujo tomado de una pintura funeraria confeccionan diversos productos de forma idéntica a la descrita en los textos hititas. Mientras dos obreros (hilera superior) amasan la pasta en la cocina real saltando sobre ella y golpeándola, otros la transportan a un panadero que le da forma redondeada, triangular o forma de animales. Los panes y las tortas son luego cocidos (hilera inferior), en un recipiente o en hornos cónicos de arcilla. Los panaderos hititas elaboraban más de cien especialidades de pan, algunas de ellas con fines rituales.

los bueyes disponía de una media hectárea de tierra cerca de la vecina población de Parkalla.

El joven Haruwanduli tenía la misión de cuidar las ovejas y las cabras, mientras pastaban en las laderas de las colinas; no sólo tenía que protegerlas de los lobos, sino también cuidar de que no causasen daños a la propiedad del vecino; si invadían un viñedo ajeno Tiwatapara –de acuerdo con la ley hitita– podía ser sentenciado por los posibles daños causados: veinte siclos de plata por cada hectárea de viñedo y 6 siclos por cada una sin plantas.

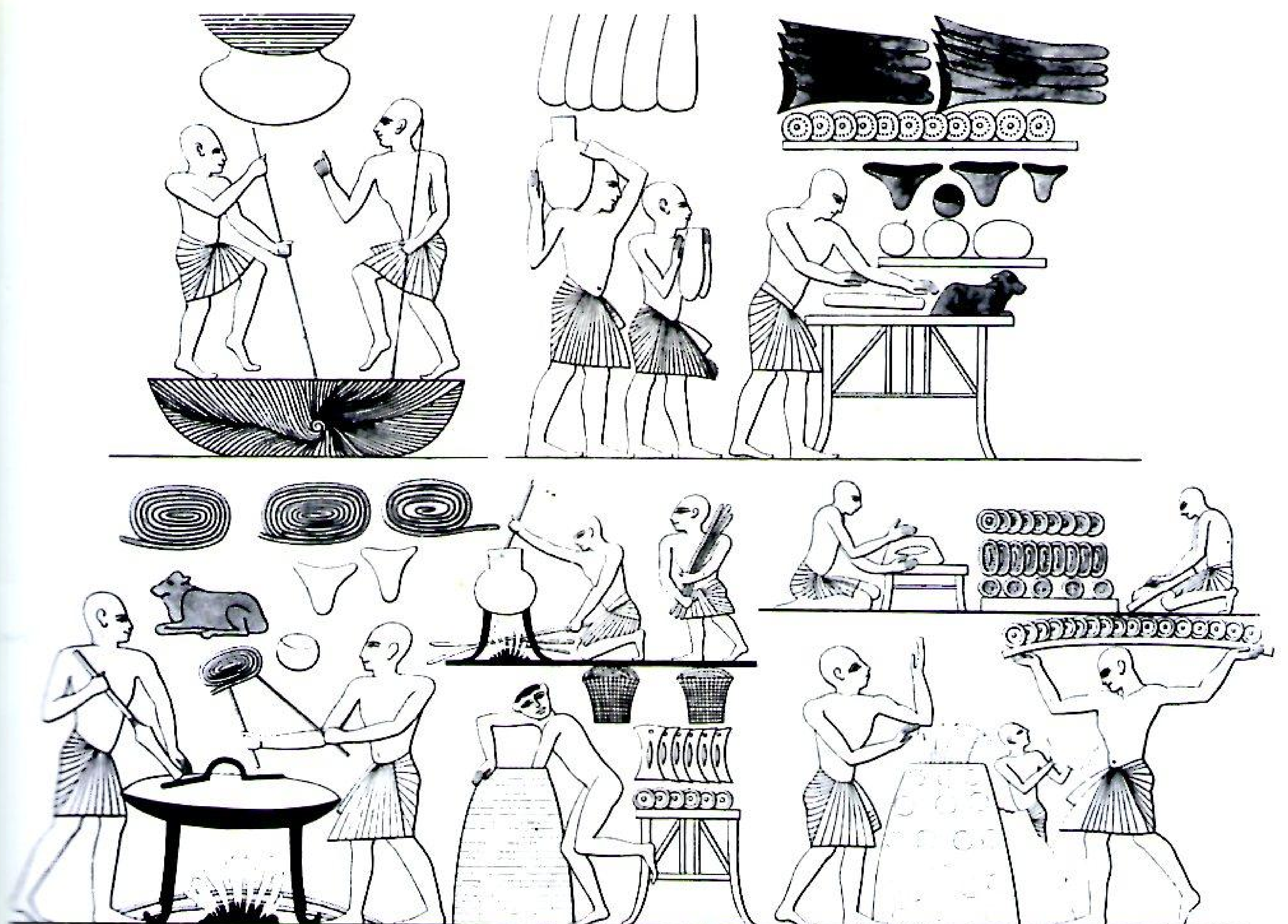
El elemento más importante del patrimonio de Tiwatapara no era su ganado, sino la hectárea y media de viñedo, valorada en 140 siclos; además disponía de 40 manzanos y 42 granados. En la escritura no se indica que Tiwatapara tuviese esclavos, lo cual induce a suponer que él y su familia cuidaban personalmente del campo y de las labores agrícolas.

Era posible disponer de trabajadores temporales, pero no es probable que hubiese tenido que recurrir a su ayuda, porque la extensión de su terreno no era grande; en cambio, sí pudo haber incrementado los ingresos familiares arrendando sus propios servicios o alquilando sus bueyes de tiro. El precio que se pagaba por cada uno era de un siclo mensual y si, por casualidad, sorprendía al arrendador golpeando a uno de sus animales, la ley le facultaba para reclamar, a título de compensación, 87,5 litros de cebada. Sin embargo, si los bueyes se desviaban y penetraban en un campo ajeno, el dueño de éste tenía derecho a utilizarlos sin pagar nada "durante todo un día hasta que empiecen a brillar las estrellas".

Hay que suponer que hechos de esta índole no ocurrían a menudo, pero existía un problema mucho más grave que escapaba al control de los campesinos: el clima. Hoy en día los inviernos en la meseta de Anatolia producen intensas nevadas y los veranos son secos; es posible que en tiempos de los hititas el clima no fuese tan riguroso. En efecto, el olivo, que hoy se cultiva sólo en las llanuras próximas a la costa, en tiempos de los hititas crecía en las tierras altas, tanto es así que el aceite de oliva es citado en documentos hititas como un producto de consumo corriente. Hay también indicios de que la región, que en la actualidad está casi totalmente desprovista de arbolado, presentara en aquellos tiempos extensiones pobladas de bosque. Las ruinas de los edificios hititas nos muestran que la madera era un material básico para la construcción, y los textos cuneiformes citan entre estas maderas las del roble, el álamo y el abeto.

De todos modos, las altiplanicies de Anatolia difícilmente pudieron ser un jardín del Edén; como las lluvias eran esporádicas, estaba muy extendido el sistema de riegos, hasta el punto de que apropiarse del agua de un vecino tras desviar su canalización estaba considerado un gran delito.

Haciendo las cosas lo mejor que podían y dadas estas circunstancias adversas, los campesinos hititas parece que llegaron a disfrutar de cierto bienestar; tanto es así, que muchos de ellos tenían posesiones mayores que las de Tiwatapara; además de uvas, higos y aceitunas, cultivaban cebada, trigo, cebollas, lentejas, garbanzos, lechugas y habichuelas e incluso en algunas zonas, el lino. La avicultura estaba muy extendida, y la miel era un producto corriente. Entre las aves domesticadas figuraban el pato y la perdiz. Tenían también bueyes, cabras, ovejas, caballos, asnos, mulos y cerdos. Los granjeros marcaban a sus animales, pero de los textos que nos han llegado no se puede saber si hacían este marcaje estampando señales con hierro candente en la piel o simplemente tiñendo el pelaje con tintas. En virtud de las leyes hititas, sabemos también que algunas propiedades estaban cercadas para retener dentro a los animales y mantenerlos apartados de la gente; era mayor delito cometer un robo en un campo cercado que en uno sin vallar, y los toros tenían que estar encerra-



dos, o de lo contrario podían ser confiscados y puestos a la venta por la justicia del rey.

Los campesinos producían vino de sus uvas maduras, aceite de sus aceitunas, queso de la leche de sus cabras, grasa de sus cerdos y harina y cerveza de sus granos. Como quiera que Tiwatapara y sus colegas campesinos obtenían mayor cantidad de alimentos de lo que ellos y sus familias podían consumir, una numerosa parte de la población hitita podía vivir desvinculada de la agricultura y dedicarse así a otros menesteres, entre los cuales cabe contar la metalurgia. Anatolia ya destacaba por su riqueza en minerales antes que los hititas la convirtieran en su patria. El cobre había sido desde antiguo el más importante capítulo de exportación de los comerciantes asirios, los cuales fundaron sus colonias mercantiles o *karums* en las afueras de las ciudades de Anatolia en tiempos anteriores a los hititas. El mineral de hierro también se hallaba en abundancia, hasta el extremo de que los hititas llegaron a monopolizar la producción del metal; a pesar de todo, el hierro era considerado por ellos como un metal raro y caro. Sólo unos pocos obreros metalúrgicos conocían la forma de producir las altas temperaturas necesarias para fundir el mineral de hierro; la idea de que los hititas se lanzaban a la lucha esgrimiendo espadas de hierro que podían destrozar las armas de sus enemigos por ser éstas de un metal más blando no tiene fundamento alguno. Sus herreros sabían desde luego decorar algunas espadas de hierro, así como tronos, ornamentos y estatuas de dioses, pero la mayoría de estos objetos se guardaban en los templos como ofrendas para los dioses o eran entregados a gobernantes extranjeros como obsequio del rey.

Aun cuando en tiempo de los hititas el hierro resultaba tan costoso como el oro, su dureza lo hacía singularmente atrayente para quienes podían permitirse su adquisición; tanto es así que se sabe de algunos reyes hititas que recibieron cartas de otros monarcas en que pedían les enviasen hierro: "En cuanto al hierro de buena calidad acerca del cual me escribiste" –contestaba un príncipe hitita del siglo XIII antes de nuestra era a una petición de hierro formulada por otro monarca, probablemente el rey de Asi-

ria– "el hierro de buena calidad no está disponible en mi casa de sellos de Kizzuwatna. El momento actual no es propicio para producir el hierro de que te he escrito; se producirá, pero todavía no han terminado con su trabajo; cuando lo terminen te lo remitiré; por el momento te envío la hoja de un puñal como obsequio para ti."

La plata era más abundante, hasta el extremo de que se utilizaba como instrumento básico de cambio. Fundida en forma de barras o de anillos, era valorada por su peso; 40 siclos eran equivalentes a una mina de plata, y suponiendo que la moneda hitita coincidiese con los valores babilónicos, 60 minas equivalían a 1 talento. El plomo se utilizaba como moneda de valor inferior; también se empleaba para tapaderas de recipientes y para confeccionar peines con que cardar la lana o el lino. El estaño era aleado con el cobre para producir el bronce y era sumamente estimado como material de revestimiento.

La agricultura hitita, además de servir al sostenimiento de los trabajadores que extraían y confeccionaban los metales, mantenía también una numerosa población de obreros especializados, tales como artesanos del cuero, remendones, tejedores, ceramistas, cesteros, carpinteros, picapedreros, comerciantes, sacerdotes, médicos y escribas. Algunos de estos trabajadores debieron organizarse por grupos de presión y quizás verdaderas asociaciones o gremios. La posible existencia de este tipo de organizaciones se deduce de unos textos en que se alude a ciudadanos que desempeñaban ciertos trabajos y que elevaron una queja al rey señalando que ciudadanos de otras categorías quedaban exentos del trabajo forzoso que a veces el Estado les exigía.

Si el trabajo en común sostenía el Imperio, fue la ley la que lo mantuvo unido; el acatamiento a la ley era el supremo deber en casi todos los aspectos de la vida hitita, tanto en las tierras de labor de Tiwatapara y sus vecinos, como en las minas, en los hogares y en los talleres artesanos. Los archivos reales nos han legado 200 estatutos, muchos de los cuales estaban evidentemente basados en sentencias dictadas en casos concretos, algo que nos recuerda que las leyes modernas han tenido su origen en leyes "precedentes". Los hititólogos creen que, además de estas leyes escritas, hubo una serie de leyes no escritas, o sea el llamado *derecho común*.

La legislación hitita no sólo regulaba buena parte de la conducta social, sino que también influía en las actividades económicas, hasta un punto que el comerciante de nuestro tiempo consideraría humillante; su legislación llegó al extremo de plantear lo que constituye el primer control de precios y de ingresos en la historia, aunque desconocemos los límites de la inalterabilidad de los salarios fijos y cómo se respetaban los precios. Así por ejemplo: el precio de una prenda de lana azul estaba fijado por la ley en un máximo de 20 siclos de plata y el de una camisa elegante en 3 siclos; dos quesos costaban 1 siclo; un cántaro de aceite 2 siclos, y si un obrero alquilaba sus servicios por los tres meses que duraba la recolección y se comprometía a doblar las gavillas, montarse al carro, conducirlo al granero y limpiar el suelo, recibía 2.625 litros de cebada; la mujer que trabajaba durante dos meses en las labores de recolección percibía sólo 1.050 litros.

Esta discrepancia tan acusada en los niveles salariales no significa ni mucho menos que los hititas fuesen antifeministas; aun cuando la sociedad hitita respondía a un sistema patriarcal, la ley garantizaba a la mujer ciertos derechos que mejoraban el concepto de simple mercancía que se le había asignado en algunas sociedades de la antigüedad. Así, por ejemplo, una muchacha podía romper su compromiso y contraer matrimonio con otro hombre, incluso sin necesidad del consentimiento paterno, siempre que el novio rechazado recuperase su obsequio de compromiso y el nuevo marido indemnizase a los padres de

la muchacha con el precio asignado tradicionalmente a la novia. Una viuda podía desheredar a su hijo si éste dejaba de sostenerla en la vejez. En los casos de divorcio, la mujer podía exigir la custodia de algunos de sus hijos, y al llegar al más alto escalón de la sociedad, las reinas hititas gozaban de facultades especiales que en algunos casos equivalían a los poderes de sus mismos maridos; ellas mantenían su propia correspondencia diplomática y conservaban sus títulos y prerrogativas incluso tras la muerte del esposo; en vida de la reina viuda, la mujer que pasaba a contraer matrimonio con el nuevo monarca era designada simplemente como la "esposa del rey".

En conjunto, la legislación hitita era más humana que otros códigos antiguos, y desde luego bastante más que el código babilónico de Hammurabi (según el cual un simple robo podía ser castigado con la pena de muerte) y en ciertos aspectos mucho más que las leyes de los israelitas; esta legislación estaba ideada para indemnizar en justicia a la víctima de un crimen, así como también para imponer justo castigo al delincuente, con lo cual se buscaba disuadir a la parte ofendida o a su familia de toda propensión a la venganza.

Así, por ejemplo, un pirómano fue obligado a reconstruir la casa que había incendiado; un asesino podía verse obligado a indemnizar a la familia de la víctima por la pérdida sufrida o ser condenado a muerte, si bien la pena capital sólo podía ser aplicada por voluntad expresa de los herederos. La pena de muerte, como castigo ineludible, quedaba reservada para aquellos casos en que el súbdito se negase a acatar la autoridad del rey, así como también por ciertas formas de conducta bestial y por rapto, si bien, en este último caso limitado a cuando "el hombre se ha apoderado de una mujer en las montañas". Si el hombre se apoderaba de la mujer en casa de ella y ella no pedía auxilio, el cargo imputado era de adulterio y no de rapto; si el marido sorprendía a la pareja, la ley le eximía de todo castigo por matarlos a los dos *in situ,* pero si optaba por dejar en libertad a su mujer tenía que hacer exactamente lo mismo con el adúltero.

Los esclavos gozaban también de protección legal; su casamiento con hombres y mujeres libres estaba plenamente reconocido y gozaba del amparo de la ley; si un hombre libre yacía con mujer esclava y posteriormente la repudiaba, ella tenía derecho a llevarse a uno de sus hijos.

Poco sabemos acerca de los tribunales hititas; a nivel local, la responsabilidad judicial parece que estuvo repartida entre los más ancianos de la población y el comandante provincial de la guarnición, que obraba en representación del rey. Probablemente los ancianos se esforzaron por solucionar buenamente cuantos pleitos les fuese posible, limitando así la intervención del comandante a aquellos casos en que uno de los litigantes, o ambos, no quedaran satisfechos con el fallo. Según parece, uno de los principales deberes de este funcionario era el de actuar como juez, al cual a menudo tenía que recordársele que en sus sentencias no tenía que dejarse influir. De acuerdo con sus instrucciones, "debía cuidarse de convocar a toda la población de la ciudad". "En cualquier pleito que se te presente, trata de buscar la forma de dar satisfacción al culpable; si un esclavo o la sirviente de un hombre o si una mujer desposeída de sus bienes tiene un pleito, decídelo pensando en ellos y dales satisfacción."

Cuando el pleito era demasiado complicado y excedía sus posibilidades de dictar justa sentencia, el comandante de la guarnición lo elevaba al tribunal supremo de la nación, que no era otro que el rey en persona. Determinados casos, como aquellos en que había mediado brujería u otros en que el reo merecía la ejecución, pasaban automáticamente al juicio del monarca.

Aun cuando no hay datos que demuestren si lle-

Una magnífica herencia

Cuando los hititas se establecieron por primera vez en Asia Menor se beneficiaron de la cultura indígena que ya florecía allí. Pruebas sorprendentes de algunos de los elementos que heredaron los recién llegados han aparecido en las excavaciones de Kanesh, activo centro comercial a la llegada de los hititas hacia el año 2000 antes de nuestra era. El yacimiento ha revelado el buen trazado de las calles y de las plazas y la espaciosidad de las casas, de dos plantas. Por lo menos dos edificios cercanos al área del mercado pudieròn haber servido de restaurantes; éstos contenían una cantidad nada común de cerámica, acaso utilizada para cocinar y servir la comida.

El mercado era un centro de intercambio de productos traídos del exterior por mercaderes asirios, los cuales dejaron constancia en tablillas de arcilla que son los documentos escritos más antiguos hallados en Anatolia. Los alfareros de Kanesh eran sumamente hábiles; sus delicadas cerámicas *(a la derecha)* rara vez fueron superadas, incluso durante los días de mayor esplendor del Imperio hitita.



Elegante a la vez que práctica, esta jarra de 40 centímetros de altura tiene unos apéndices en su parte delantera para facilitar su sujeción.



Recipiente para libaciones en forma de león rugiente; tiene un cuello en su parte posterior. Mide solamente 20 centímetros de altura.

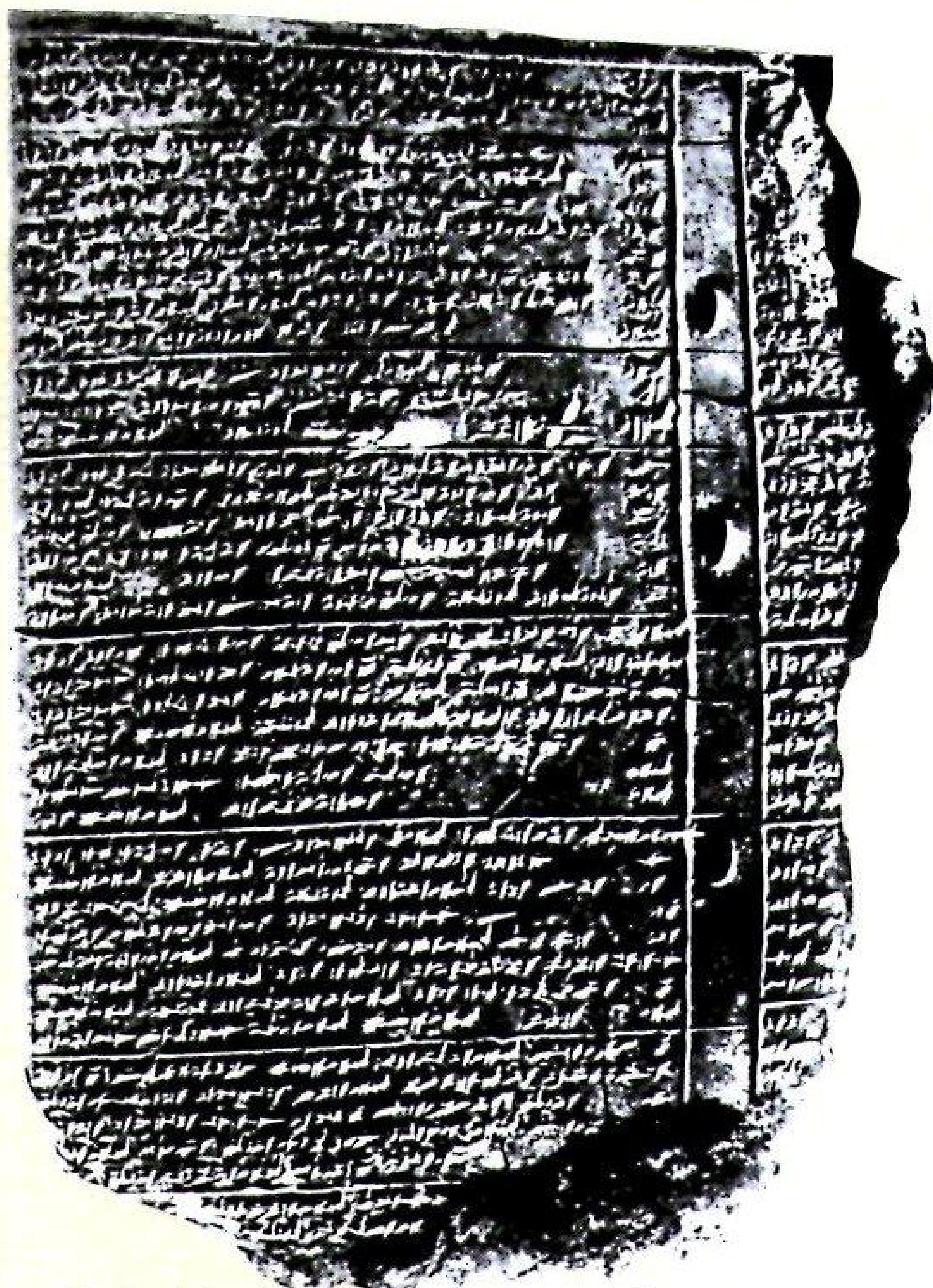


Esta cabeza de carnero, de una longitud de unos 15 cm, tuvo una vez ojos incrustados y puede haber sido parte de una vasija o una copa.

garon a funcionar tribunales ordinarios y cómo, sí existen relatos de ciertas investigaciones referentes a asuntos de estado, y estos relatos revelan que no se regateó esfuerzo alguno para determinar dónde se hallaba la verdad; algunos de estos relatos parecen transcripciones de las audiencias públicas del Congreso de los EE.UU. en Washington. Uno de estos relatos nos transcribe una investigación practicada sobre la conducta de un hombre llamado "el dios de la tempestad es grande", acusado de apropiarse de algunos bienes de la reina, e incluso de ganado que se le había confiado; después de que los testigos, con juramento previo, hubieron declarado, el acusado fue sometido a interrogatorio.

Uno de sus acusadores le imputó haber dado a Hillarizzi un par de mulas, a lo que el acusado contestó negando que fuesen propiedad de la reina: "Las mulas pertenecían a Hillarizzi y lo que hice fue devolvérselas sanas y salvas." Al llegar a este punto de la vista, otro de los acusadores irrumpió con la afirmación de que a uno de los hombres del acusado se le imputaba la venta de un caballo que pertenecía a la reina, habiendo obtenido en precio un talento de bronce. Al oír esto, el acusado quedó profundamente sorprendido y replicó: "¡Pero si mi hombre me dijo que la mula había fallecido!"

No sabemos cuál fue el final del juicio; después de citar otros testimonios, el relato se interrumpe con las sesiones a medio celebrar; pero, tal como afirma el profesor O. R. Gurney en su libro *The Hittites,* textos de esta clase demuestran la existencia de un espíritu de investigación cuidadosa e imparcial que quizá haya que considerar característico de la administración hitita en conjunto. En los casos en que el tribunal se enfrentaba con testimonios contradictorios no quedó por encima de recurrirse a la prueba de arrojar a ambos contendientes a un río: aquel de los dos que saliese a flote se suponía que había dicho la verdad.



La ley del país estaba inscrita en este pulcro texto cuneiforme, que figura en el fragmento de una tablilla de arcilla hallada en los archivos reales de Hattusa. En la segunda sección de arriba, una de las leyes dice textualmente: "Si alguien encuentra un buey, un carnero, un caballo o un asno, deberá gratificársele." Estos conceptos tan humanos eran típicos de la jurisprudencia hitita.

La imparcialidad de todo gobierno depende sobre todo del hombre que se halla a su cabeza, y esto es mayormente así si goza de poderes absolutos o casi absolutos, como era el caso de los monarcas hititas después de la extinción del *pankus,* teniendo en cuenta que este *pankus* era la asamblea de notables que en las fechas anteriores al Imperio había obrado como contrapeso de la autoridad real.

En conjunto, los gobernantes hititas parecen haber sido hombres de conciencia y de honor, pero, por mucho que fueran respetados por las masas, tenían que precaverse contra las intrigas palaciegas, que a veces eran despiadadas. Labarna II (que, como se recordará, fue el rey que convirtió Hattusa en la capital hitita y que cambió su propio nombre adoptando el de Hattusili, "el hombre de Hattusa") descubrió que un sobrino suyo, llamado también Labarna y a quien él había designado heredero, encabezaba una conspiración para expulsarle del trono. Hattusili, lleno de furor, condenó esta traición en presencia de todos los dignatarios en una alocución que ha quedado como uno de los más vibrantes ejemplos de la oratoria hitita:

"Yo había proclamado ante vosotros al joven Labarna diciendo: él se sentará en el trono. Yo, el rey, le llamé hijo mío, le abracé, lo exalté y me cuidé constantemente de él; pero ha demostrado ser un joven no apto para ser contemplado; no ha derramado lágrimas, no mostró piedad, fue frío y sin corazón. Entonces yo, el rey, le convoqué y le dije: ¡Bien! Nadie en lo sucesivo elevará al hijo de su hermano como su propio hijo adoptivo; hemos terminado, ya no es mi hijo. Entonces su madre rugió como un buey." Hattusili designó otro sucesor y dijo: "Mira, que Mursili es ahora mi hijo; en sustitución del león, el dios elevará otro león."

Después de un reinado prolongado y feliz, Mursili fue asesinado por un cuñado suyo, que, a su vez, pasó a ser rey; éste fue el inicio de una serie funesta de complots palaciegos, golpes de estado y asesinatos, a los que se puso fin gracias a una ley clarividente. El rey Telipinu, que accedió al trono alrededor del 1525 antes de nuestra era, se dio cuenta del desprestigio que todos estos complots representaban para la nación y se lamentó amargamente de que "en Hattusa el derramamiento de sangre ha pasado a ser cosa corriente". Aun cuando Telipinu había usurpado el trono y eliminado a otros rivales mediante la fuerza, decidió terminar de una vez por todas con el derramamiento de sangre de la forma siguiente:

"Que un príncipe, hijo de una mujer de primera categoría, pase a ser rey; si no hay príncipe alguno de esta primera categoría, que sea rey quien sea hijo de la segunda categoría; si aun así tampoco existe príncipe alguno, dejemos que una hija de la primera categoría tome marido y que él pase a ser rey."

La ley de sucesión dictada por Telipinu hasta cierto punto dio en el clavo; aportó una nueva etapa de estabilidad no sólo a la monarquía hitita, sino también a toda la nación; ya no hubo ninguna otra insurrección por espacio de 200 años.

Un rey hitita fue, a no dudarlo, una persona sumamente atareada; además de actuar como juez supremo, era jefe de la diplomacia y sumo sacerdote. Como elementos auxiliares, disponía de un cuerpo de funcionarios, normalmente miembros de su familia, los cuales ostentaban títulos tales como Jefe de cortesanos, Jefe de los tesoreros, Jefe de los "inspectores de 1.000", Jefe de los portadores del cetro y Jefe de la guardia personal.

El papel que desempeñaba el rey como comandante en jefe del ejército no podía delegarse en terceros; su misión era ciertamente difícil: sentarse en el trono de Hattusa y al mismo tiempo supervisar las diversas actividades de los generales sobre el terreno. Las campañas se iniciaban al llegar la primavera, cuando empezaba el deshielo en el territorio hitita y, por lo general, se prolongaban durante todo el vera-

Enterrados uno junto al otro, en las ruinas de la ciudad de Hattusa, estos dos toros de terracota, de unos 90 cm, resultan casi idénticos, desde las puntas de los cuernos en forma de lira hasta las señales de sus cuerpos. Los arqueólogos creen que representan a Sheri y a Hurri, los toros gemelos que arrastraban el carro del dios de la tempestad.



no. Durante la mayor parte de la temporada el monarca casi invariablemente dirigía él mismo las campañas. Al llegar el otoño, regresaba precipitadamente a Hattusa para ocuparse de la correspondencia diplomática, dictar fallos en asuntos jurídicos y establecer consultas con el gobernador de la ciudad sobre temas relativos a la administración de la capital, antes de iniciar, junto con su séquito, su recorrido de invierno por las provincias.

Estas visitas anuales tenían probablemente una finalidad política, ya que permitían al rey tener un conocimiento directo del gobierno de las provincias y de paso facilitaban la contemplación del monarca por parte de sus súbditos. En su condición de sumo sacerdote, el rey recorría los santuarios más importantes y asistía a festivales organizados en honor de los dioses más representativos. Durante estas peregrinaciones, el rey, la reina y el príncipe heredero se alojaban en palacios distribuidos por todo el país; no han quedado restos de estas mansiones y es muy posible que algunas de ellas consistieran en simples casas de campo.

Tanto si se hallaba de viaje como si residía en su palacio de Hattusa, el rey no tenía responsabilidades más importantes que el cumplimiento de sus deberes religiosos. Descuidarlos podía dar lugar a que los dioses le volviesen la espalda: entonces todo el país sufriría las consecuencias. Cualquier suceso grave de repercusiones nacionales nos conduce a la terraza del palacio, donde hallamos al rey delante de sendas mesas provistas de panes para el sacrificio, rezando la oración prevista para tales casos: "Cuando las cosas se ponen de tal manera que exigen demasiado de la fuerza humana... El pájaro se refugia en su nido y sobrevive; yo, por mi parte, me acojo al dios de la tempestad para salvar mi vida. ¡Condúceme por el camino recto! ¡Forma un equipo conmigo como buey para conducir el carro!"

Llegó otra primavera a sonreír sobre la meseta de Anatolia y mientras el rey celebraba su último festival religioso en Hattusa, hubo que movilizar al ejército y prepararlo para una nueva campaña. Con tal cúmulo de actividades es extraño que las cosas no se ponían más a menudo "de tal manera que exigen demasiado de la fuerza humana". Y así se comprende que los monarcas hititas, no obstante su buen deseo de cumplir con sus deberes religiosos, adoptaran el sistema de delegar en otros la rutina de pronunciar diariamente sus oraciones, delegación que se confería a un escriba para que las rezáse a los dioses.

Del mismo modo que las leyes servían a los hititas de guía y norma de conducta, la religión constituía su razón de ser; y a pesar de todo, prescindiendo de que fueran profundamente creyentes, las masas debieron pensar alguna vez –como le sucedió al mismo rey– que la excesiva frecuencia de prácticas religiosas constituía un estorbo; sencillamente, se había llegado a un exceso de dioses cuyo culto exigía una complicada liturgia. Los encargados del servicio tenían instrucciones de que nadie se marchara con excusas: "Si rodea tus rodillas diciendo: «Hazme un favor y permíteme que pueda primero concluir lo que tengo entre manos; pero cuando este asunto mío esté terminado, prometo que cumpliré los ritos tal como está ordenado», no transijas con las veleidades humanas, no permitas que tales caprichos prevalezcan sobre los dioses."

La mayor parte de las tablillas recuperadas de los archivos reales tratan acerca de temas religiosos. Describen un número considerable de ritos, explican los deberes de los sacerdotes y de los laicos, contienen largas reseñas sobre la forma de preguntar a los oráculos y –lo que resulta más fascinante– relatan algunos mitos que dejan vislumbrar cómo se desarrolló el panteón hitita y cuál era la conducta de sus divinos ocupantes.

Los dioses hititas eran numerosos. La mayoría habían sido adoptados de otros pueblos a medida que

los reyes de Hattusa fueron engrandeciendo su imperio. En las postrimerías de la época imperial los dioses que ejercieron mayor influencia fueron los adoptados de los hurritas, un pueblo vecino absorbido en parte por el Imperio hitita.

Como se puede suponer, tratándose de unos territorios tan castigados por las variaciones climáticas, la deidad más reverenciada por el pueblo hitita fue el dios de la tempestad, más comúnmente conocido por su nombre de origen hurrita, Teshub. La imagen impresionante de este dios (representada habitualmente empuñando una maza, y a veces sujetando un puñado de relámpagos) recorría las montañas montado en un carro tirado por sus bueyes sagrados, Sheri y Hurri *(página 100)*. A pesar de que este dios de la tempestad era conocido también como dios de los cielos, la figura predominante de la religión estatal de los hititas era su esposa, la diosa del Sol, una deidad que había llegado a fusionarse con una diosa hurrita parecida llamada Hebat. Cualquier monarca hitita con problemas buscaría la ayuda de Hebat antes que la de cualquiera otra divinidad; los hititas la denominaron "Reina del país de Hatti, Reina del Cielo y de la Tierra, compañera y amiga de los reyes y reinas del país de Hatti, iluminadora del gobierno del rey y de la reina de Hatti".

Esta fusión de personalidades divinas adoptadas de países diversos produce la natural confusión cuando se quiere analizar sistemáticamente el panteón hitita; así, por ejemplo, había un dios del sol llamado Istanu, al que se menciona en algunos mitos, y concretamente en el texto de tratados, como rey de los dioses y patrón supremo de justicia, a pesar de lo cual parece haber tenido menor importancia que el dios de la tempestad. Había otras divinidades adoptadas como propias por los hititas y elevadas a rango nacional, entre las cuales cabe citar a Kushukh, dios hurrita de la luna; Ea, dios de las aguas subterráneas, importado de Mesopotamia por conducto de



Este pequeño sello anatólico (5 cm) de 3.500 años de antigüedad (del que aquí se representan dos de sus caras y la base) contiene escenas de ritos no identificados. Sus cinco caras estaban grabadas y podían ser estampadas sobre arcilla blanda para identificar objetos o documentos legales. El dueño del sello podía llevarlo colgado del cuello.

los hurritas, y, por último, Ishtar, la gran divinidad babilónica, diosa llamada Shaushka por los hititas y que intervenía principalmente, según los mitos, en asuntos sexuales y amorosos.

Los dioses hititas no eran ni mucho menos figuras remotas y mayestáticas. En los mitos que se recitaban durante los festivales a ellos dedicados, estos dioses formulan quejas, engañan, mienten, profieren amenazas, luchan, muestran rencor y a menudo pierden los estribos, como cualquier mortal; así, por ejemplo, analicemos las debilidades y emociones humanas que se describen en la narración de una lucha entablada por la posesión del reino del cielo.

Había una vez, "en los viejos tiempos", un dios llamado Alalu, que era soberano del cielo, y mientras ocupaba su trono, otro dios llamado Anu le acató y "se postró a sus pies y mantuvo en su mano la copa de las libaciones". Pero un día este súbdito tan leal se alzó contra su superior y se apoderó del trono. A renglón seguido le fue ofrecida la copa de las libaciones por parte del dios Kumarbi, hijo de Alalu. Dadas las circunstancias, Anu podía haber recelado de este oferente, pero Kumarbi "le cogió por sorpresa y lo arrastró por los pies arrancándole del cielo".

No obstante, Kumarbi cometió un error; como no era un luchador limpio, aún según las normas de los dioses hititas, mordió y se tragó los órganos genitales del dios llamado Anu, después de lo cual se regocijó y prorrumpió en carcajadas, que cesaron cuando Anu aclaró que él se hallaba impregnado con las semillas de varios "dioses temibles"; Kumarbi, al oír esto, se apresuró a escupir en la tierra algunas de estas semillas y una de ellas se convirtió en el río Tigris y la otra en Tashmishu, un consejero de Teshub. La tercera semilla, el dios de la tempestad, germinó en el vientre de Kumarbi y le causó a su anfitrión grandes quebrantos al preguntar a voz en grito cuál de los orificios de Kumarbi tendría que utilizar como salida.

Cuando hubo nacido –parece ser que optó por salir a través de uno de los "buenos sitios" de Kumarbi, prescindiendo el relato de cuál fue– Teshub presentó batalla a Kumarbi. Los detalles de la lucha nos son desconocidos (la tablilla con los pormenores de la lucha está rota al llegar a este punto), pero el dios del Sol debió salir victorioso porque poco después lo hallamos gobernando a título de rey de los cielos, mientras Kumarbi intriga para recuperar su trono.

En su inspiración Kumarbi llegó a imaginar una gran roca que presentaba el aspecto exterior de una mujer. "Sus deseos se avivaron y se acostó con la roca. Su virilidad le llevó a poseerla cinco veces... hasta diez veces la poseyó...". Esta unión tan absurda dio como fruto a Ullikummi, un muchacho con cuerpo de diorita que al ser lanzado al mar creció de tal manera que haría enorgullecer a quienquiera que fuese su progenitor. Antes de haber transcurrido mucho tiempo, había crecido ya 43.000 km, causando consternación general entre los dioses.

Cuando el dios de la tempestad vio a Ullikummi se asustó al contemplar el nuevo rival y exclamó en alta voz: "¿Quién puede atreverse a contemplar una visión tan engorrosa? ¿Quién se atreverá a salir y presentarle batalla?" Por último, el dios de la tempestad recuperó su coraje, ajustó sus bueyes a su carreta (no sin antes haber untado sus cuernos con aceite y recubierto sus colas con oro), requirió la presencia de otros 70 dioses y algunas nubes tempestuosas a título de ayuda y presentó batalla a su descomunal rival; a pesar de su minuciosa preparación, perdió ya de entrada ante Ullikummi quien, a su vez, fue finalmente derrotado con la ayuda de Ea, dios mesopotámico de las aguas subterráneas.

Era muy difícil mantener una situación preeminente en la mitología hitita; el gobernante celeste siempre estaba expuesto a ser discutido. Existe un mito importante del que se conservan dos versiones. En este mito el rival es un dragón llamado Illuyanka.

Una versión del relato se inicia cuando el dragón ya se ha apoderado del corazón y de los ojos del dios de la tempestad; para quedar en pie de igualdad, el dios fecunda a una mujer de carne y hueso, de cuya unión nace un hijo que es enviado con la misión de que se case con la hija del dragón. Como era costumbre que los padres de la novia hiciesen un obsequio al futuro yerno, que tendría que convivir con ellos, el dios de la tempestad aconsejó a su hijo la conveniencia de que pidiese el corazón y los ojos del dios. No mostrándose propicio a denegar una demanda como ésta, que procedía de quien iba a ser su yerno, el dragón Illuyanka se los entregó. Restablecido así el poderío del dios de la tempestad, éste se apresta a atacar a Illuyanka, y en el momento crucial, su hijo, movido al parecer por el remordimiento de haber traicionado la hospitalidad de su suegro, se dirige al dios de la tempestad y le dice: "Considérame como si estuviese con Illuyanka; no me tengas compasión." Visto lo cual, el dios de la tempestad mata a ambos. Una versión diferente de este mito se explica en la página 134.

En cualquiera de ambas versiones, este mito era leído todas las primaveras como parte del ceremonial que regulaba uno de los más importantes sucesos del calendario canónico hitita; a saber, el festival *purulli*. *Purulli* significa "de la tierra", y como sea que el calendario hitita empezaba en la primavera, es muy posible que este acontecimiento fuese la festividad del Año Nuevo hitita, con la victoria del dios de la tempestad sobre el dragón, simbolizando el renacimiento de la tierra. Además de los ritos prescritos para el ceremonial de sus numerosos dioses, los hititas celebraban otras ceremonias para manejar o contrarrestar los efectos de la magia. Los hititas, pueblo sumamente supersticioso, tomaron la brujería tan en serio como la religión, hasta el extremo de que disponían de leyes que prohibían la práctica poco escrupulosa de la brujería.

De hecho, sus ritos mágicos eran tan completos y complicados *(páginas 102-113)* –destinados además a salir al paso de todos los problemas (que variaban desde una epidemia hasta la impotencia sexual)– que uno a veces se pregunta de cuánto tiempo disponían los hititas para ocuparse de sus asuntos corrientes. Había un rito destinado a reconciliar marido y mujer después de un altercado familiar, que presuponía no sólo una gran diversidad de conjuros por parte de una hechicera (llamada la "vieja mujer" en los antiguos textos cuneiformes), sino que también exigía más de 50 distintas actuaciones, así como una gran cantidad de elementos de ayuda; éstos comprendían productos tales como la sal, grasa de cordero, cera, vino, aceite, harina amasada, miel, higos, uvas, varias sustancias cuyos nombres no han podido ser interpretados todavía, lana de tres colores distintos –negro, rojo y azul–, un cerdo, tres ovejas y el cuerno de un buey.

La perspectiva de tener que seguir en detalle un rito tan complicado debió de hacer desistir a más de una pareja hitita que estuviese a punto de anunciar su separación matrimonial, no sólo por el elevado coste de todo el ganado necesario, sino también porque exigía labores tan penosas como las de excavar las fosas para enterrar los animales después del sacrificio; muchas veces sólo eran sacrificados el cerdo y dos de las ovejas, según se desprende de la frase "una oveja blanca no será muerta... pasará a poder de la vieja mujer". Esta vieja mujer era, desde luego, la que dictaba las instrucciones.

A pesar de todo, el desarrollo intelectual de los hititas no debe ser medido por su grado de adhesión a las prácticas supersticiosas; solamente un pueblo previsor y creador podía haber dado vida a su beneficiosa economía, a sus leyes inteligentes y a su eficaz sistema de gobierno; y desde luego, sólo un pueblo así podía haber levantado una ciudad tan formidable como Hattusa.

Ritos populares de purificación, protección y castigo

Dada la pasión que los hititas sentían por el orden y la legalidad, las observancias rituales figuraban en todos los aspectos de la vida diaria. Naturalmente existían los festivales solemnes y acontecimientos sacros, celebrados en templos y santuarios por los sacerdotes de la religión estatal, con centro en Hattusa. Pero también se celebraban muchas otras ceremonias al aire libre por miembros del clero laico no oficial, pero altamente venerado. Los ritos populares regulaban los asuntos domésticos y la amistad, la prosperidad y la salud, e incluso la aplicación de la ley. Los personajes que presidían estas ceremonias eran, por lo general, los sabios ancianos o ancianas de las ciudades y aldeas de las diversas regiones del Imperio y el pueblo los veneraba por su supuesto poder de comunicarse con una amplia gama de fuerzas sobrenaturales.

Mediante sus plegarias y conjuros, el pueblo demandaba las cosas que más deseaba; se aseguraba lo que ya poseía mediante ofrendas, y manifestaba su agradecimiento con juramentos. A pesar de que las ceremonias tenían lugar a menudo en lugares sencillos y que no se precisaba una vestimenta especial, los ritos se prescribían con tanta rigidez y se seguían con tanta minuciosidad como en la más rígida de las liturgias.

Unos 70 textos con la descripción de los más mínimos detalles en el desarrollo de los rituales hititas se han recuperado en los yacimientos arqueológicos. En esta página y en las siguientes se insertan pasajes seleccionados de estos textos, completados, para la mejor comprensión de tales ritos, con dibujos originales de un artista moderno.



Durante un rito de purificación, una sacerdotisa rural y cuatro asistentes varones se disponen a depositar un barquito en miniatura en un canal que va a dar a un río. El cargamento del barco consiste simbólicamente en ofensas y maldiciones. Dos de los ayudantes sostienen un cántaro y un botijo, de los cuales la sacerdotisa derramará miel y aceite en la corriente fluvial cuando el barquito haya sido botado. En la ceremonia, la sacerdotisa recitaría la siguiente oración: "De la misma manera que el río se ha llevado el bajel y no podrá hallarse nunca más rastro de él, así también quienquiera haya proferido una falsa palabra, juramento, imprecación o sea incorrecto en presencia del dios, ¡que el río se lo lleve! Y de la misma manera que ya no se hallará jamás rastro del barco, que ninguna palabra ofensiva exista para mi dios."



Una sacerdotisa coloca un cordel sobre un cliente y se dirige a los espíritus diciendo: "Afloja la tensión demoníaca de su cabeza, de sus manos y de sus pies. Traspásalos a su perverso adversario. Pero a los oferentes dales vida, vigor y longevidad." En un hilo atado a la muñeca de la mujer oferente la sacerdotisa forma un nudo sujeto a un trozo de hojalata y lo ata a un ratón (dibujo a la derecha). Antes de soltar al ratón la sacerdotisa pronuncia estas palabras: "He sacado el demonio de ti y lo he transferido a este ratón. Dejemos que este ratón se lo lleve a lo largo de una prolongada jornada a través de las montañas, las colinas y los valles."



Un rito para ahuyentar infortunios mundanos

Para liberarse a sí mismos de problemas tales como la enfermedad, temores o inquietudes, considerados como maldiciones impuestas por los enemigos, los "sacrificadores" –es decir, la gente que buscaba el alivio de sus penas– llevaban a cabo un rito prolongado y sumamente complejo. Al igual que otros muchos ritos hititas, éste era realizado por una anciana. Probablemente a cambio de una retribución, ya sea en especie o en dinero, dispensaba los conjuros apropiados, todo ello revestido del escenario apropiado.

Para la ceremonia, que podía durar varios días seguidos, se precisaban piñas, un árbol y fragmentos de madera, pieles, piedras semipreciosas, seis metales diferentes, hogazas de pan –cocido o crudo–, vino y algunos animales tanto vivos como degollados.

Para la parte del ceremonial ilustrada en estas páginas, la sacerdotisa necesitaba una cuerda larga –una cuerda de arco–, una pasta en forma de bolas, un poco de estaño y un ratón vivo. El texto hitita es explícito hasta el más mínimo detalle: "Ella toma una cuerda", explica, "y la ata desde los pies de los oferentes hasta sus cabezas respectivas por ambos lados. Entonces la estira por detrás mismo de las espaldas."

La ceremonia estaba destinada a conseguir tres cosas a un mismo tiempo: primero, obtener la ayuda de los espíritus benevolentes; segundo, ahuyentar los espíritus dañinos, y finalmente transmitir las inquietudes de los sacrificadores a las vidas de sus enemigos –que realmente las merecieran–.

Invocaciones y reproches a los dioses

Los hititas consideraban a sus dioses como seres omnipotentes, pero también con defectos; defectos y virtudes como los seres humanos. Podían ser depravados, celosos, vengativos, insaciables o simplemente olvidadizos; y cuando eran olvidadizos, el pueblo que los adoraba sufría hambre, dolor y pobreza.

Para atraerse a los dioses negligentes –dioses que aparentemente habían vuelto sus espaldas al país de Hatti– los adivinos hititas realizaban un ritual enérgico y agotador. Se dirigían a los dioses descarriados con lamentos y plegarias y trataban de atraerlos mediante generosas ofrendas de los más delicados manjares. A la derecha se representa la ceremonia que se llevaba a cabo para recuperar las atenciones de los dioses del cedro –divinidades benéficas de un área costera meridional de gran riqueza forestal–.

Con frecuencia los hititas reprochaban a los dioses de sus enemigos los propios males. La ilustración de la página siguiente reproduce un rito realizado por un sacerdote llamado Uhhamuwa a fin de librar a su país de la peste. El tono y los movimientos del rito expresaban cierta estima –todas las divinidades, incluso las del enemigo, merecían el debido respeto–. Así y todo, la intención del rito es evidente: poner fin a la epidemia de peste transmitiéndola mediante un dios extranjero a los adoradores de éste –ciudadanos de una nación no identificada pero probablemente hostil, que los hititas consideraban como las víctimas verdaderas de la plaga–.



Un adivino trata de atraer a los dioses errantes moviendo al aire el ala de un águila y llorando en forma lastimera. Otro adivino derrama libaciones con miel, harina y una mezcla de aceite y vino; los regueros de estas libaciones conducen a un altar provisto de alimentos destinados a los dioses negligentes. Entretanto, el tercer adivino trata de halagar a los dioses con una plegaria: "Dondequiera que estéis, oh dioses del cedro, tanto si estáis en el cielo como en la tierra, tanto si estáis en las montañas como en los ríos, tanto si estáis en el país de Mitanni como... en el país de Kaska... ¡regresad por favor a la tierra de Hatti!"

Coronado con una guirnalda de tejido de lana en colores azul, rojo, amarillo, blanco y negro, un carnero capturado se dirige a las montañas –el hogar de los dioses extranjeros–, espoleado por los bastones de los preocupados hititas. El tocado del carnero simboliza una epidemia que les ha afectado: "Cualquiera que sea el dios de tierra enemiga que haya causado esta plaga", gritan, "¡Ved! Hemos conducido a este carnero coronado para pacificarte. De la misma forma que una muralla es potente pero hace buenas migas con el carnero que la ataca, así también tú, dios que has originado esta plaga, haz las paces con Hatti."

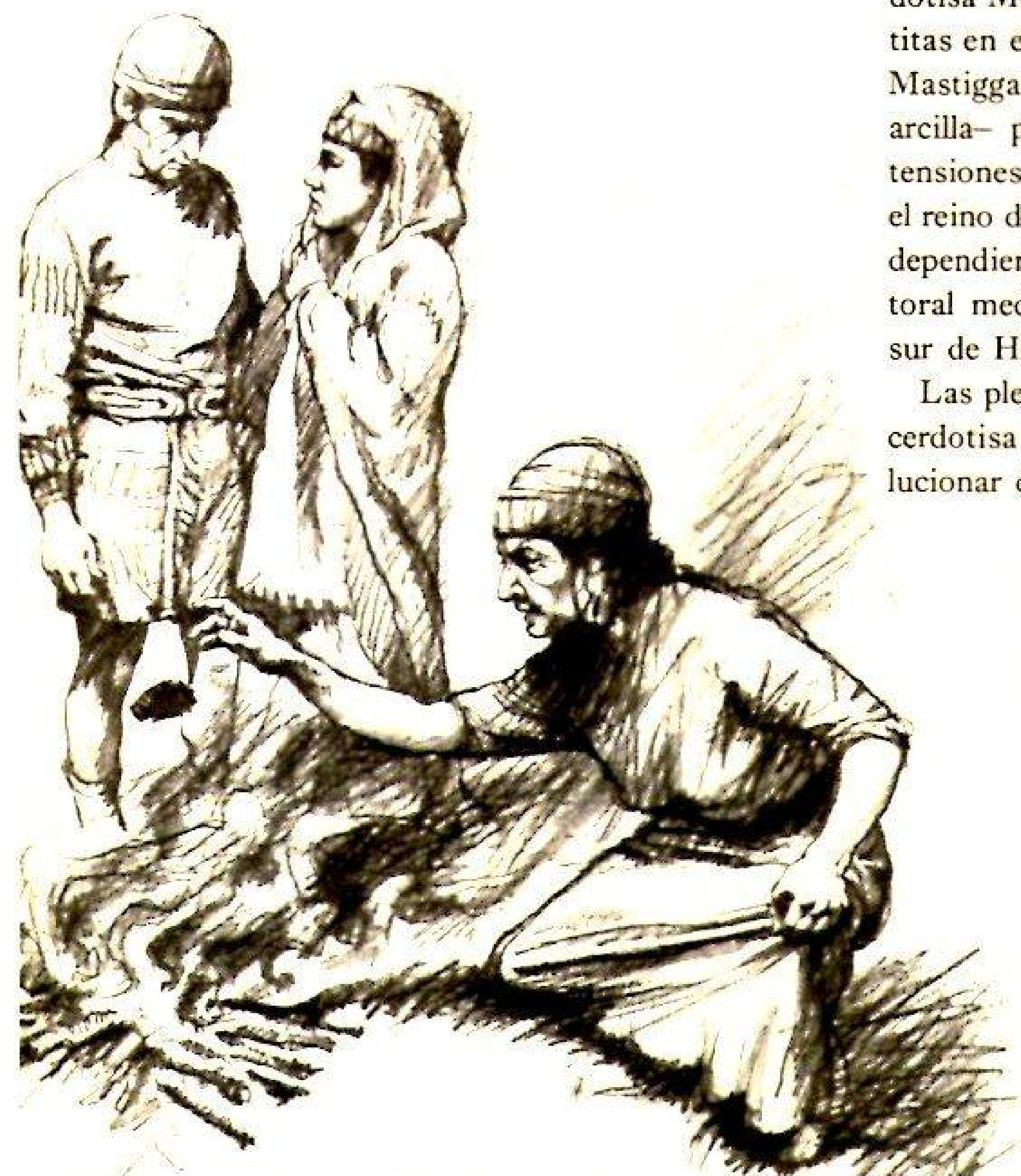


Ceremonias para lograr la paz doméstica

Los hititas practicaban ritos destinados a solucionar sus problemas personales y sobre todo para resolver controversias. Al igual que en el mundo moderno el abogado de una familia trata de solucionar las dificultades de ésta, así también la sacerdotisa Mastigga aconsejaba a algunos hititas en el siglo XIV antes de nuestra era. Mastigga –nos lo revela una tablilla de arcilla– practicaba su arte de aliviar las tensiones en las relaciones familiares en el reino de Kizzuwatna, en un tiempo país dependiente de los hititas, próximo al litoral mediterráneo, y a unos 280 km al sur de Hattusa.

Las plegarias y las ceremonias de la sacerdotisa Mastigga iban destinadas a solucionar disensiones y a establecer la paz entre marido y mujer, padre e hijo y parientes. Así, cuando las partes en disputa no eran capaces de resolver sus discrepancias por sí mismas, acudían, generalmente por parejas, en busca de la ayuda conciliatoria de Mastigga.

A petición de los oferentes, Mastigga les extraía las palabras motivo de disputa y las destruía, de modo semejante a como un médico o un curandero tratarían hoy a un paciente con una infección corporal. Los hititas, como muchos otros pueblos de la antigüedad, creían que los agravios mentales tomaban forma física, y por tanto podían ser extirpados físicamente. Aparecen ilustrados aquí tres de los rituales de reconciliación que ella y otros practicaban.



Una pareja en desacuerdo contempla cómo la sacerdotisa Mastigga quema un paquete en forma de lengua que simboliza frases hostiles. A medida que los paquetes, hechos de lana cubierta de grasa de cordero, se consumen en las llamas, la sacerdotisa exclama: "Sea lo que fuere lo que digáis con vuesta boca y vuestra lengua... que todo ello desaparezca estos días de vuestros cuerpos."



Sujetado por el ayudante de la sacerdotisa, un carnero blanco recibe sobre sí la animosidad existente entre dos hermanos. La sacerdotisa profiere un conjuro: "¡Expulsa estos anatemas!", y entretanto los dos hermanos se disponen a escupir en la boca abierta del carnero. El animal será después sacrificado y enterrado para que los anatemas desaparezcan.

Una sacerdotisa ahuyenta las preocupaciones de un padre y de su hijo mostrándoles un cochinillo y diciendo: "Ved; ha sido engordado con hierba y grano. Así como él no llegará a ver el firmamento y no verá jamás a otros cochinillos, no dejéis que los malos pensamientos puedan ver tampoco a estos oferentes." Al terminar la oración, el cochinillo es sacrificado y enterrado.

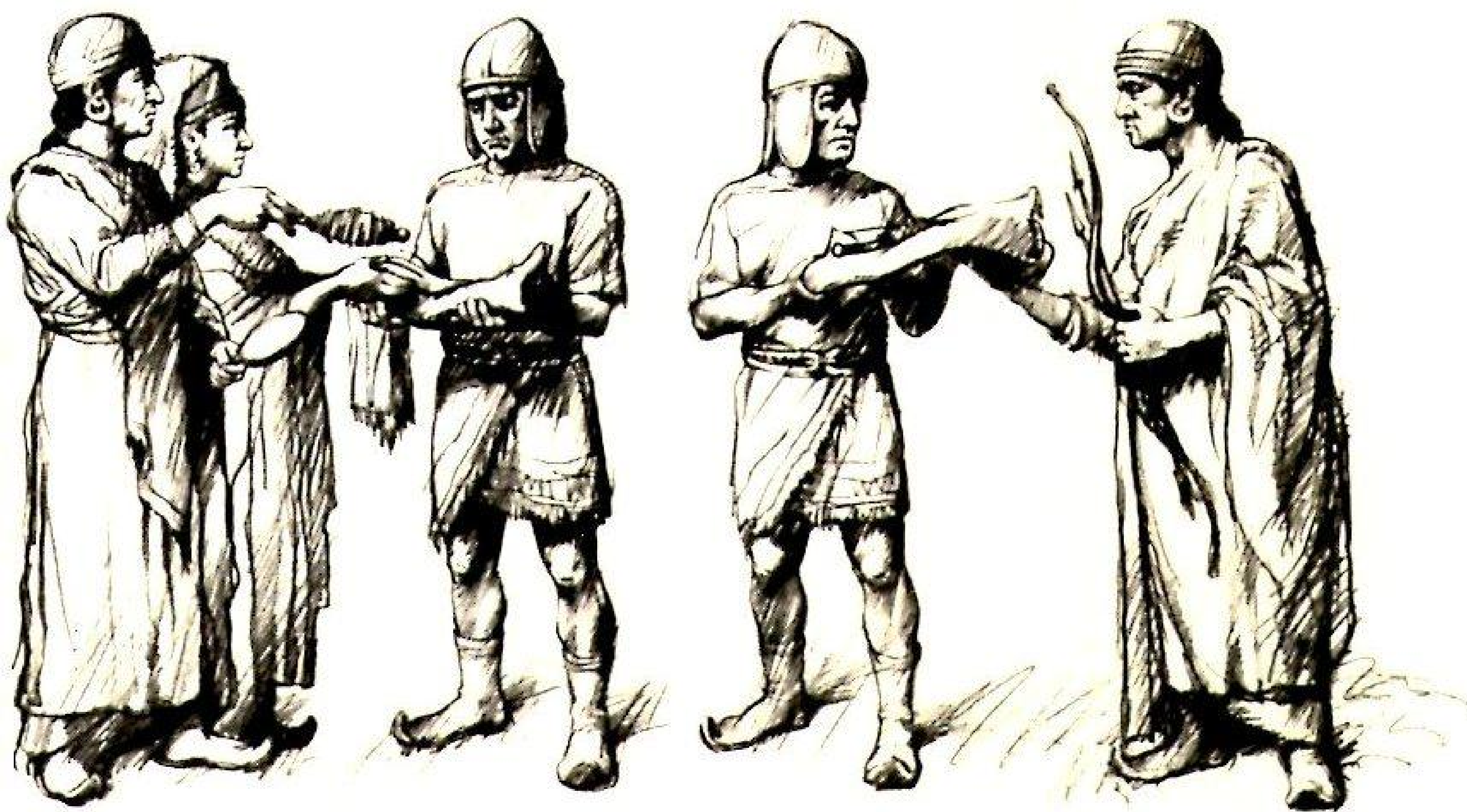




El voto de un soldado y el castigo de un campesino

La obediencia estricta a la ley del país era una de las obligaciones más serias para los hititas: estaban ritualmente sujetos a cumplir sus contratos y obligaciones, y si faltaban a su promesa podían recibir un castigo severo.

Por ejemplo, para asegurarse de que un paisano, reclutado para servir en el ejército, cumpliría sus deberes con lealtad, se le sometía a un juramento cuya ceremonia se representa abajo. Este juramento constituía más una amenaza que una instrucción; se suponía que un hombre conocía –o lo aprendería rápidamente– cómo obedecer las órdenes de sus superiores. El texto del juramento detallaba en términos explícitos los castigos por deslealtad, los cuales comprendían la ceguera, la sordera y –acaso lo más execrable desde el punto de vista de un soldado hitita (o de cualquier otro)– ser convertido en mujer. Los tribunales hititas establecían la culpabilidad o la inocencia previa audiencia de los testigos y sopesando las pruebas. Si los jueces fallaban que el acusado era culpable, el criminal sufría el castigo, incluyendo algunas penas de carácter ritual. Un par de tablillas de arcilla describen en detalle 200 distintas cláusulas para enjuiciar todos los crímenes y delitos imaginables, desde el asesinato hasta el robo de una colmena. El terrible precio que pagaba un hombre por desobedecer al rey –uno de los crímenes más graves para los hititas– se representa a la derecha. El malhechor no pagaba sólo por sí mismo el crimen que había cometido; todos los miembros de su familia más próxima, desde los más ancianos hasta el niño más pequeño, sufrían igual castigo.





Dos sacerdotes y una sacerdotisa, vestidos con ropas rituales, reciben el juramento de dos reclutas. Aunque estos soldados ya van equipados con sus cascos y sus botas, reciben flechas, que serán rotas, y adornos femeninos, símbolo de la desgracia en que incurrirían si no cumplen fielmente sus deberes. Si llegan a ser desleales, uno de los sacerdotes dice: "¡Que se vistan de mujer! ¡Que los arcos, las flechas y las porras se rompan en sus manos y que en sus manos queden solamente ruecas y espejos!"

Acusado de haber desobedecido al rey, un campesino reúne a su familia y contempla cómo los ejecutores de la ley destruyen su casa. De acuerdo con la legislación hitita, "quienquiera que se oponga al juicio del rey, verá su casa convertida en un montón de ruinas". Los eruditos interpretan la palabra "casa" como sinónimo de hogar y deducen de ello que, en los casos de quebrantamiento de la ley, no sólo era destruido el edificio sino también eliminado el culpable y sus más directos familiares, probablemente por el sistema de la lapidación.



Capítulo sexto: Un paseo por Hattusa



Los trabajos realizados por la arqueología moderna demuestran que Hattusa, la gran capital imperial, tuvo sus comienzos probablemente en forma de dos aldeas fundadas alrededor del año 2000 antes de nuestra era, cuando la región formaba parte del reino de Hatti, en la antigua Anatolia. Ambas aldeas estaban situadas en el área que posteriormente los hititas amurallarían –área que comprendía una estribación montañosa en declive suave hacia el norte, y que estaba interrumpida hacia el este por una honda garganta y hacia el oeste por un profundo valle–.

Una de las aldeas había sido edificada en una altura rocosa (conocida actualmente con el nombre de Büyükkale, que significa "el gran castillo"), donde siglos más tarde los reyes hititas levantarían sus palacios fortificados. El motivo que impulsó a los pobladores prehititas a escoger el sitio fue la facilidad que la altura del terreno ofrecía para la defensa. La otra aldea se recostaba en un terraplén natural existente al pie de la ladera noroeste de la citada cima rocosa; esta segunda localidad se hallaba cerca de siete manantiales que año tras año serían una bendición inestimable por el suministro de agua.

La mayor parte de las ruinas de estos primitivos núcleos de habitación fueron descubiertas bajo los restos de edificaciones levantadas por sucesivas generaciones de habitantes. Los restos de una casa prehitita excavada en Büyükkale demuestran que estas aldeas no eran de un tipo demasiado rústico; quienquiera que fuese el poseedor de la residencia debió ser una persona de fuertes medios económicos; la casa medía más de 18 × 15 m y constaba de, por lo menos, ocho habitaciones, que se comunicaban mediante escaleras interiores de piedra. Los montantes de dos puertas de madera provistas de sus respectivos pivotes, y que medían casi dos metros de altura, son prueba evidente de que las habitaciones de la casa podían quedar perfectamente aisladas; sus ocupantes emplearon además una gran diversidad de utensilios de alfarería, algunos de los cuales, de formas exquisitas, con relieves que representaban leones, cabras monteses y cabezas de carneros.

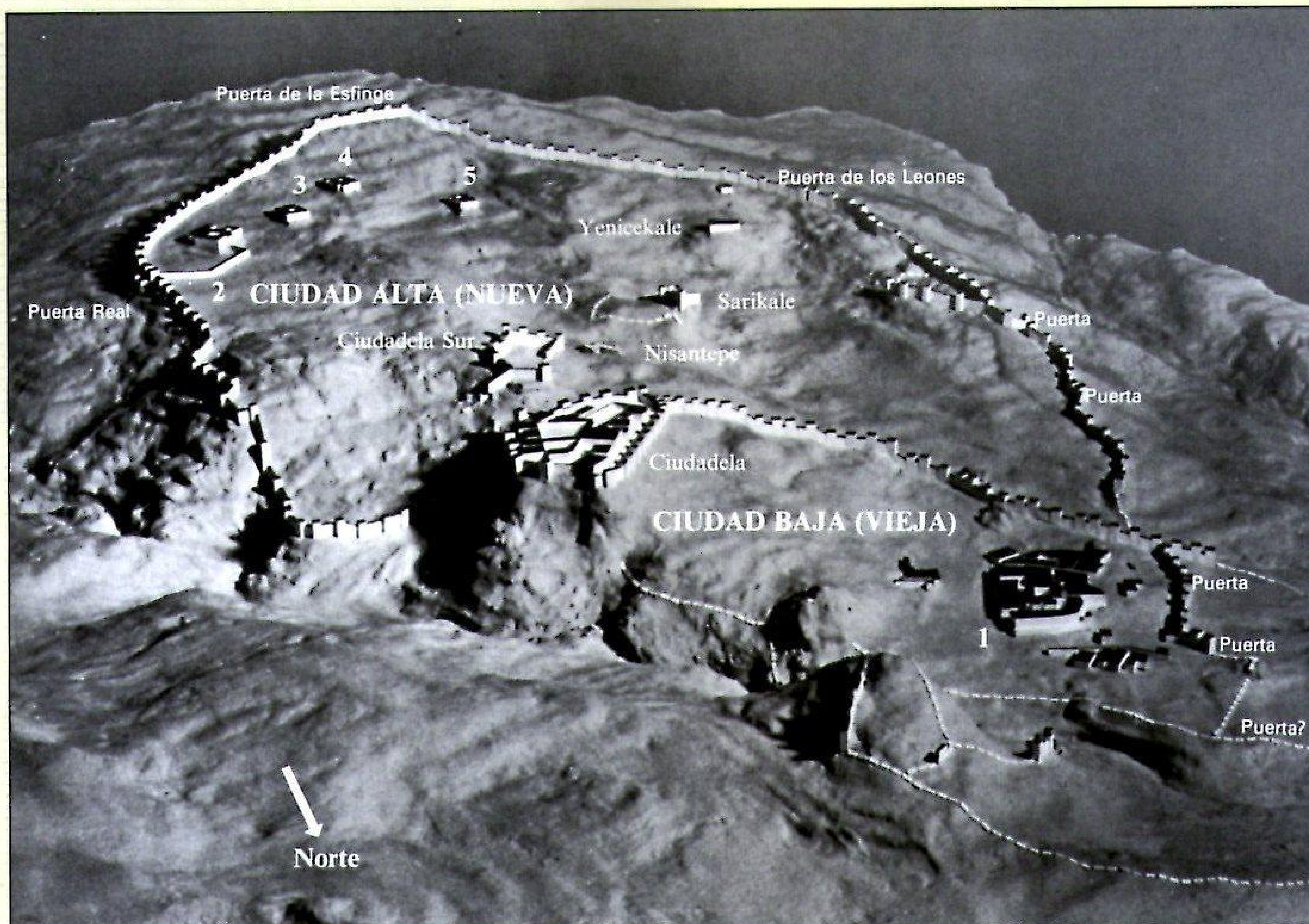
La casa que estamos describiendo era un edificio aislado, y su estructura daba la sensación de haber crecido por etapas, habitación por habitación; ni sus muros exteriores ni sus paredes internas seguían trazados rectilíneos previamente planeados, sino que formaban planos escalonados y salientes, lo que daba lugar a la existencia de numerosos ángulos; del mismo modo, el solar sobre el que se levantaron los varios pisos del edificio había sido terraplenado en forma de terrazas a distinto nivel.

Este mismo estilo básico de arquitectura era conocido en Anatolia antes de la llegada de los hititas; los recién llegados lo adoptaron, incluso tratándose de templos y palacios de gran tamaño, con la misma facilidad con que asimilaron los dioses nativos y otras características locales que contribuyeron a formar la cultura hitita.

Bajo el dominio de los hititas y en el transcurso de varias centurias la localidad vio cómo crecía su población hasta convertirse en una verdadera ciudad. Es presumible que la mayor parte de la ladera situada entre los dos poblados primitivos se fuera llenando de viviendas, y, con el transcurso del tiempo, se erigió una muralla de adobes para proteger las alturas donde residían probablemente los príncipes locales, muralla que pudo haber llegado también hasta los confines de la población baja.

Situada cerca de rutas comerciales existentes en

Este fragmento de un incensario o recipiente de arcilla, del siglo XV antes de nuestra era, reproduce detalles del recinto amurallado de Hattusa. Los ventanales de la torre servían para que los arqueros disparasen desde distintos ángulos a un mismo tiempo, protegidos de las flechas de los enemigos. Las aspilleras tenían cantos redondeados en vez de agudos, quizá para disminuir la erosión de los elementos.



Reconstrucción arqueológica moderna que ilustra alguna de las características de Hattusa en el siglo XIII antes de nuestra era. La línea de trazos (abajo a la derecha) señala el límite de lo que se supone eran las murallas de la ciudad vieja; las murallas de la ciudad nueva se han reconstruido con restos del recinto primitivo. El gran edificio (1) en la ciudad baja es el Gran Templo; las edificaciones 2 a 5 (arriba a la izquierda) representan otros tantos santuarios. En la ciudadela (centro) estaba la residencia de los reyes. Nisantepe, Yenicekale y Sarikale pueden haber sito también residencias reales.

dirección norte-sur y este-oeste, la importancia comercial de la ciudad fue creciendo hasta que llegó un momento, probablemente durante el siglo XIX antes de nuestra era, que atrajo un *karum* o colonia de comerciantes asirios, los cuales pasaron a ocupar un suburbio edificado por ellos mismos en terrenos bajos situados en las afueras, al norte de la ciudad.

Más tarde, durante el siglo siguiente, sobrevino una catástrofe: estalló un incendio que destruyó totalmente la ciudad, incluso el *karum* asirio; este desastre fue atribuido supuestamente a Anitta, rey de la ciudad anatólica de Kussara, que más tarde sería adorado por los monarcas hititas considerándole como el antecesor espiritual de toda la nación y que, a raíz de aquel suceso, se había jactado de "haber sembrado malas hierbas" en el sitio que un día ocupara Hattusa. La localidad fue abandonada y tardó unos cien años en ser reconstruida.

Su renacimiento como ciudad llegó en el siglo –XVII, cuando el monarca reinante Labarna II –que ya había extendido la hegemonía hitita en Asia Menor y Siria– decidió construir su capital sobre las ruinas y tomar de este lugar el nombre de Hattusili.

Más tarde, en la época del Imperio, cuando un pueblo hostil llamado Kaska irrumpió en el territorio en dirección al norte, el pueblo hitita agradeció que se hubiese escogido aquel lugar como sede de Hattusa; los guerreros kaska, que nunca pudieron ser pacificados, mantuvieron constantes agitaciones en la frontera septentrional del Imperio y durante siglos constituyeron una amenaza para la capital. Incluso cuando la expansión hitita se hallaba en su cenit, la línea límite del dominio efectivo hitita no llegaba más allá de unas pocas docenas de kilómetros al norte de la ciudad. En parte debido a ello y en parte también a causa del espíritu vigoroso y militar de los propios hititas, Hattusa vino a ser tanto fortaleza como simple ciudad; el rey Hantili, que gobernó durante el siglo XVI antes de nuestra era, la rodeó de murallas que tuvieron que ser objeto de sucesivas ampliaciones a medida que la ciudad se ensanchaba en el transcurso de los siglos siguientes, con objeto de cubrir nuevos barrios agregados.

Durante los siglos XIV y XIII antes de nuestra era Hattusa alcanzó su mayor extensión y apogeo. Los hallazgos de los arqueólogos y su interpretación por parte de los historiadores permiten vislumbrar algo de la magnificencia de aquella ciudad imperial. Los textos jeroglíficos y cuneiformes legados por los hititas han vertido mucha luz sobre la naturaleza de sus ufanos habitantes, pero la arqueología y los textos sólo nos descubren una parte de cómo era Hattusa en aquellas épocas. Para restablecer el sabor de la ciudad viva es imprescindible aflojar las tensas riendas del rigor científico e intentar unos supuestos lógicos confeccionados a base de lo que sabemos sobre la vida diaria en otras ciudades del Oriente Medio que florecieron por el mismo tiempo.

Un viajero que se dirigiese a Hattusa en el siglo XIII antes de nuestra era –supongamos un ciudadano de un estado vasallo que nunca hubiese visitado la capital– probablemente se encaminaría hacia ella por su acceso más fácil, cruzando las tierras relativamente bajas en dirección norte. Aun cuando el territorio que rodea las ruinas está ahora casi totalmente desprovisto de vegetación, nuestro viajero tal vez hubo de hacer este viaje a través de bosques; existe por lo menos un documento hitita que sugiere tal posibilidad. Este relato describe una ceremonia en el curso de la cual la estatua de un dios era conducida en una carreta festoneada con cintas rojas, blancas y azules, a través de la puerta noroeste en dirección a un arroyo donde la estatua era bañada ceremonialmente: "Las mujeres iban delante, como también los bailarines y las meretrices del templo, portando todos antorchas encendidas", dice la tablilla, y termina con la frase "y el dios va detrás y lo conducen hacia el bosque".

A la salida de la espesura nuestro viajero se encontraría ante una explanada frente a la ciudad; ningún caudillo militar permitiría tener cerca de su sistema defensivo árboles que sirviesen de cobijo a un enemigo en potencia. Al llegar a este punto, nuestro viajero haría un alto para contemplar lo que veían sus ojos; debería de alzar la mirada porque los macizos muros de la torre que dominaba la campiña y la extensión de tierra visible detrás de las defensas se elevaba bruscamente hacia una cumbre que parecía suspendida en el cielo.

Supongamos que llega al despuntar el día, cuando aún no se han abierto las puertas, y nuestro viajero decide dar un paseo recorriendo aproximadamente la mitad del recinto amurallado; desiste desde luego de recorrerlo en su totalidad, pues ya sabe que tal cosa le supondría una excursión larga y penosa, de unos 6 km. Llega a un punto en su caminata donde queda atónito al contemplar cómo un tramo de la muralla salva un precipicio de 8 m de anchura, verdadera obra de ingeniería. Por la parte sur de la ciudad las murallas son de más reciente construcción; efectivamente, fueron levantadas en el siglo –XIV, en un momento de expansión urbana que duplicó el ámbito amurallado de Hattusa.

Estas fortificaciones, que servían de defensa de la ciudad alta, circundaban el terreno más elevado de las proximidades. Frente a las fortificaciones existía una depresión natural del terreno que había sido profundizada más por los hititas, los cuales, con la tierra sobrante, elevaron la altura del terraplén en que se cimentaron las murallas. Este terraplén estaba pavimentado con piedras formando explanada, fuertemente inclinada, cuya superficie lisa impedía que una fuerza asaltante pusiese pie en ella.

A lo lárgo de la cresta del terraplén discurría la muralla exterior de la ciudad; pocos metros detrás y dominándola con sus torres quedaba la muralla principal. En su parte alta la muralla estaba flanqueada por aspilleras redondeadas, y a intervalos había altas torres provistas de mirillas y aberturas para disparar armas, tanto en la parte frontal como en los lados.

Mientras sigue contemplando las murallas, nuestro viajero ha observado que existen varios accesos de entrada a la ciudad: poternas para salidas al exterior, puertas para viandantes y unos grandes portalones flanqueados por torres, en la parte alta de unas rampas de acceso, que sirven de entrada y salida de carros y carretas. En este punto, en el lado sur, existen unos accesos a la muralla exterior consistentes en dos escaleras empinadas que forman ángulo con el terraplén, las cuales podían ser fácilmente defendidas desde los edificios superiores. Traspasadas las fortificaciones exteriores, quienquiera que penetrase en la ciudad tenía que ascender por una rampa existente entre ambas murallas, obstáculo nada despreciable para un presunto invasor. La puerta estaba flanqueada por dos esfinges de piedra tallada.

En épocas de paz, quienes llegaban para visitar la ciudad podían quedar dispensados del penoso ascenso por las escaleras; con permiso del centinela, el visitante podía atravesar una especie de poterna, es decir, un túnel de más de 70 m de largo, que comunicaba el interior de la ciudad con el exterior por debajo de las murallas. Aun cuando este pasaje podía servir de atajo para un caminante, su característica principal era de tipo defensivo; era demasiado angosto para que un enemigo intentase utilizarlo como medio de penetrar en la ciudad por la fuerza, pero facilitaba las salidas de soldados hititas con el fin de realizar incursiones contra los sitiadores.

En este momento se oyen voces y ruidos de cerrojos desde dentro de las murallas; están a punto de abrirse las puertas; el visitante aguarda. De acuerdo con unas ordenanzas promulgadas por un rey llamado Arnuwanda, que gobernó por el año –1400, la responsabilidad de la seguridad de la ciudad incumbía al *hazannu*, un funcionario real. "Tú, *hazannu*,

Ingeniosas defensas de la capital hitita

Incluso hoy, transcurridos más de 3.000 años desde la destrucción de Hattusa, los restos de sus fortificaciones, tales como las puertas macizas representadas abajo, proclaman la ingeniosidad de los hititas como arquitectos militares. Logrando sacar partido de lo accidentado del terreno, los constructores rodearon su capital con una muralla que en algunos puntos llegó a tener un espesor de casi 8 m. A lo largo de su perímetro de unos 6,5 km, atravesó colinas, así como depresiones del terreno que fueron rellenadas de tierra para obtener terrazas inclinadas. La muralla se asentaba sólidamente en hiladas de piedras de gran tamaño, muchas de ellas trabajadas hasta quedar convertidas en bloques lisos que se ajustaban perfectamente sin necesidad de argamasa. Sobre tales cimientos se colocaban ladrillos de adobe y vistosas torres para defensa de las múltiples puertas de acceso a la ciudad.

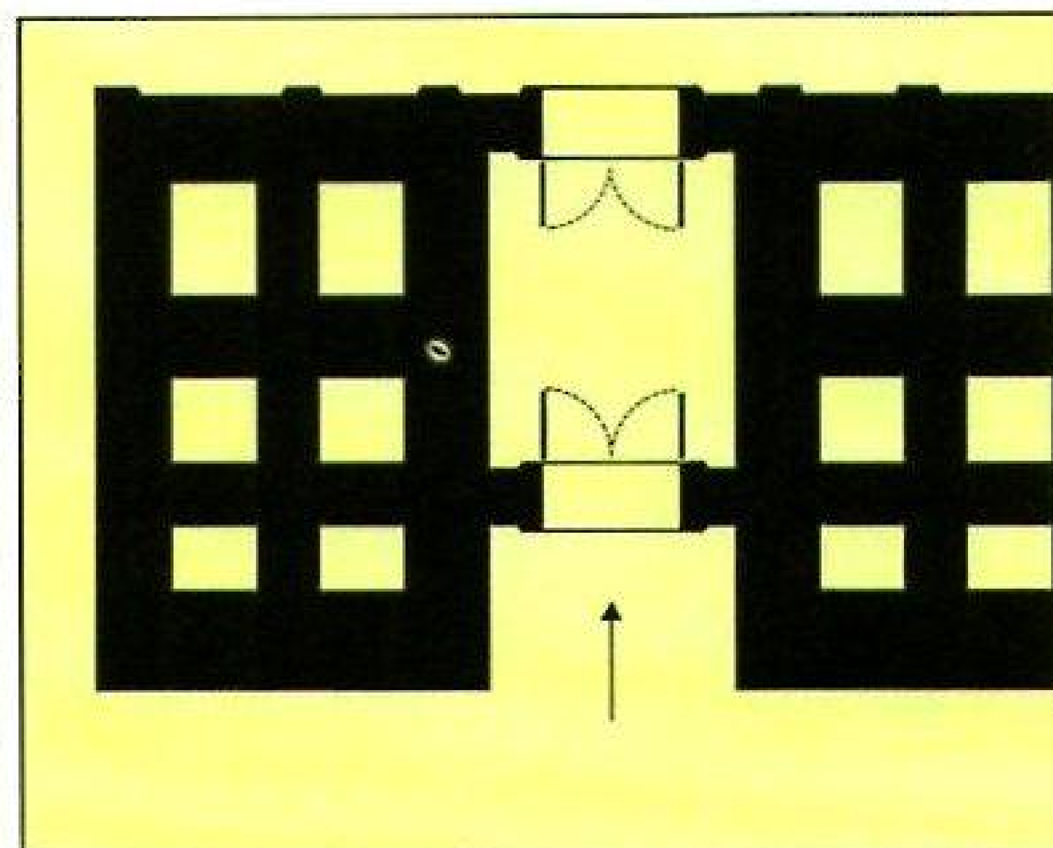
La Puerta de los Leones, una de las entradas más importantes de la gran muralla de Hattusa, estaba protegida por dos altas torres rectangulares cuyos cimientos, construidos con bloques de piedra, destacan a ambos lados. La puerta tenía una anchura de 3 m por la parte del suelo y tomó su nombre de los dos leones esculpidos en los batientes de la entrada.

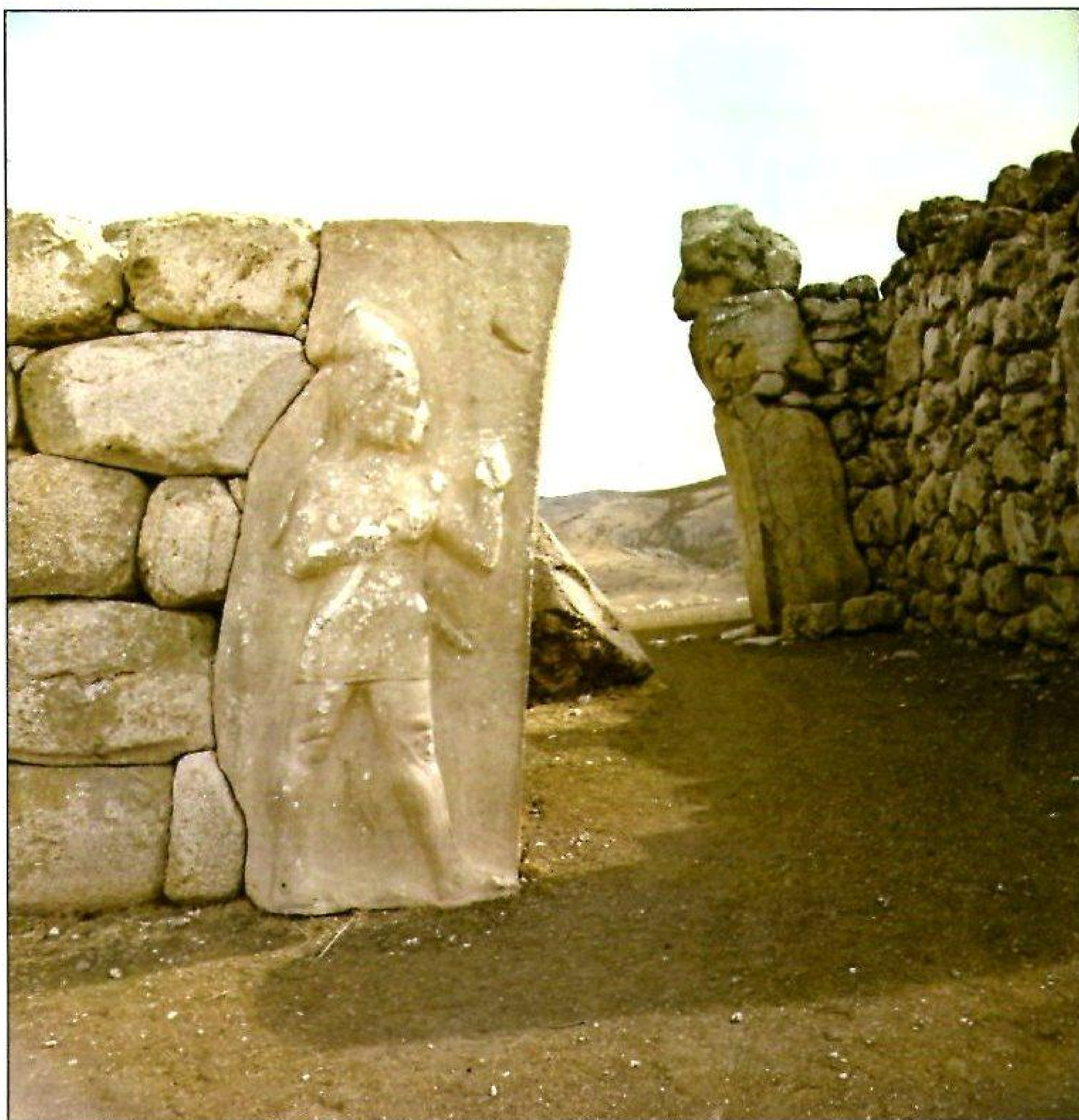


Un probado sistema de seguridad

Las principales puertas de acceso a Hattusa constituían la característica más impresionante de las extensas y variadas defensas con que contaba la ciudad, pensadas sin duda para resaltar el poderío hitita. Una de las entradas principales de la ciudad era la Puerta Real en forma de ojiva *(abajo)*. Decorada con la figura de un dios musculoso que lleva un hacha de combate, estaba flanqueada por dos torres gemelas de piedra. Al llegar la noche, unas puertas macizas, hechas probablemente de madera revestida de bronce, eran colocadas en su sitio y sujetadas con clavos de cobre. Con la Puerta Real y otras puertas cerradas de tal forma y la ciudad fuertemente protegida por sus gruesas murallas en las que montaban guardia los soldados, los ciudadanos de Hattusa podían entregarse al sueño sin temor a sufrir ningún ataque imprevisto.

El diagrama inferior muestra la complicada construcción de la Puerta Real y sus torres anexas. Las dos puertas dobles en el centro probablemente se cerraban por dentro del vestíbulo de las puertas, después de lo cual el guardia de la entrada tenía que salir ascendiendo a la muralla por unos escalones. Los seis huecos interiores de cada torre, formados por sendos muros, estaban llenos de cascotes a guisa de refuerzo.



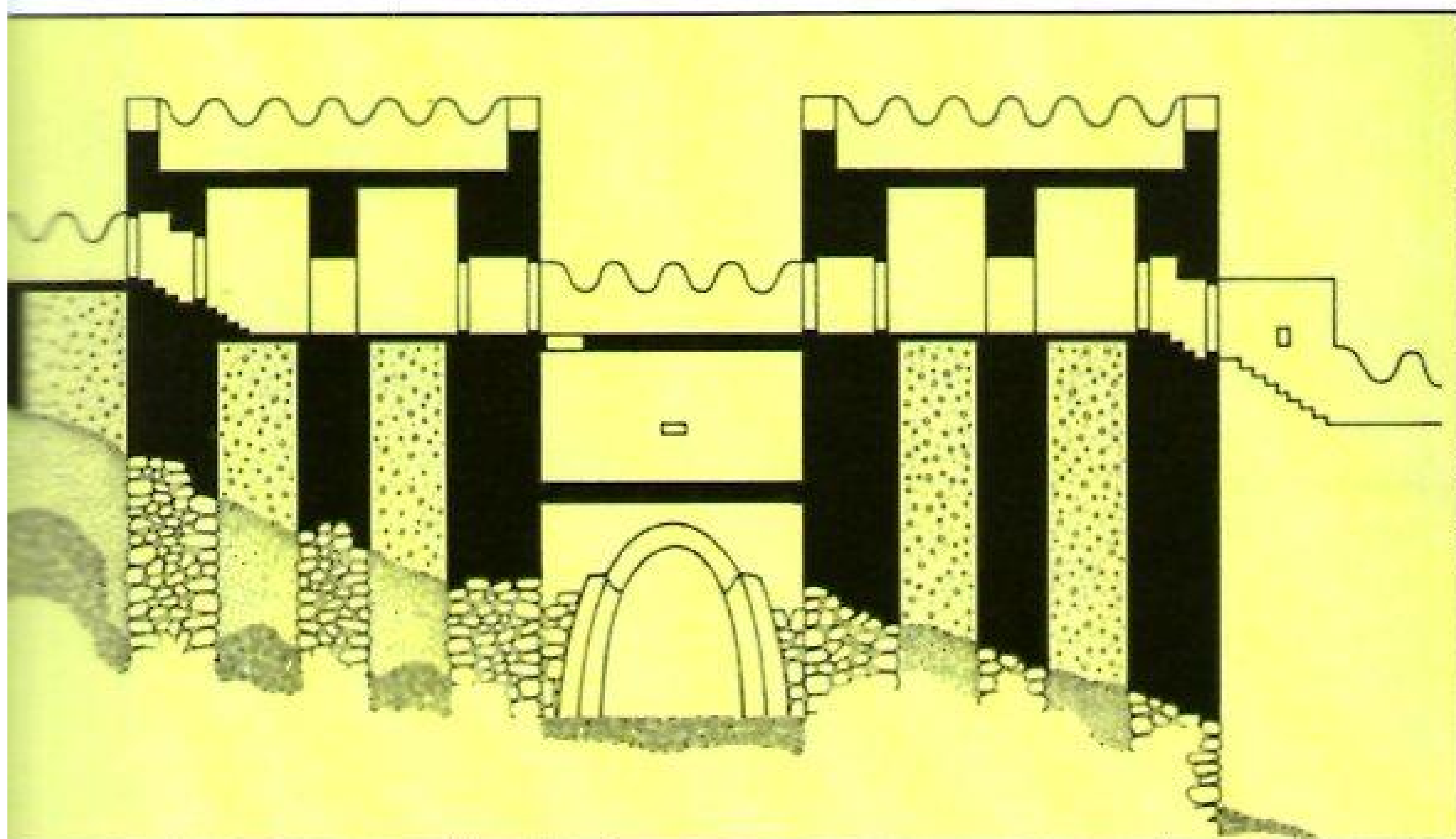


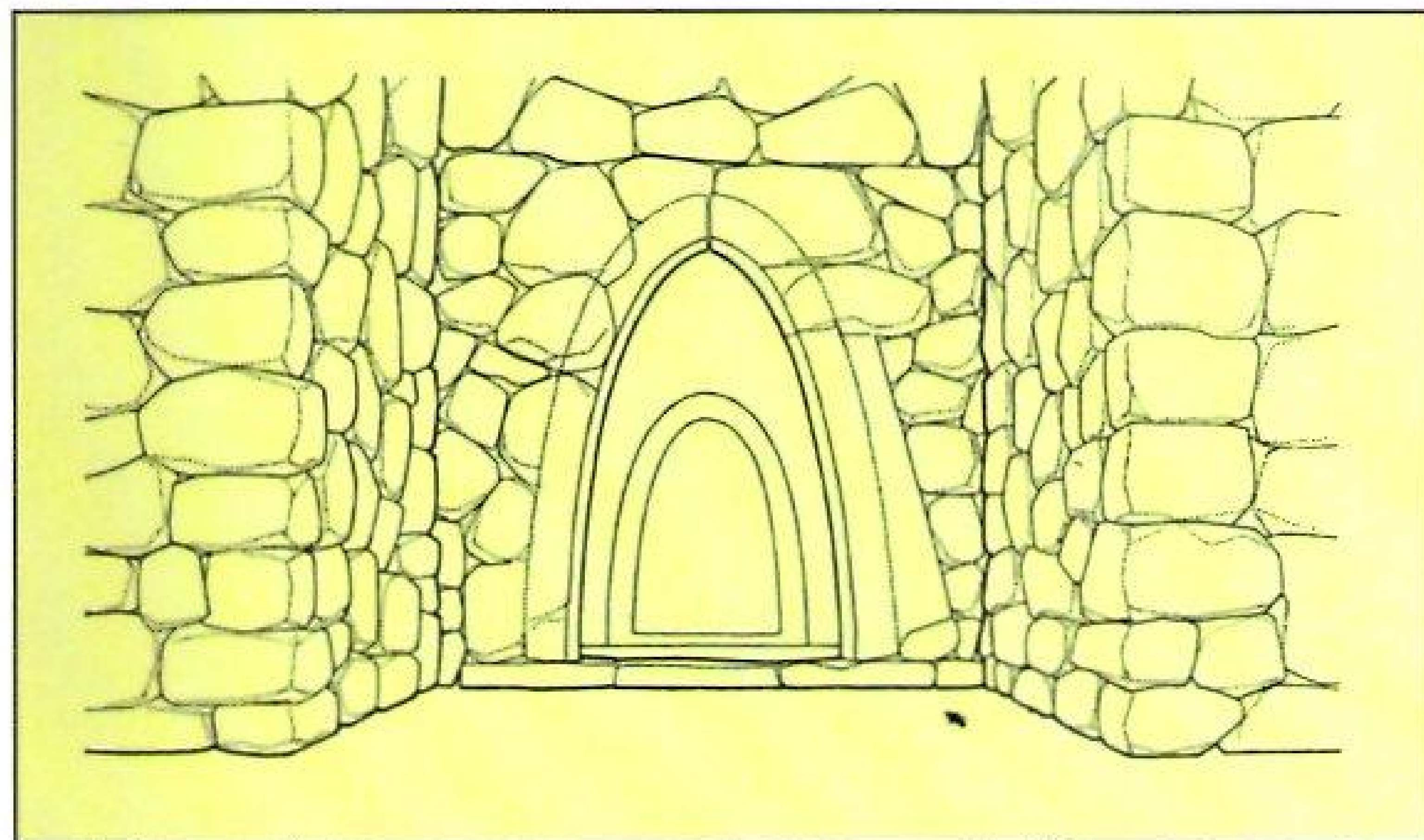
Las dos reconstrucciones representadas a la derecha muestran ciertas características comunes entre la Puerta Real, la Puerta de los Leones y las dos puertas occidentales de Hattusa. Cada una de ellas tenía dos portales esculpidos en piedra, en forma de ojiva (extrema derecha). Tal como puede apreciarse en los grabados de la derecha, las torres de vigía que flanqueaban las puertas estaban asentadas en profundos cimientos, y su altura quedaba limitada por la parte superior de la muralla de la ciudad.

En el dintel de la Puerta Real está grabada la figura poderosa de un dios, que la custodia.

Restos de dos arcadas separadas unos 6 m y que en principio tenían más de 4 m de altura dan idea del tamaño de la Puerta Real y sus torres.



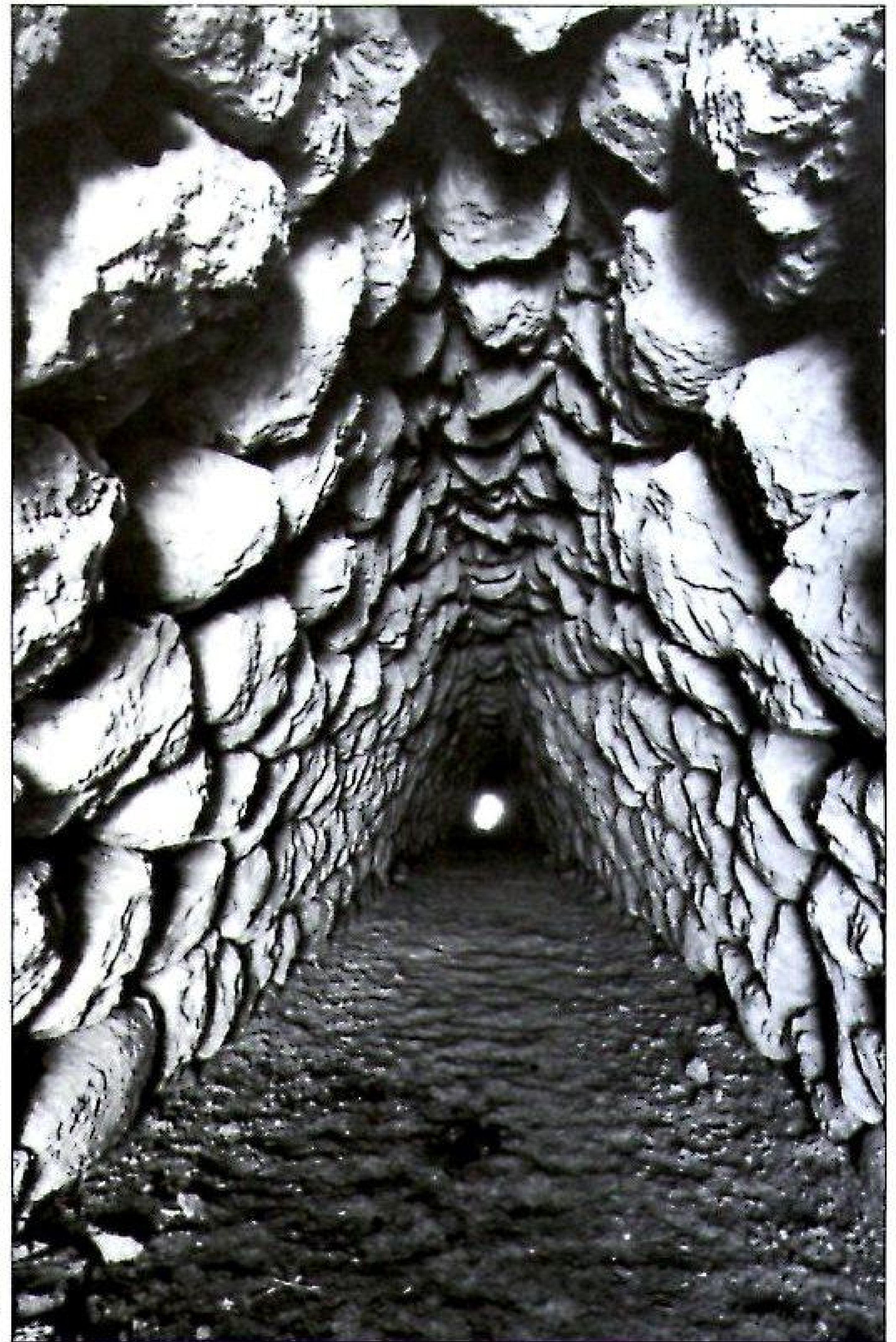




Este es el interior del túnel construido completamente con piedras.

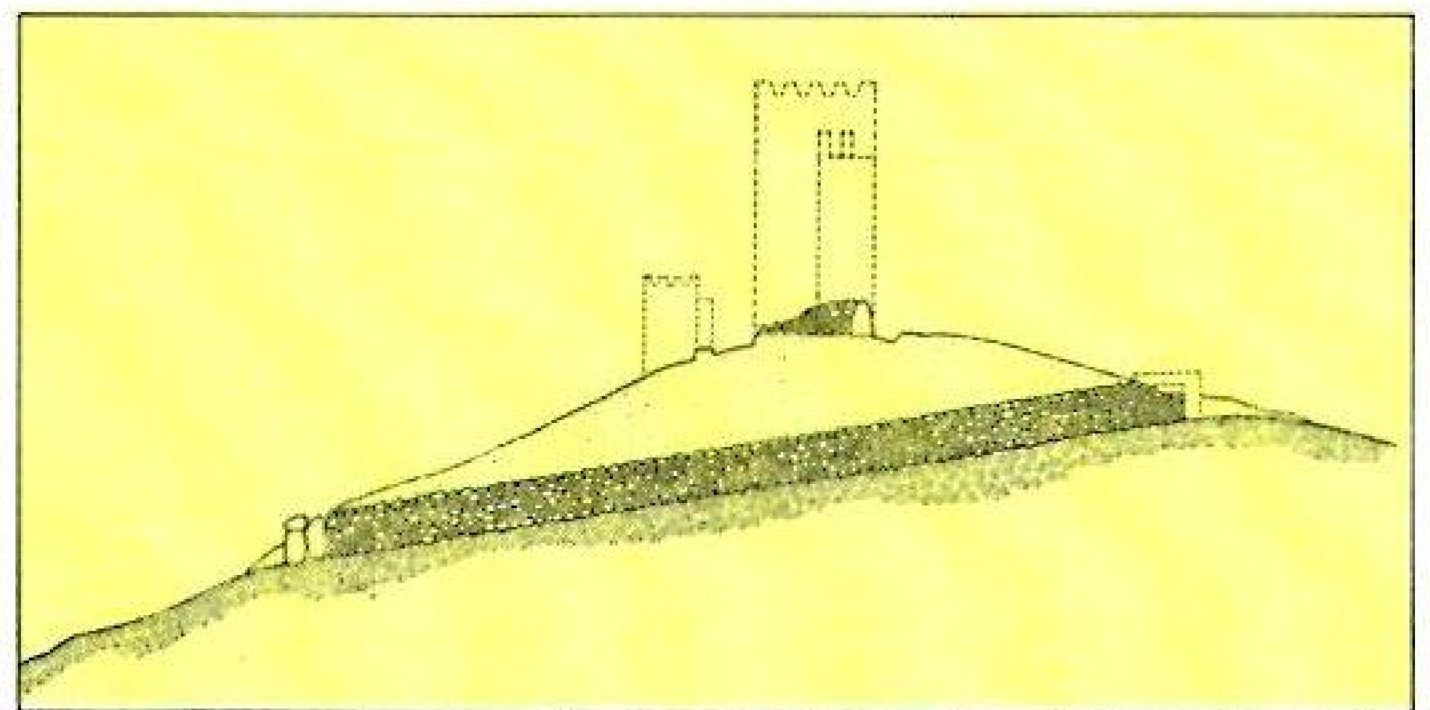
Túneles abovedados para el contraataque

Para reforzar el sistema defensivo de Hattusa, los ingenieros hititas construyeron nueve poternas de piedra a guisa de túneles, con su falsa bóveda, a través de las cuales la tropa podía salir al exterior desde detrás de la muralla con el fin de atacar a un ejército sitiador. Estos pasadizos fueron construidos en puntos bajos o vulnerables de la ciudad, donde la tierra había sido amontonada para hacer que las defensas fuesen más altas y más profundas. Los constructores no se preocuparon por disimular la existencia de estos túneles; tanto es así que la poterna correspondiente a la Puerta de Tierra, reproducida en esta página, terminaba a la vista del enemigo, si bien su salida era tan angosta que podía ser defendida con facilidad por un simple puñado de soldados.





Esta puerta indica la salida del túnel hacia fuera de la ciudad.



Vista en sección esquematizada de la Puerta de Tierra, en la que puede apreciarse la idea general de los túneles subterráneos de Hattusa, de unos 70 m de longitud. A partir de su entrada en el interior de la ciudad, el túnel tenía una inclinación hacia el exterior y atravesaba el recinto amurallado por debajo de una de las torres (centro) hasta salir afuera por debajo de la línea de fortificaciones.

ten sumo cuidado en todo lo que afecta a la guardia; en Hattusa la guardia ha de estar muy bien supervisada", decían las instrucciones de Arnuwanda inscritas en una tablilla de arcilla. "Cuando al llegar la mañana se levanten los cierres de cobre de la puerta, cuando ya hayas expedido a tu hijo o sirviente para que proceda a abrir las puertas, cuando gire el sello de la puerta, entonces un hombre de Hatti o un funcionario con mando, o quienquiera que se halle de servicio, examinará conjuntamente el sello de la puerta y procederán a abrirla."

Nuestro visitante oye perfectamente cómo los guardianes descorren los cerrojos de cobre y se esfuerzan por retirar la pesada barra que se alojaba en aberturas practicadas en la piedra. No sin algunos gruñidos y arrimando el hombro uno o dos de los presentes, las puertas se abren finalmente de par en par.

El acceso a Hattusa ya está abierto y nuestro viajero se dispone a penetrar a través del frío y oscuro recinto donde los centinelas ocupan sus garitas a cada lado de la puerta. Como el visitante ha penetrado en la parte más elevada de Hattusa, por una puerta del sur, queda sorprendido al encontrarse no frente a un conglomerado de edificios urbanos sino ante una extensión de terreno abierto desde donde se le ofrece una vista panorámica de la ciudad; es éste el sitio donde los habitantes de zonas distantes se refugian en casos de emergencia. En las proximidades, junto a la muralla sureste de la ciudad, hay tres amplios edificios con techo plano, agrupados formando un recinto rodeado por su propia muralla; algo más abajo de la colina hay otra edificación de dimensiones parecidas. Estos cuatro edificios monumentales están fabricados de piedra y adobes; incluso vistos a distancia, como, por ejemplo, desde el extremo inferior de la ciudad, resultan impresionantes. Nuestro visitante se dirige a un sacerdote que acierta a pasar y le pregunta cuál es el destino de estos edificios; se le contesta que se trata de los templos; al darse cuenta el sacerdote de que el visitante es un forastero, se ofrece para acompañarle y enseñarle la ciudad.

Más allá de los cuatro grandes templos, la ciudad se extiende en declive en más de un kilómetro por la desigual ladera montañosa. En el sector superior se alzan una diversidad de imponentes edificios, viviendas de ciudadanos ilustres levantadas sobre terraplenes o terrazas de tierra apisonada. Debajo de este grupo de edificios, como a un kilómetro de distancia en dirección este, una elevación del terreno está ocupada por otros edificios aun más imponentes; están circundados por otra muralla de fortificación que se asoma a una profunda garganta: se trata del complejo real en que reside el Gran Rey con su familia y su servidumbre.

Más hacia abajo el terreno está algo más nivelado; allí se halla la ciudad vieja edificada alrededor del lugar que ocupó una de las dos aldeas primitivas que originaron Hattusa. En esta zona las casas, con sus tejados planos, están adosadas unas a otras; entre ellas resalta una edificación mastodóntica formada por edificios que se comunican entre sí; se trata del Gran Templo, el santuario principial de la ciudad dedicado al dios de la tempestad.

En la parte opuesta de la garganta, al norte de la residencia real, hay una brusca elevación del terreno que produce un efecto sorprendente cuando se contempla la ciudad desde el norte; en la cúspide de esta prominencia y circundado por murallas hay un conglomerado de edificios; más allá y al fondo del lienzo de muralla, en el extremo norte de Hattusa, se encuentran los campos y los bosques que había atravesado nuestro visitante.

La ciudad vieja ya ha despertado; los habitantes de las abarrotadas viviendas se olvidan de sus vecinos y se asoman a los patios privados; las aguas residuales se vierten por orificios de desagüe practicados en la parte baja de los muros y discurren por

entre los estrechos canalillos existentes entre las casas. Los olores a aceite de oliva hirviendo que se desprenden de los interiores indican al visitante que sus ocupantes se disponen a dar cuenta en breve de su comida de la mañana.

Al igual que todas las ciudades activas, Hattusa es ruidosa; hombres vestidos con sencillas túnicas acarrean grandes vasijas de barro y al cruzarse se saludan e intercambian expresiones jocosas; el guía de nuestro visitante le explica que se trata de esclavos que hacen su recorrido diario a las fuentes públicas. Un pequeño grupo de muchachos corretea empujándose, charlando y riendo entre sí; son los hijos de los escribas que se dirigen a la escuela de escribas, lo que les capacitará para que puedan seguir los pasos de sus padres y formar parte de la minoría selecta de hititas que saben leer y escribir.

En un cruce de calles un funcionario se dispone a reunir a una patrulla de hombres provistos de herramientas; comprueba sus nombres en una lista que lleva consigo y ellos contestan sin ningún entusiasmo murmurando entre sí; no se trata esta vez de esclavos, sino de hombres libres, artesanos de la ciudad y campesinos de las tierras vecinas que han sido convocados para cumplir su obligación de *luzzi*, o sea, el trabajo forzoso que periódicamente se exige de todos los hombres libres en forma de tributo. Se disponen a invertir todo el día trabajando en la conservación de las murallas de Hattusa.

Parece existir una fiebre constructora por todas partes de la ciudad, lo que explica en gran medida el ruido; más adelante, un equipo de carpinteros sudan agobiados por el peso de una enorme viga de madera que tratan de apuntalar en su debida posición como traviesa de una casa casi terminada. A medida que ejecutan su trabajo, se intercambian algunas órdenes contradictorias, pero parecen ver con satisfacción cómo uno de ellos da las instrucciones definitivas desde lo alto de la pared.

El sacerdote que se ofreció espontáneamente como guía explica a nuestro visitante que la ciudad está sujeta constantemente a obras de construcción. Debido a las nieves invernales y a las lluvias de primavera, los tejados de adobe y de paja exigen constantes reparaciones; tanto es así, que las casas hechas de adobes sin cocer raramente subsisten 50 años, y a menudo sólo unos 20.

De pronto se oyen pisadas de caballos, ruido de ruedas sobre las piedras del pavimento y gritos de atención; la gente se refugia rápidamente junto a las paredes, a cada lado de la calle, y el guía hitita empuja bruscamente al visitante introduciéndolo en una abertura como medida de seguridad antes de que irrumpa el carruaje.

El conductor es un soldado hitita que ostenta un casco de bronce como los de los soldados estacionados en la muralla; su pasajero es un hombre de edad que, a juzgar por su vestido y su piel oscura, tiene todas las trazas de ser extranjero. El visitante pregunta a su guía: ¿se trata acaso de un dignatario que se halla de visita, o bien de un embajador?; el guía sonríe y menea su cabeza en sentido negativo; es que la hija del gran rey está enferma, y el ocupante del vehículo es un médico egipcio que, gracias a la generosidad de su amo, el faraón, ha venido expresamente desde Egipto para curarla; viene provisto, cómo no, de la estatua de un poderoso dios egipcio, y corren rumores por Hattusa de que están a punto de llegar de Babilonia un médico y un mago con idéntica finalidad.

Al importar médicos extranjeros, el rey hitita reconocía el atraso en que se hallaba la medicina de su país; aun cuando disponen de algunos textos médicos babilónicos para salir del paso, los médicos locales son virtualmente unos curanderos, que sujetan a sus pacientes a unos ritos destinados a su curación y que en prevención añaden además unas pocas hierbas medicinales.

El visitante y su compañero prosiguen su paseo y penetran en portalones en los que pueden verse tejedores, artesanos del cuero, ceramistas y quizás media docena más de otros artesanos, todos ellos ocupados en sus respectivos oficios; en un portalón abierto puede verse una habitación llena de costosas piezas de tejidos asirios de alta calidad.

Al llegar a otro cruce, un pequeño rebaño de terneros y corderos es conducido por las calles y contribuyen con sus balidos y mugidos a aumentar la diversidad de sonidos de la ciudad; los pastores parecen llevar prisa, si bien uno de ellos ha reconocido al sacerdote que actúa de guía y le dirige un saludo acompañado de una sonrisa.

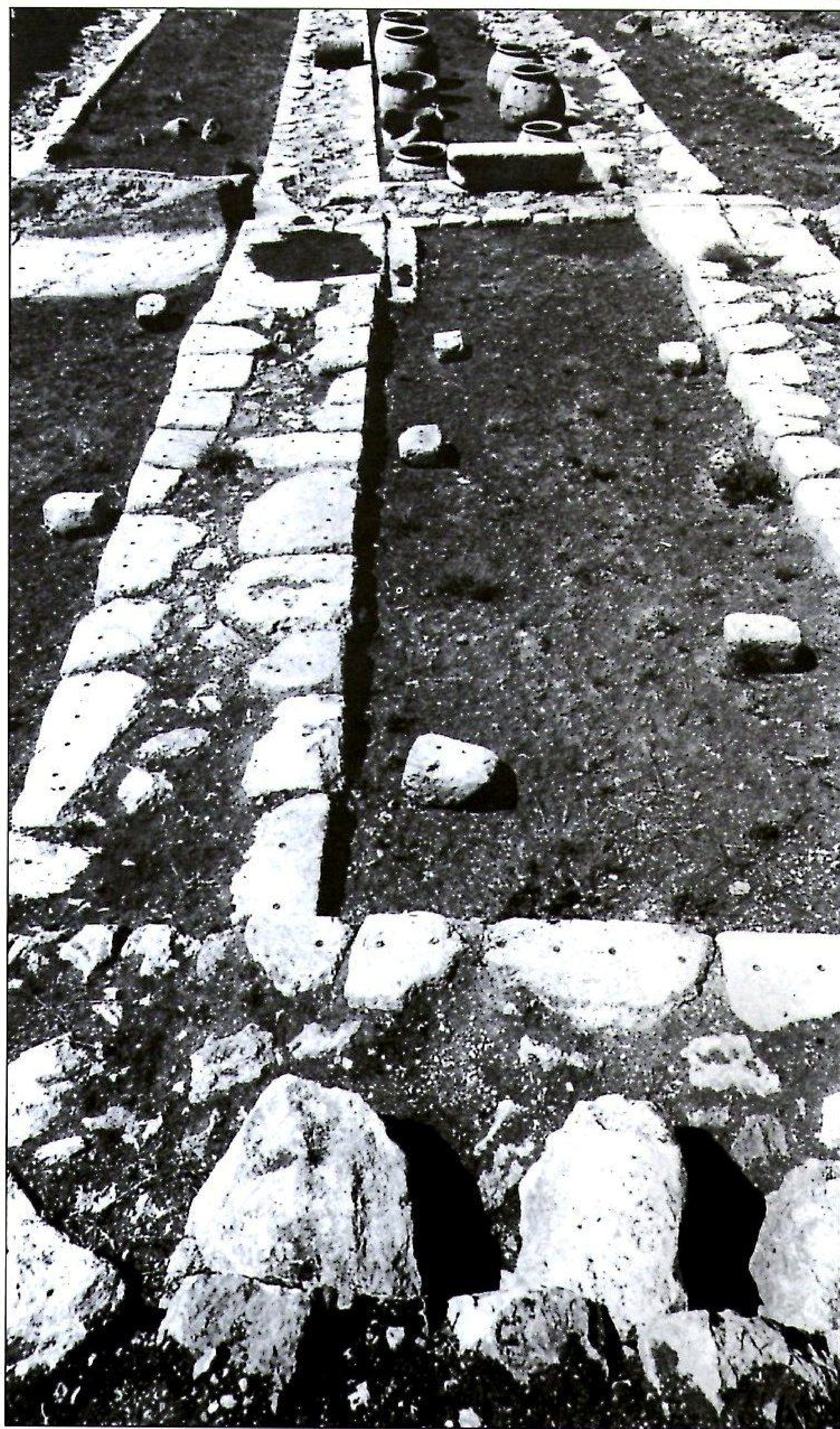
Nuestro visitante supone que este grupo se dirige al mercado de ganado, a lo que se le contesta que no, que los animales están siendo llevados al templo; pertenecen a los dioses y han de ser entregados a su debido tiempo. Precisamente las instrucciones cursadas al cuerpo sacerdotal (el cual, lo mismo que la burocracia civil, quiere tener todas las ordenanzas por escrito) eran muy precisas sobre la puntualidad. Una tablilla de arcilla declara en forma que no deja lugar a dudas: "Tú, que eres el pastor de los dioses, si tiene que haber una ceremonia en honor de cualquier dios... y se da por descontado que tú ya tienes preparado un ternero, un cordero, un cabrito o animales selectos, no te retrases en traerlos. Procura tenerlos a punto en el momento debido; que los dioses no tengan que esperarlos." Si cualquier retraso injustificado pudiese llegar a crear la sospecha de que los pastores habían traficado con ganado de excelente calidad, con la intención de retenerlo y sustituirlo por otro de calidad inferior, este hecho podía representar la muerte de los pastores, de sus mujeres y de sus hijos; así se explica que los pastores que ha visto nuestro visitante tengan prisa.

El visitante pregunta: ¿quiere esto decir que hoy es un día sagrado? Y la contestación es afirmativa, que en la ciudad aquel día es sagrado, como tantos otros. Precisamente un festejo tiene que celebrarse en uno de los templos; al saber lo cual, el forastero convence a su amigo el sacerdote de que le acompañe, por lo que ambos reemprenden su camino en pos de los hombres que conducen el ganado.

Después de un recorrido a través de un laberinto de callejuelas de la ciudad vieja, ambos personajes llegan a los muros que rodean el Gran Templo del dios de la tempestad *(páginas 126-127);* penetran en el recinto a través de un portal cuyo aspecto es casi tan imponente como las puertas de la muralla de la ciudad; a cada lado de él hay apostados sendos centinelas en sus garitas dentro del cuerpo de edificio con su columnata que integra el portal; después de haber penetrado en él, desembocan en una avenida flanqueada por una serie de dependencias adosadas a la muralla que circunda el templo, hasta llegar a un santuario de forma rectangular situado en el centro del conjunto de edificios.

El guía sugiere visitar primeramente las dependencias del recinto del templo; a poca distancia de la puerta de entrada pasan junto a una gran piscina de piedra llena de agua; a juzgar por la multitud reunida a su alrededor, esta piscina sirve de centro público de reunión, aparte de las funciones rituales que le son propias; un músico templa las cuerdas de su instrumento mientras otro ensaya alegremente su flauta. Sus ropas son vistosas y bien confeccionadas; un hombre ajusta la inclinación del casquete con que cubre su cabeza mientras una mujer sacude una imaginaria motita de polvo de su túnica. Cerca de la muralla, dos muchachos jóvenes realizan airosos movimientos de danza atentos a los movimientos de sus pies y contando los pasos en voz alta; la índole de esos músicos es inconfundible, se trata de una compañía de artistas que esperan su turno para actuar en el festival.

El visitante y el guía prosiguen su camino. La ca-

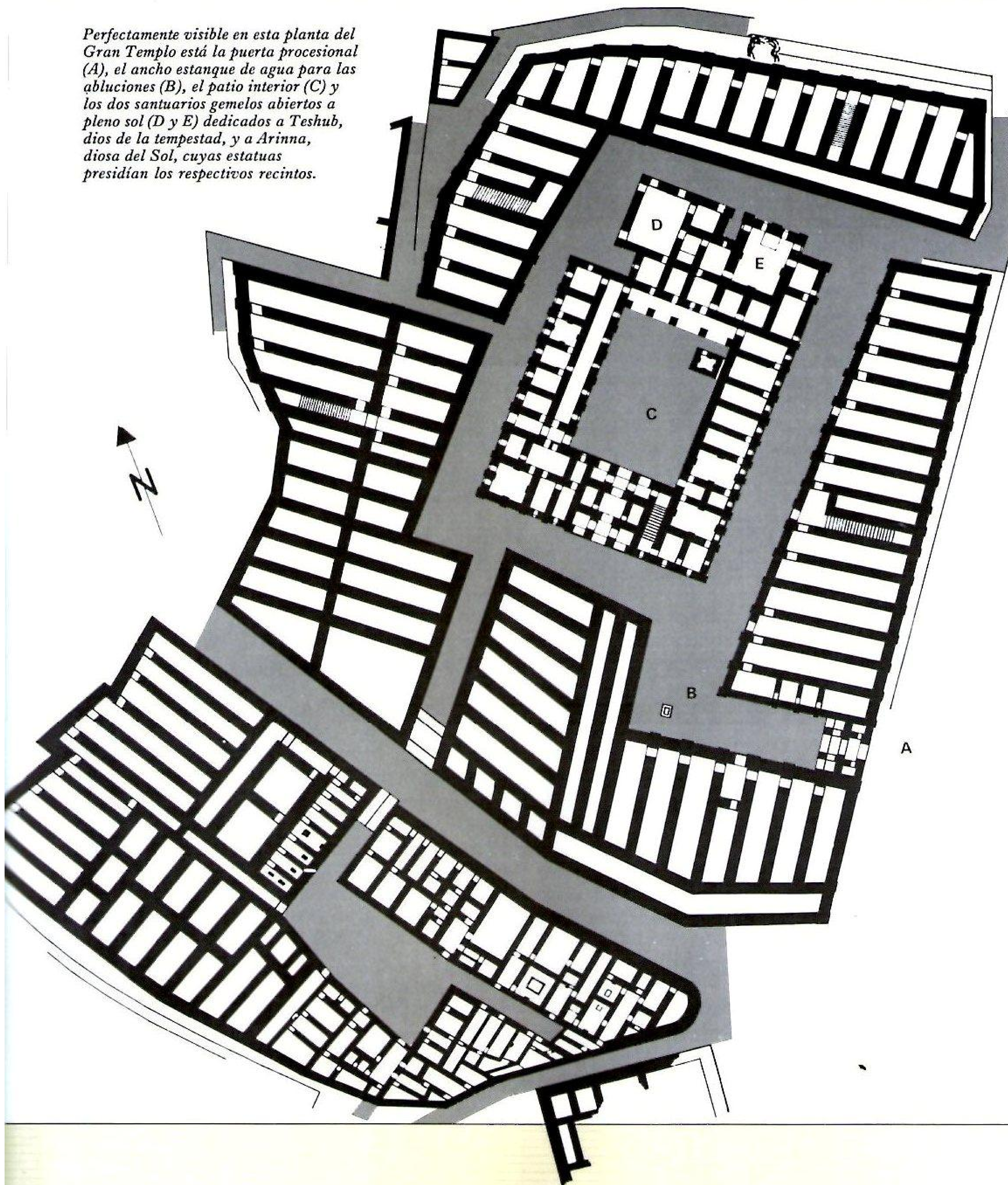


El templo del dios de la tempestad

En la ciudad baja de Hattusa, en una amplia ladera que domina la meseta anatólica, los hititas construyeron un enorme complejo que sirviera de templo. Era tan minucioso el proyecto, con sus docenas de estrechos almacenes, cámaras para archivos y viviendas para los sacerdotes y dignatarios, que su construcción, en el siglo XIV antes de nuestra era, duró varias décadas.

Se terminó a mediados del −1200. El conjunto estaba formado por dos edificios principales que ocupaban una extensión de algo más de 20.000 metros cuadrados, el equivalente de cinco campos de fútbol reglamentarios. Como se representa en el croquis anexo, estaba dividido por una amplia avenida. Las excavaciones realizadas han demostrado que el sector más pequeño, hacia el sur, constituía con toda probabilidad el centro administrativo. El sector más grande consistía en cuatro cuerpos de edificios de dos y tres pisos cada uno, que rodeaban el templo propiamente dicho, con su patio interior y dos santuarios idénticos. Los cimientos estaban hechos con bloques macizos de piedra caliza, grandes fragmentos de los cuales *(izquierda)* todavía se conservan.

Las piedras de cimentación del conjunto del templo forman ángulos rectángulos perfectos. Los pequeños orificios que se ven en los bloques servían para alojar dovelas o espigones de madera que a su vez sostenían las vigas longitudinales. Al fondo de la fotografía pueden verse unas vasijas de arcilla para almacenamiento; ocupan el mismo lugar en que las encontraron los arqueólogos.



Perfectamente visible en esta planta del Gran Templo está la puerta procesional (A), el ancho estanque de agua para las abluciones (B), el patio interior (C) y los dos santuarios gemelos abiertos a pleno sol (D y E) dedicados a Teshub, dios de la tempestad, y a Arinna, diosa del Sol, cuyas estatuas presidían los respectivos recintos.

lle que rodea el edificio principal del templo está tan animada como cualquier otra calle de la ciudad. Hombres con escudillas y bandejas de comida debidamente cubiertas se cruzan constantemente en el camino. Por delante de ellos los dos visitantes ven de nuevo a los pastores que hace un momento habían desaparecido de su vista. Ahora éstos conducen el ganado a una de las dependencias adosadas al muro exterior. Otros animales andan merodeando por allí; un cerdo introduce su cabeza por un pasadizo abierto, lo que provoca un griterío en el interior y le vale un fuerte latigazo que le hace tornar al recto camino.

A continuación, el guía muestra a su amigo las cocinas de los dioses, donde se practican unas normas muy rígidas de limpieza. Las prescripciones aplicadas al caso indican de forma categórica: "Te bañarás y te vestirás con ropa limpia; además, tienes que eliminar el pelo de tu cuerpo y tus uñas... Si un cerdo o un perro se acerca a la instalación... y el servidor de la cocina no lo ahuyenta, sino que le sirve al dios comida utilizando vajilla impura, los dioses le darán a este hombre estiércol como comida y orina como bebida."

A través de una puerta, el visitante y el sacerdote ven a unos panaderos que están sacando hogazas recién cocidas del interior de un horno de adobe. Prosiguen su camino sin ser vistos y atraviesan una puerta que les conduce a la dependencia contigua donde unos carniceros están cortando grasa de la carne. Al darse cuenta de que todas las dependencias adosadas a la muralla exterior se comunican entre sí, siguen recorriéndolas, encontrando a su paso más cocinas, almacenes para guardar "la comida y bebida de los dioses" y armarios en los que se conservan valiosos objetos de los dioses: ornamentos y artículos de oro, plata, bronce y hierro.

La custodia de estos tesoros constituye un verdadero problema: los anales del templo describen una serie de medidas de seguridad. A ningún sacerdote le está permitido llevarse oro o plata, por ser propiedad del templo, y un sacerdote puede llegar a ser sospechoso si su mujer o sus hijos lucen adornos elaborados con metales preciosos. A veces el rey puede obsequiar a los sacerdotes con regalos personales de valor; en este caso, debe consignarse en los registros del templo una descripción del objeto y su peso, junto con una nota explicativa de cuándo y dónde fue entregado el obsequio. Se exigía la presencia de testigos, a juzgar por las inscripciones contenidas en el registro, que dicen: "Cuando se lo dieron, se hallaron presentes fulano, mengano, etc."

Prosiguiendo su recorrido, el viajero y su amigo descubren que algunas de las dependencias se hallan abarrotadas de tablillas de arcilla clasificadas en estantes de madera, y cada grupo de tablillas va identificado por una tablilla de menor tamaño que indica el contenido de cada departamento. El guía le dice que se trata de la biblioteca del templo; no sólo contiene transcripciones de mitos, ritos y reglas del templo sino también muchos documentos oficiales; puesto que la mayor parte de los tratados invocan a los dioses como medio de cumplir las condiciones en ellos contenidas, ¿qué mejor sitio que un santuario para conservar estos pactos?

Llegado este momento, el visitante y el sacerdote han recorrido cosa de 250 m a lo largo de la calle que rodea el templo, de modo que vuelven a hallarse en el punto de partida. Una vez aquí, penetran por una puerta que les conduce directamente al templo propiamente dicho, donde también hay garitas de vigilancia a ambos lados, si bien éstas van provistas de ventanas con vista a la calle. Penetran hacia el interior hasta encontrarse con un patio pavimentado, de unos 27 × 18 m; tres de los muros que rodean este patio descansan sobre cimientos hechos de enormes bloques de piedra caliza traídos de una cantera próxima; el cuarto lado del patio consiste en un peristilo o galería de columnas de piedra.

En una dependencia lateral del patio un pequeño grupo de sacerdotes están absortos examinando algo que hay sobre una mesa; se trata de las entrañas aún calientes de un animal que acaba de ser sacrificado; este examen es como una consulta a los dioses sobre un problema de máxima importancia. La adivinación es algo fundamental en la religión de los hititas; éstos la adoptaron de los babilonios, al igual que muchas otras de sus creencias. Para determinar de qué forma debe obrar el rey en un asunto de estado –por ejemplo, declarar la guerra a un país vecino– los sacerdotes estudian el vuelo de los pájaros en un día determinado, o bien sacrifican un cordero o un ternero para examinar sus entrañas, interpretando la respuesta apropiada por la configuración de los órganos del animal.

Recorriendo esta dependencia interior y luego otra, el visitante y su guía se aproximan al sancta sanctorum del propio dios de la tempestad. En todos los templos hititas sólo tienen acceso al santuario el rey y la reina, su séquito y los miembros que integran el servicio del templo. El guía explica a su acompañante que las paredes de este recinto están construidas de un granito especial traído de muy lejos y que el tesoro conservado al final del santuario es el ídolo en oro del dios de la tempestad.

A juzgar por el vocerío, es evidente que hay varios sacerdotes en el santuario; el guía explica a su acompañante que algunos de estos servidores del templo están ocupados preparando platos de comida y llenando copas de vino para su presentación al ídolo, mientras otros proceden a bañar y a ungir su cuerpo de oro utilizando vasijas llenas de agua y de aceite, terminado lo cual procederán a vestir la estatua con un ropaje delicado y vaporoso.

El guía explica al visitante que todo esto es absolutamente normal; en efecto, diariamente los servidores del dios de la tempestad, es decir, los sacerdotes, atienden a sus necesidades como si se tratara de un ser de carne y hueso. Entre las comidas corrientes del dios y la profusión de ofrendas que le traen la masa constante de adoradores –frutos, grano, pan, vino, queso, aceite de oliva, corderos y terneros que son degollados en su presencia– el templo y el santuario a él dedicado semejan en ciertos momentos un mercado de abastos bien surtido.

Se oye una música que procede del patio, por lo cual el guía lleva con rapidez a su visitante hacia aquella parte. Está llegando el rey para celebrar la ceremonia; la música se oye cada vez más cercana. De repente aparecen tres hombres, uno de ellos empuñando una lanza; es un miembro de la guardia real y su mirada escudriñadora se fija inmediatamente en el visitante y en su guía, pero prosigue su camino porque ha visto que son personas inofensivas. A continuación llega un músico seguido de bailarines vestidos de ropas amarillas, los cuales giran sin cesar manteniendo sus manos sobre sus cabezas; detrás de ellos vienen el rey y la reina.

La pareja real, vestida con espléndidos ropajes, camina con paso majestuoso; según explica el guía, ocuparán unos amplios sitiales colocados frente al dios. A continuación de la pareja real vienen más bailarines que penetran en el santuario seguidos por los hijos del rey y un grupo de nobles hititas; un maestro de ceremonias acomoda a las figuras más notables del grupo según su categoría, y a continuación dos sacerdotes ofrecen agua a la pareja real en un recipiente de oro. Los reyes se lavan las manos y las secan con un paño.

Un dignatario del templo abandona el santuario y regresa seguidamente al frente de un equipo de cocineros con alimentos debidamente protegidos con un paño; otro dignatario previene al rey de que unos actores están esperando su venia. Rápidamente los actores ocupan sus puestos alrededor del santuario; mientras ellos actúan, cantan y bailan, los cocineros presentan los manjares al rey, el cual retira el paño

que los protege y, siguiendo también el protocolo, lanza los víveres por el aire a sus sirvientes arrodillados; la ceremonia ha empezado.

Los ritos que siguen a continuación se prolongan tanto que por un momento nuestro visitante lamenta no tener también un sitio donde sentarse; un sacerdote recita largos párrafos de un texto religioso, mientras se van ofreciendo sacrificios al dios de la tempestad; por último, a una señal de un dignatario, los presentes se levantan y el rey y la reina los conducen a la salida del santuario, momento en que el guía invita al forastero a unirse al cortejo.

Entremezclados entre la masa de adoradores menos privilegiados concentrados en el patio, el guía y nuestro visitante se apartan respetuosamente para dejar paso al cortejo real, que sale del recinto del templo y atraviesa la ciudad en dirección a una de las puertas situadas al norte. El guía explica a nuestro visitante que el camino conduce a un santuario rupestre, o sea, unas cámaras naturales cuyos muros están esculpidos con figuras de dioses; es allí, precisamente, donde proseguirá la ceremonia.

El camino atraviesa un arroyo, asciende por un escarpado terraplén y continúa por un terreno en el que hay numerosas piedras que señalan la existencia de tumbas de ciudadanos importantes. El cortejo se ha trasladado a un cementerio hitita, donde se guardan las cenizas de ciudadanos que un día fueron personajes ilustres –incluso, en algunos casos, sus cuerpos están inhumados–; sus sarcófagos son simplemente grandes tinajas de barro. En contraste con ello, muchos ciudadanos corrientes están sepultados en la tierra, detrás de sus propias viviendas.

En lugar de seguir el cortejo, el guía hace retroceder a su acompañante y ambos regresan a la ciudad.

Cuando vuelven a entrar en Hattusa está atardeciendo; las calles aparecen más silenciosas; los carpinteros han dejado ya de trabajar. Hay grupos de trabajadores que regresan de su día de prestación obligatoria en las murallas; presentan un aspecto cansado, pero se les ve regresar a sus hogares animados de un espíritu jovial.

En la oscuridad del crepúsculo dos sacerdotes cabizbajos circulan con paso veloz; regresan al templo después de haber rendido una visita a sus familias. Una de las prescripciones vigentes dice: "Si alguien siente el deseo irreprimible de mujer, dejadle que se acueste con ella, pero a condición de que se levante pronto para pasar la noche en el templo." Posiblemente los dos sacerdotes que hemos encontrado han de formar parte de la guardia nocturna. Hay que tener en cuenta que durante la noche unas patrullas, al mando de un alto sacerdote, mantienen constante vigilancia en el interior y en el exterior de las murallas del templo.

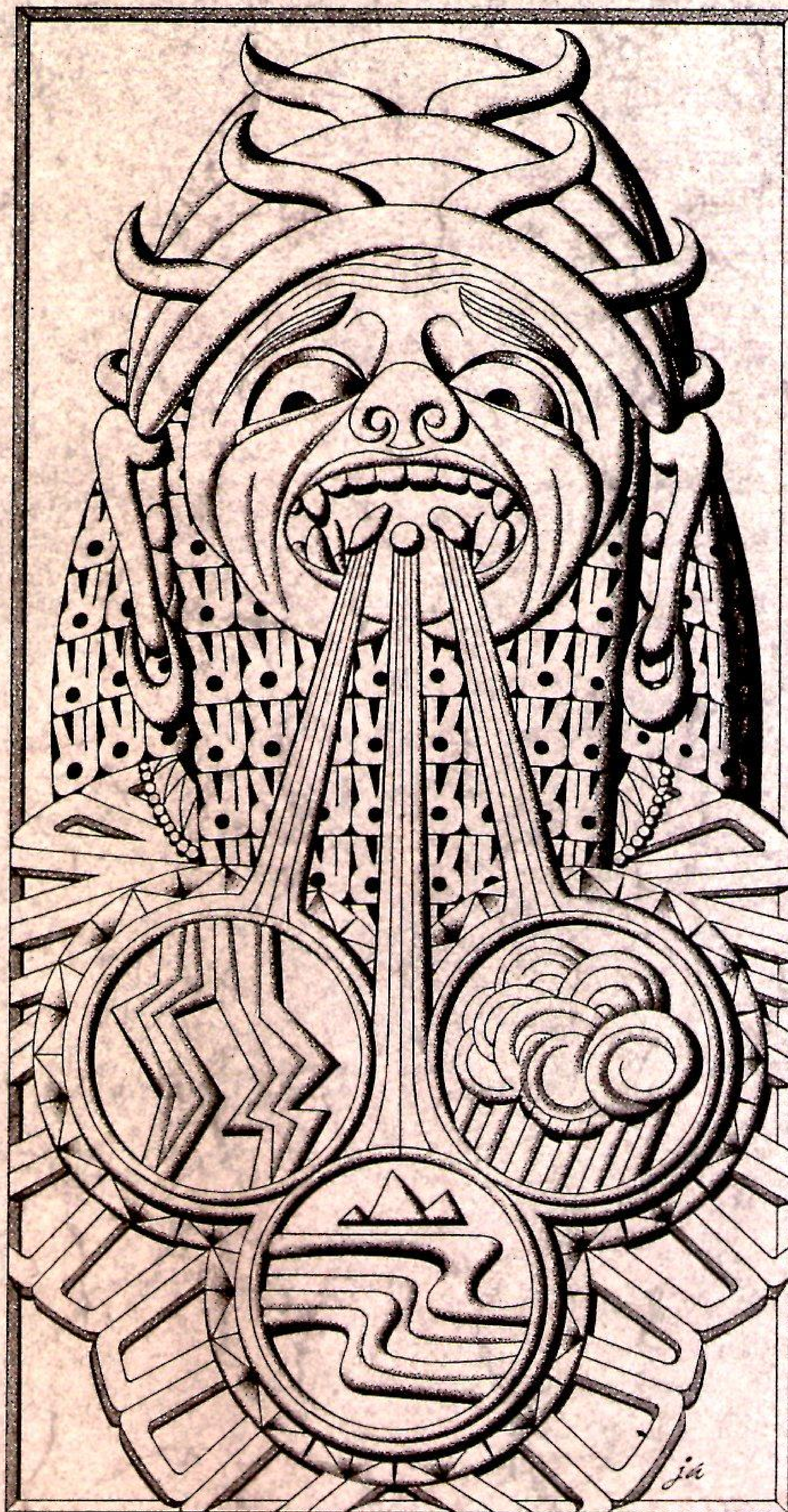
La ciudad, por su parte, también tiene sus vigilantes, dirigidos por el *hazannu*; el guía explica a nuestro visitante que la misión principal de estos vigilantes es la prevención de incendios, que pueden producirse rápidamente en una ciudad como ésta, donde las viviendas, construidas en gran parte de madera, se hallan muy juntas unas de otras. Al empezar la noche, el primer vigilante nocturno expande su mensaje por encima de los tejados: "¡Que se extinga el fuego!" Más tarde, en las profundidades de las noches de Anatolia, los hombres que integran la guardia de medianoche dirán en voz alta a la ciudad dormida: "¡El fuego será vigilado!"

Es así como, en este mundo hasta cierto punto inculto del siglo XIII antes de nuestra era, una gran ciudad, protegida por sus fortificaciones y convencida de la eficacia de su organización, encuentra un descanso seguro. Los habitantes de la gran ciudad no podían imaginar que, al cabo de un siglo, los templos, los palacios y las viviendas de la poderosa Hattusa se verían reducidos a una ruina humeante de maderas chamuscadas y de ladrillos de adobe enrojecidos por el fuego.

El muestrario ilustrado de los mitos hititas

El mundo de los mitos hititas era a la vez violento y misterioso, reflejo de la vida diaria de una nación poderosa cuyos gobernantes estaban expuestos a altibajos y cuyas fronteras se modificaban constantemente. Durante el tiempo ingresaron en su panteón numerosos dioses de forma humana, que representaban a menudo ríos, montañas y fuerzas de la naturaleza, y la admisión de estos nuevos dioses se produjo a medida que otros pueblos nuevos entraban en la órbita hitita. De la mezcolanza resultante surge siempre un mismo tema: la lucha entre una dinastía y otra, entre el bien y el mal, y la de todos contra las vicisitudes del destino.

Como quiera que los relatos son tan antiguos, con frecuencia parecen estar fuera de la comprensión del lector de nuestro tiempo. De todos modos, como literatura popular, presentan muchos aspectos típicos de los mitos y leyendas de pueblos posteriores, y así, por simple reflejo, resulta a menudo posible adivinar cuáles eran los significados y los principios anexos a tales relatos. Las tres fábulas que se van a narrar aquí han sido reagrupadas a base de fragmentos de tablillas halladas en ruinas hititas y van ilustradas con dibujos a tinta realizados por un artista moderno, que se inspiró en el estilo hitita.



El dios Kumarbi contempla consternado las semillas que lleva en su lengua y que no son otra cosa que deidades embrionarias. Una de estas semillas llegará a convertirse en Teshub, el omnipotente dios de la tempestad; otra tomará la forma del río Tigris y la tercera será Tashmishu, asistente ni más ni menos que del dios de la tempestad.

La canción de Ullikummi

La canción de Ullikummi tiene un sentido desacostumbrado por tratarse de un pueblo de tierra adentro. El mito tiene lugar junto al mar. Es posible que haya penetrado en la literatura hitita a través de los reinos sirios situados junto al Mediterráneo y que en el siglo XIV antes de nuestra era pasaran a ser vasallos de los hititas.

Si el sentido del mito puede parecer extravagante, el tema del mito era vulgar, a saber: las luchas constantes para defender la supremacía, incluso por parte de los más poderosos. La victoria final en el caso de la disputa aquí representada tendrá que ser objeto de conjetura, por cuanto la tablilla quedó rota en este punto crucial del relato.

El dios de la tempestad, una de las diversas divinidades nacidas de Kumarbi *(página anterior)*, creció hasta el extremo de llegar a desplazar a su padre como rey de los dioses. Kumarbi pensó en desquitarse procreando otro hijo, una criatura monstruosa formada a base de una especie de roca volcánica llamada diorita. Mientras Kumarbi mecía al infante sobre sus rodillas, le llamó Ullikummi y exclamó: "Que ascienda hasta los cielos como gran dios." Kumarbi gritó: "¡Hagamos que ataque al dios de la tempestad y que lo rompa en pedazos como paja! ¡Que lo aplaste bajo sus pies como una hormiga! ¡Que haga caer todos los dioses del firmamento como si fuesen pájaros y los deshaga en pedazos como potes vacíos!"

Kumarbi confió el cuidado del niño a un grupo de divinidades guardianas. Se lo llevaron al mar, donde lo mecieron sobre los hombros de Ubelluri, el que los hititas creían que mantenía el cielo y la tierra desde lo alto. Y así fue como la monstruosa criatura de piedra creció con mágica rapidez. En un solo día creció casi medio metro y al cabo de 15 días era tal su estatura que la superficie del mar "apenas alcanzaba su cintura".

El dios de la tempestad, el dios del Sol y todos los restantes dioses se alarmaron a la vista de tan inusitado desarrollo y, después de discutirlo entre sí, se dirigieron juntos con la intención de destrozar al monstruo. Pero pronto desistieron de su intento, pues Ullikummi continuó creciendo hasta alcanzar una altura de 4.800 km, tanto que "llegó a empujar el cielo como si fuese una prenda suelta de vestir". Los dioses conferenciaron de nuevo y siguiendo el consejo de Ea, dios de las aguas subterráneas, echaron mano de un viejo cuchillo de cobre almacenado en los cielos y Ea lo utilizó para amputar las piernas del monstruo. Hecho esto, dijo a los dioses: "He mutilado al hombre de diorita; id y luchad de nuevo contra él." Mientras el resto de los dioses se limitaron a "berrear como ganado frente a Ullikummi", el dios de la tempestad saltó a su carro y se dirigió resueltamente contra él. Al llegar a este punto, la tablilla se interrumpe, precisamente cuando Ullikummi jura que expulsará de las regiones celestes al dios de la tempestad y a todos los demás dioses.

Aun cuando falta la conclusión del mito, se supone que el dios de la tempestad triunfa definitivamente, como deidad suprema, en parte porque se le encuentra en muchos otros mitos y, en parte, porque cuando se llega al final de todas las leyendas donquiera que sea, la presencia de algo infernal o dañino queda eliminada siempre de una u otra manera y el bien triunfa.

Luchando por alcanzar la supremacía entre los dioses del cielo, el dios de la tempestad amenaza con un garrote al monstruo Ullikummi, su medio hermano y aspirante al trono. En la parte baja del grabado pueden verse los dos bueyes sagrados del dios de la tempestad: Sheri y Hurri, que esperan pacientemente a su dios y dueño.



La muerte del dragón

A pesar de su preponderancia en el panteón hitita, la categoría alcanzada por el dios de la tempestad entre los restantes dioses no tuvo siempre carácter incontestado y a menudo se vio precisado a combatir para conservarla. Uno de sus desafiadores era el maligno Illuyanka, un dragón –o, como también se le representa en los mitos, una serpiente– y en algunas ocasiones el dios de la tempestad precisó la ayuda de un mortal para subsistir. Según una versión del mito, procreó a un hijo para habérselas con el dragón *(página 103)*; según la versión representada aquí, confió esta misión a su hija Inara, la cual requirió la ayuda de un hombre llamado Hupasiya, y éste accedió a condición de que Inara yaciese con él, a lo que ella accedió.

A reglón seguido Inara dispuso un exquisito banquete, con ánforas llenas "hasta el cuello" de vino y otras bebidas. Se vistió con sus mejores adornos y se dirigió al dragón diciéndole: "Mira; voy a celebrar una conmemoración, te ruego que vengas a comer y a beber." Al oír esto, el dragón salió de su escondite en el suelo, llevando consigo a sus hijos. Comieron y bebieron hasta la saciedad, y mientras se hallaban adormilados por efecto del ágape, Hupasiya, que había permanecido oculto, cogió al dragón por sorpresa y lo ató con cuerdas, tras lo cual el dios de la tempestad pudo darle muerte.

Este relato parece corresponder a una categoría de mitos presentes en muchas civilizaciones a través de los tiempos, a saber: el tema del villano glotón y estúpido que es vencido por la astucia. La leyenda del dragón hitita sirvió probablemente para calmar el deseo humano de aquel pueblo inclinado a creer que, cuando todo había fallado, un hombre siempre podría salir airoso, cualquiera que fuese la índole de la disputa, quienquiera que fuese el adversario y prescindiendo totalmente de cuales pudieran ser las perspectivas.

Eliminada la amenaza del dragón, Inara dirigió su atención a Hupasiya. Levantó una casa en un acantilado, le instaló en ella y le ordenó que jamás mirase a través de la ventana; a continuación ella se ausentó dejándole a él en la soledad. Al cabo de 20 días Hupasiya no pudo resistir la tentación y osó asomarse a la ventana. Vio allá abajo a su mujer y a sus hijos, y esto le produjo tal nostalgia que cuando Inara regresó le pidió que le permitiese volver a su hogar.

Pero como había desobedecido sus órdenes, Inara lo mató, y llegó el dios de la tempestad, el cual sembró cizaña en la casa en que Inara había vivido con Hupasiya. La leyenda termina con una observación de desespero: "Aquel hombre –dice la tablilla– tuvo un final lastimoso."

¿Acaso los hititas dedujeron alguna moraleja de la segunda parte de esta historia? Quizás sí. Sin duda creyeron que es mejor que todo ser humano que establezca relaciones con los dioses vaya con cautela; sea como fuere, su experiencia les había enseñado que en todo caso los pequeños pueblos rara vez tienen algún peso en la vida.

El dios de la tempestad, montado sobre dos cimas montañosas y con un garrote y los rayos relampagueantes símbolo de su oficio, se recrea en la venganza contra un dragón que osó desafiar su autoridad. A su derecha está la diosa Inara sosteniendo un jarro de vino, y en la extrema derecha se ve al imprudente dragón seguido de su ominosa prole que se acerca al festín de su perdición. En el extremo inferior izquierdo puede verse al mortal Hupasiya agazapado que espera con cautela el preciso momento de sujetar al dragón con una cuerda.


alexander

El dios que desapareció

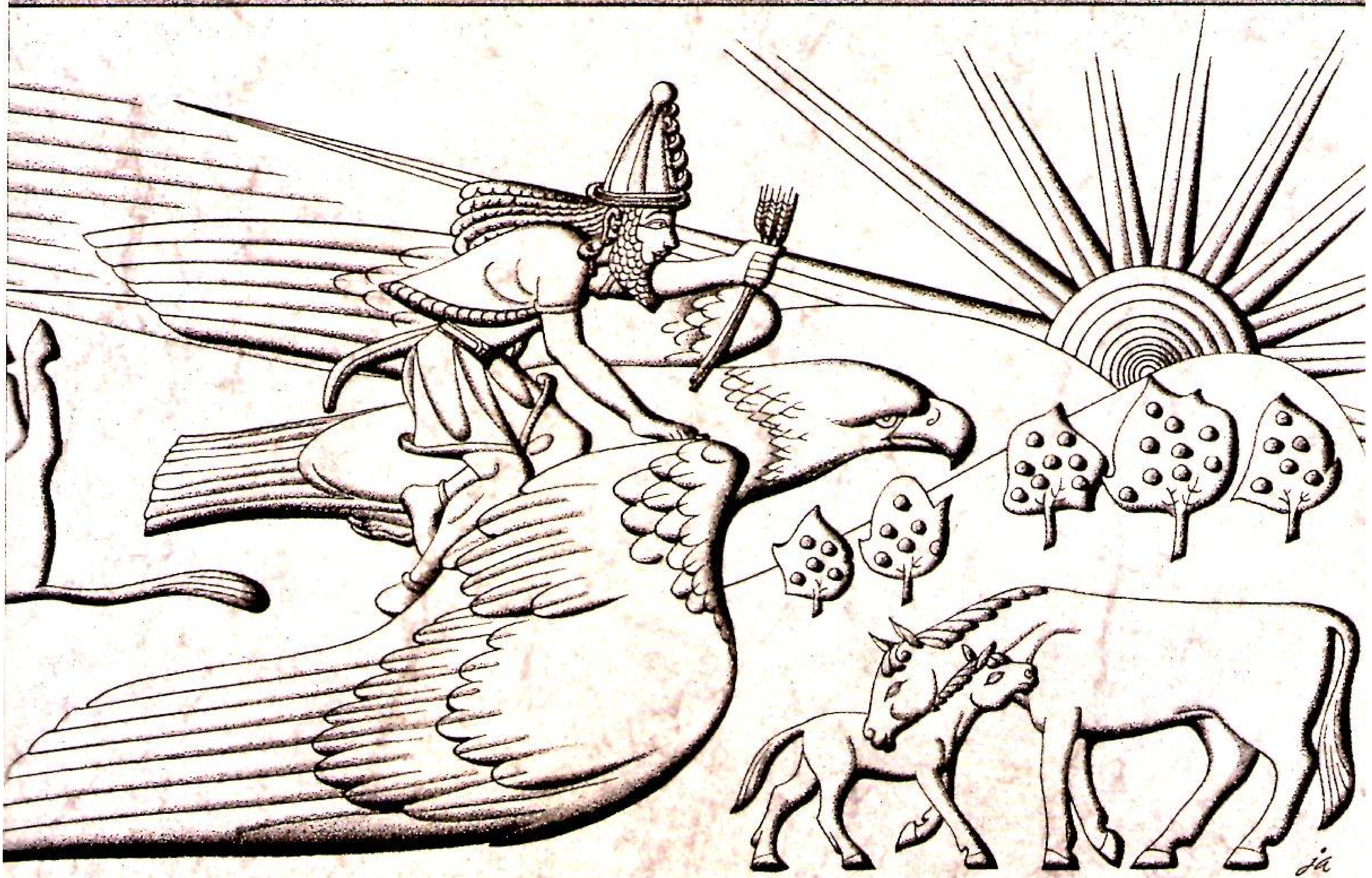


Uno de los mitos hititas más encantadores es el del dios que desaparece. Tenía varias versiones, que afectaban a distintas deidades, pero el relato más popular se centra en Telipinu, hijo del omnipresente dios de la tempestad y deidad que presentaba muy diversas facetas, entre las que descollaban sus versiones como dios de la agricultura y dios de la fertilidad.

El relato empieza presentándonos a Telipinu presa de un arrebato de cólera. Qué le produjo este cambio de actitud es un misterio, pues faltan las 20 primeras líneas de la tablilla en que aparece esta versión. Teniendo en cuenta esta circunstancia, el relato se inicia con un Telipinu distraído, ensimismado, que se indigna súbitamente por causas desconocidas, hasta el extremo de que se coloca el zapato izquierdo en el pie derecho y el zapato derecho en el pie izquierdo. Se ausenta, y durante su ausencia un desastre asola el territorio. "La niebla oscureció las ventanas y la humareda oscureció las casas", dice la tablilla. "En el hogar los troncos se callaron, en los altares los dioses se callaron, en el campo las ovejas se callaron y en el establo el ganado se calló."

Como las desgracias nunca vienen solas, los otros dioses se lamentaban de la marcha de Telipinu, y uno tras otro fueron en su búsqueda. Todos fracasaron en el intento. Atendiendo al requerimiento del dios del Sol, un águila se dedicó a rastrear "las altas montañas, los valles profundos y la profundidad de las aguas", pero sin resultado. Finalmente, la madre de los dioses expidió una abeja a reanudar la búsqueda, resolución que hizo exclamar al dios de la tempestad: "Los dioses mayores y los dioses menores le han buscado sin haberlo encontrado. ¿Va a emprender esta abeja la misión de hallarle? Sus alas son pequeñas y ella misma es también pequeña."

Pero he aquí que la abeja tuvo éxito donde todos los demás habían fracasado. Encontró a Telipinu dormido en una lejana pradera y para despertarlo le aguijoneó las ma-



nos y los pies. Telipinu despertó sobresaltado con un nuevo ataque de furor: "¿Cómo te atreves a despertarme de mi sueño?" exclamó, e inmediatamente asoló el país con nuevas plagas. "Hizo enmudecer las fuentes, desvió el curso de los ríos e hizo que éstos inundaran los bancales. Oscureció las ventanas y oscureció las casas."

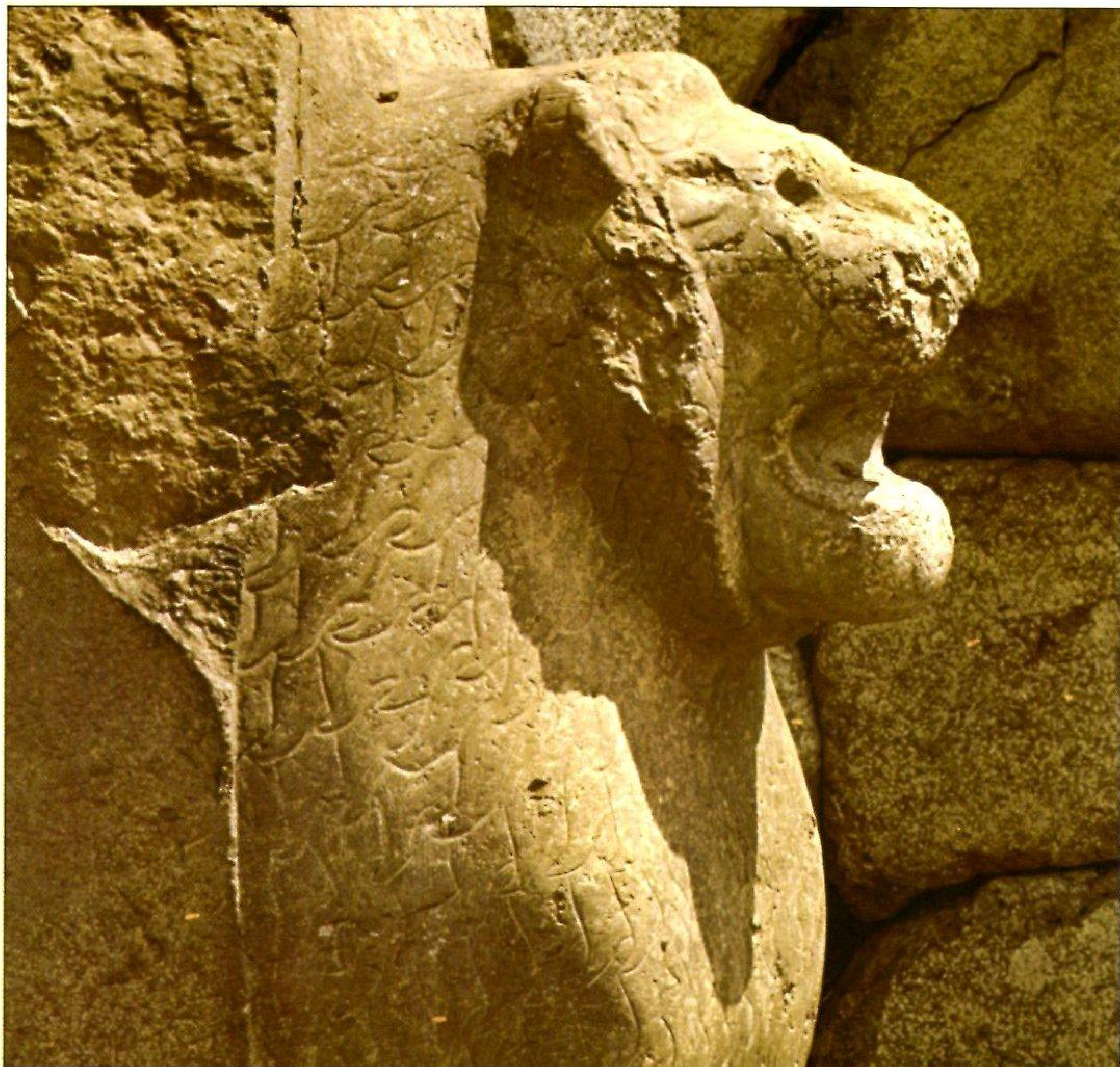
La diosa de la magia y de la curación, Kamrusepa, se fue al encuentro de Telipinu e intentó hacerle retroceder. Derramó sobre él esencia de cedro, higos, ungüentos, cerveza, miel y nata, así como otras exquisiteces: "Así como la miel es dulce y la nata es suave, así también el espíritu de Telipinu se volvió dulce, e incluso él mismo se amansó." Finalmente, la diosa imploró: "¡Oh Telipinu, deja correr tu rabia, aleja tu cólera, abandona tu furia!"

Telipinu quedó por fin apaciguado y persuadido de que debía regresar a sus lares; después de lo cual todo volvió a la normalidad: "La madre meció a su hijo, la oveja acarició a su cordera y la vaca cuidó de su ternero. Así mismo Telipinu cuidó del rey y de la reina y les proporcionó larga vida y vigor."

El mito quiere expresar la idea del rigor del frío invernal y del despertar que en todas partes surge con la primavera. Pero la metáfora quiere hacerse eco también de las vicisitudes de la fortuna y demuestra que allí donde los poderosos fracasan, seres menos importantes pueden a veces tener éxito. Los hititas recitaban esta leyenda cuando surgía alguna calamidad que diera a entender que los dioses les habían abandonado, y acompañaban sus plegarias con ofrendas simbólicas parecidas a las que utilizó la diosa Kamrusepa para tentar a Telipinu.

Con los zapatos cambiados (extremo izquierdo del grabado), el dios Telipinu se marcha encolerizado dejando que el país perezca. Más tarde, apaciguado por la acción conjunta de una abeja, un águila y una diosa, emprende el regreso (derecha) y restablece la normalidad.

Capítulo séptimo: Un final misterioso e inesperado



La caída del Imperio hitita fue repentina, catastrófica y –a los ojos de los historiadores de hoy– inexplicable. En un determinado momento, alrededor del 1200 antes de nuestra era, los escribas de Hattusa dejaron de escribir anales; lo poco que se sabe de aquel pueblo con posterioridad a dicha fecha procede de textos ajenos o de conjeturas de estudiosos.

Aunque parezca ironía, el rey que tuvo que presenciar la destrucción del Imperio llevaba el mismo nombre que el poderoso monarca que lo creó: Suppiluliuma, pero el gobierno de este segundo, que subió al trono hacia el año –1215, debe de haber sido de corta duración; los textos que sobrevivieron a su reinado son escasos y arrojan muy poca luz sobre la causa de la desaparición del Imperio.

Resulta evidente para todos los arqueólogos que han excavado Hattusa que el hundimiento del gran Hatti fue tan violento como definitivo; la ciudad, al parecer, fue saqueada. El fuego, aquel temido enemigo contra el cual habían luchado durante siglos los vigilantes de la ciudad, arrasó sus edificios. Una capa de restos calcinados atestigua la existencia de una conflagración; las casas adosadas a las murallas conservan todavía las señales del incendio; de las casas construidas con adobes sólo quedaron restos endurecidos de color rojo; el fuego hizo de Hattusa una hoguera gigante que transformó sus bloques de construcción en cerámica; incluso en las alturas, donde se hallaba situada la ciudadela, no sobrevivieron más que los cimientos del palacio real.

Con las fauces abiertas como si rugiese, un león de piedra monta guardia sobre las ruinas de Hattusa. Este león, uno de los dos existentes en su día, se salvó del daño causado a su compañero durante la lucha que destruyó la ciudad y presenció el hundimiento del Imperio hitita y el éxodo de su población hacia el año 1200 antes de nuestra era. Quiénes fueron los vencedores sigue siendo uno de los enigmas todavía no descifrados de la historia hitita.

Una cosa parece trágicamente evidente a la vista de las ruinas carbonizadas, y es que los furiosos enemigos destruyeron y saquearon la ciudad con inusitada violencia; fue tan intensa su intención de borrar todo signo de la presencia hitita, que incluso destruyeron a golpes esculturas de piedra; en un momento, Hattusa pasó a ser de una orgullosa metrópoli un espectro sin vida que hoy todavía obsesiona a los historiadores y a los arqueólogos.

Quienesquiera que fuesen los invasores, parecen haber irrumpido en el Imperio a un mismo tiempo, asolando a su paso otros centros urbanos y empujando a los hititas y a sus súbditos supervivientes hacia el exilio; el gran Hatti había muerto.

¿Quiénes fueron los invasores? Los estudiosos han apuntado hacia diversos pueblos, pero, a falta de pruebas determinantes, no se han puesto de acuerdo sobre ninguno. Hay una versión según la cual los hititas pudieron haberse destruido entre sí; algunos de sus últimos escritos aluden a ciertas disensiones y rebeliones internas. Un escriba de los tiempos de Suppiluliuma II hacía notar que "los habitantes de Hatti han pecado contra Su Majestad". Otro escriba decía: "Su Majestad, mi Señor, se encontró con que los habitantes de Hatti se habían alzado en rebeldía." Pero aparte de estas vagas referencias, no existe prueba alguna de que hubiese habido una revolución. Sea como fuere, un disturbio interno, por mucho que pudiera haber debilitado la capacidad de los hititas para resistir a una invasión, no puede justificar la dispersión total del gran pueblo hitita y el desmoronamiento del Imperio. Lo más probable es que fuesen extranjeros y no disidentes hititas los responsables de la caída de Hatti, pero ¿quiénes pueden haber sido?

Ya desde antes del –1200 el Imperio había venido siendo hostigado por poderosos vecinos, muchos de los cuales habían sido enemigos. Así, por ejemplo, en el sureste, en torno al –1242, el rey Tukulti-Ni-

Vestigios de una cultura desaparecida

Con el repentino hundimiento del imperio por los años 1200 antes de nuestra era, desapareció también todo recuerdo de los hititas, hasta el punto de que aún hoy los arqueólogos dudan en considerar como legítimos descendientes suyos a los pueblos que un par de siglos más tarde ocuparon un territorio a lo largo de la frontera al sudeste de los antiguos dominios.

No obstante, éstos son denominados hititas en la Biblia, y emplearon los jeroglíficos hititas en muchos de sus monumentos de piedra. También adoptaron algunos dioses hititas, y sus escultores, en gran parte, trabajaron siguiendo un estilo hitita ligeramente evolucionado. Pero los temas de sus obras artísticas a menudo se apartaron considerablemente de los de sus predecesores, singularmente—tal como se reproduce en el grabado de la derecha—en la naturaleza mundana de las escenas representadas.



Peinados a la moda neohitita, los hijos de un rey se entretienen en sus juegos infantiles.



Otro dios de la tempestad, con su típico casco cónico y sus botas de punta levantada, recibe una libación de parte de un gobernante neohitita.

Lápida funeraria en recuerdo de un matrimonio devoto. El hombre, que sostiene un racimo de uva, pudo haber sido un vendimiador.



nurta de Asiria había promovido escaramuzas en la frontera y se vanagloriaba de haber hecho prisioneros a 28.800 hititas; como represalia, los hititas establecieron un embargo contra los comerciantes sirios, que habían realizado transacciones de todo tipo en Anatolia desde el 1900 antes de nuestra era.

Si dirigimos nuestra mirada al norte, el pueblo kaska seguía dando pruebas de la irreconciliable enemistad que sentía hacia los hititas; aunque no estaban organizados propiamente como nación, las beligerantes tribus kaska habían sido una espina en el flanco norte de Hatti por espacio de unos 150 años. Al llegar el año –1300, en un momento en que los hititas estaban absortos con otros problemas externos, el pueblo kaska llegó a penetrar en las defensas de Hattusa y saquear la ciudad. Los hititas recuperaron el dominio del lugar, pero los estudiosos concuerdan en afirmar que el pueblo kaska tuvo que haber desempeñado cierto papel en los infortunios del Imperio, aun cuando sólo fuese un motivo más de preocupación para los hititas.

Por lo que respecta al oeste, pudieron haber surgido también dificultades con el reino de Ahhiyawa, país frecuentemente mencionado en los anales reales hititas, pero que hasta ahora los historiadores no han logrado identificar ni localizar en los mapas. Los teóricos más osados relacionan Ahhiyawa con Grecia, la tierra de los aqueos de la leyenda homérica que gobernaron en la península griega (los nombres Ahhiyawa y Aquea sugieren desde luego cierta similitud). Otros especialistas piensan que Ahhiyawa era uno de los reinos insulares del Mediterráneo: Creta, Rodas o Chipre. Una opinión más tradicional es la de que Ahhiyawa era un vecino de Hatti situado en la costa de Anatolia, hacia el oeste de Hattusa.

Cualquiera que fuese el punto de procedencia de los ahhiyawa, parece ser que en un principio fueron tratados por los hititas con cierta amistad; la correspondencia registra el hecho de que miembros de la familia real de Ahhiyawa viajaron a Hattusa para iniciarse en la técnica de conducir carros, así como también, cuando el rey hitita Mursili II se hallaba enfermo, sus sacerdotes y médicos trajeron una estatua de un dios ahhiyawa para que ayudara a la curación.

Llegó, sin embargo, un momento en que estas relaciones cordiales se convirtieron en antagónicas por motivos todavía desconocidos. Existe un texto en el que un rey hitita ordena a su escriba que confeccione la nómina de "aquellos reyes que poseen un rango igual al mío: el rey de Egipto, el de Babilonia, el de Asiria y el de Ahhiyawa". Pero, al parecer, poco después ordenó que este último monarca mencionado fuese eliminado de la lista y, aun cuando se hizo desde luego un gran esfuerzo para borrar las palabras, todavía pueden llegar a leerse. Quizás esta acción por parte del rey fue debida a un espíritu creciente de animosidad, pues otros textos indican que los ahhiyawa, buscando dilatar su propio territorio, habían empezado a internarse por los dominios occidentales de Hatti; a finales del –XIII, los ahhiyawa apoyaban la rebelión en estados vasallos hititas.

Una amenaza aún mayor para la estabilidad hitita se produjo por parte de piratas sumamente agresivos que hicieron su aparición en el Mediterráneo oriental durante los siglos –XII y –XII. Representaban una mescolanza de pueblos, incluso tirrenios, posiblemente los mismos ahhiyawa, o también grupos procedentes de la costa de Asia Menor; algunos pudieron haber venido de puntos tan lejanos como Sicilia y Cerdeña. Un grupo de ellos, los filisteos, se asentaron en la tierra a la que luego darían su nombre: Palestina. Todos estos diversos invasores son descritos colectivamente como los "pueblos del mar".

Los "pueblos del mar" se dedicaban a la piratería; arrasaron las costas de Siria y atacaron Ugarit, uno de los estados marítimos rebeldes vasallos de Hatti. Algo más tarde, en el siglo –XIII, el rey de Ugarit, asustado y necesitado de ayuda militar, envió un des-

pacho urgente a un monarca vecino: "Ten cuidado; los navíos enemigos llegaron aquí; mis ciudades fueron incendiadas y han cometido muchas tropelías en mi país. ¿Acaso no sabes que todo mi ejército y mis carros se hallan en país hitita, y que todos mis barcos están en la tierra de Licia?... Con ello, el país ha quedado abandonado a su suerte... los siete navíos del enemigo que llegaron aquí nos han infligido serios daños."

Como quiera que los "pueblos del mar" no se dejaban amilanar ni por los egipcios ni por cualquier otro adversario, más de una vez llegaron a habérselas con las poderosas flotas de Egipto. En los anales que el faraón Ramsés III hizo esculpir en las paredes de su templo en Medinet Habu, hay un indicio de lo que sucedió a los hititas: "Los países extranjeros conspiraron en sus territorios insulares... y ningún país pudo resistir al empuje de sus ejércitos, empezando por Hatti, Kode, Carquemish, Arzawa y Alasiya. Irrumpieron, incluso, en Egipto."

No obstante, todo lo dicho no pasa de ser una inquietante sospecha; no se han conservado inscripciones que confirmen que los "pueblos del mar" efectivamente derrotaran a los hititas; por lo demás, las inscripciones egipcias no son merecedoras de credibilidad cuando nos describen las actividades del antiguo rival del país egipcio. Es cierto que los "pueblos del mar" supieron combinar sus movimientos por tierra con sus asaltos por mar, pero algunos historiadores no pueden aceptar la idea de que un enemigo, cuyo poderío era principalmente marítimo, pudiese penetrar tan profundamente en Anatolia.

Si la destrucción del imperio no puede atribuirse exclusivamente a los "pueblos del mar", alguna combinación de adversarios puede haber contribuido a ello; rebeldes hititas, asirios, el pueblo kaska, los ahhiyawa y otros; desde luego, ninguno de los pueblos rivales de la nación hitita habría lamentado la desaparición del gran Hatti.

El hundimiento del Imperio ocurrió en un momento en que tenían lugar movimientos migratorios de la población; era una de aquellas etapas periódicas en que poblaciones enteras levantaban sus tiendas y se trasladaban a otros campamentos, forzando a menudo a hacer lo mismo a sus ocupantes previos. Así ocurrió que los hititas —o los restos de su nación— emigraron, aunque sigue siendo un misterio saber a dónde se dirigieron; se ha llegado a decir que algunos se trasladaron a Italia, donde iniciaron la cultura etrusca. La salida de los hititas de Anatolia fue una reminiscencia de cuando llegaron allí 700 años antes y unas fuerzas desconocidas les habían impulsado a emigrar de las tierras del norte que ocuparan con anterioridad. Sean quienes fuesen los que se trasladaron a Anatolia central en su nuevo despertar, evidentemente representaban un grado menos avanzado de civilización, y la patria hitita se hundió en la sima de una época oscura e ignorada.

Los historiadores no están de acuerdo acerca de quiénes fueron los primeros que repoblaron el territorio y cuándo tuvo ello lugar. Se supone que fueron frigios, cuyo origen se sitúa en la costa occidental del Mar Negro. Como sea que fuere, edificaron encima mismo de las ruinas de Hattusa; los arqueólogos no han encontrado niveles sedimentarios reveladores del transcurso de un largo período de tiempo entre ambos pueblos.

Aun cuando los nuevos pobladores levantaron indistintamente sus viviendas en el promontorio conocido como "la ciudadela", su asentamiento ofrecía un poderoso contraste con el hermoso palacio que en otro tiempo había existido allí. Se aposentaron entre las murallas caídas sin hacer ningún esfuerzo por reconstruirlas, utilizando los cascotes como material de construcción para viviendas rústicas de una sola habitación, que fueron levantadas sin plan alguno.

A pesar de ello, y por causas que aún no han podido ser explicadas, los nuevos ocupantes debían te-

ner alguna idea de los restos característicos de la ciudad muerta. Entre las piedras derribadas del gran templo de la ciudad baja, los nuevos ocupantes levantaron un pequeño santuario para sus propias plegarias; estaba provisto de bancos, una piscina para las ofrendas y un pedestal que posiblemente sostenía un ídolo. Acaso la atmósfera de respeto fuera realzada por la presencia de las ruinas monumentales que rodeaban el nuevo pequeño santuario.

Después de que pasado el año −1200 el gran Imperio había dejado de existir, una sombra de lo que fue la civilización hitita subsistió por espacio de unos 500 años en Siria y en el sureste de Anatolia. Esta sombra se reflejó en forma de unos 15 minúsculos reinos cuyos habitantes fueron llamados hititas por sus vecinos, si bien estos presuntos sucesores no fueron realmente hititas, por lo menos de ningún modo descendientes directos. Los pueblos de estos pequeños estados son designados hoy día como neohititas, pero siguen siendo un enigma.

Cuando los historiadores empezaron a desenredar los hilos que conducían al conocimiento de la historia del Imperio, algunos supusieron que los neohititas eran descendientes directos de los forjadores del Imperio y que un pueblo invasor les había empujado forzándoles a buscar refugio en lo que habían sido provincias hititas de Siria y del sureste de Anatolia. Otros sugirieron que los neohititas tenían su origen en los habitantes de las naciones que en un tiempo habían estado sujetas al dominio hitita. Probablemente, entre estos neohititas habría vestigios de ambos orígenes; desde luego, perpetuaron ciertos elementos culturales indiscutiblemente hititas, aunque también presentaban rasgos sin relación alguna.

El idioma de algunos neohititas era un dialecto del luwita, que se había hablado en algunas regiones del Imperio; otros hablaban el arameo, lengua semítica sin ninguna conexión con la lengua indoeuropea. Por otra parte, la mayoría de las ciudades neohititas llevaban nombres que diferían por completo de cualquiera de los que se empleaban en la época imperial y ninguna de las divinidades más importantes sobrevivió en el panteón neohitita.

Por otra parte, algunos reyes neohititas llevaron nombres que recordaban los gloriosos monarcas del pasado: Lubarna (Labarna), Sapalulme (Suppiluliuma), Katuzili (Hattusili) y Mutallu (Muwatalli). Los neohititas heredaron –o quizá se limitaron a adoptar– la misma escritura jeroglífica hallada en Hattusa; curiosamente, en cambio, parece que no usaron la escritura cuneiforme hitita, mucho más práctica.

El contenido de las inscripciones jeroglíficas neohititas arroja poca luz sobre su personalidad y sobre su forma de conducirse; la mayor parte de estos textos eran dedicatorias solemnes y no contienen ninguna narración. Evidentemente, los neohititas no heredaron la fascinación que sintieron sus homónimos por dejar constancia escrita de los acontecimientos de su tiempo; a falta de inscripciones, su arte nos permite, no obstante, vislumbrar su personalidad.

En conjunto, parecen haber sido un pueblo rico y satisfecho; al revés de los escultores de piedra de la época imperial hitita, sus artistas prestaron más atención a la vida y a los placeres diarios *(páginas 140-141)* que a los temas de religión y la política; los músicos, los niños y los animales constituían sus temas preferidos. Una reproducción protocolaria de la familia reinante en Carquemish muestra a la reina sosteniendo a un niño y sujetando con una correa un animal doméstico, acaso una cabra (hay que tener en cuenta que los ideales artísticos de los neohititas no eran muy elevados) y, por ejemplo, cuando se introducían carros en su arte, normalmente se trataba las más veces de una escena de casa que una lucha.

En un relieve hallado entre las ruinas neohititas de Karatepe, se ve a unos tumultuosos comensales alzando las copas y deleitándose con un festín suntuoso mientras los músicos tocan y numerosos criados



A las orillas de un estanque recubierto de algas, en el sur de Anatolia, esta construcción de bloques esculpidos, erosionada por la acción del tiempo, sigue siendo un enigma para los hititólogos. Nadie sabe cuál era su finalidad. Alguien ha sugerido que la construcción fue levantada durante los últimos años del imperio hitita para servir de santuario al dios del Sol, representado por los dioses solares alados colocados horizontalmente a lo largo de su fachada.

aportan nuevos manjares. Otros servidores empujan a un ternero destinado al festín.

Tales escenas mundanas refuerzan la hipótesis de que a este pueblo tan acomodaticio le faltaban las ideas de austeridad que caracterizaron a sus homónimos, y este fallo fue su perdición. Al llegar el siglo VIII antes de nuestra era, Asiria –un viejo lobo con renovado vigor– estaba preparada para caer sobre la pradera, y los neohititas venían a ser como el ganado que pastaba en ella. Los asirios se habían propuesto reconquistar sus antiguas posesiones al este del Eufrates y llevaron sus conquistas hacia el oeste del río hasta penetrar en las tierras de las que los reyes hititas les habían mantenido alejados. Con el transcurso del tiempo, los reinos neohititas de Siria fueron absorbidos uno tras otro por el imperio asirio; gradualmente sus viejas lenguas y culturas se extinguieron y, al llegar el año –700, hasta el espíritu hitita había ya fenecido.

Así es como los hititas surgieron, vivieron y se extinguieron; al llegar el siglo –V, cuando los griegos recorrieron las tierras otrora del Imperio hitita, el nombre de Hatti había quedado olvidado.

¿Qué fue lo que los hititas aportaron al progreso de las civilizaciones posteriores, si es que aportaron algo? Muchos estudiosos –incluida la rama especial de los hititólogos– se inclinan por la opinión de que fue muy escasa su aportación; incluso algunos la niegan en absoluto. Una cosa es evidente: ninguno de los sucesores de los hititas –asirios, hebreos, griegos– hubiera exclamado: "Debemos esta tradición a los hititas"; no obstante, los estudiosos modernos sostienen que legaron una herencia positiva.

Por ejemplo, el profesor Harry A. Hoffner, Jr., del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, cree vislumbrar notables semejanzas entre las prácticas religiosas descritas en el Antiguo Testamento y las creencias y plegarias de los hititas. Según el testimonio del libro I de Samuel, una de las formas con

que un mortal podía establecer contacto con los dioses del mundo infernal o con sus antepasados (aun cuando el procedimiento no fue bien visto por los israelitas) consistía en valerse de un agujero practicado en el suelo; los hititas también intentaron comunicarse de esta forma con los espíritus infernales. Hay un pasaje de Isaías que dice: "¡En el desierto, prepara el camino para Yahvé!... ¡Dispón una ruta directa para nuestro Dios! Todos los valles serán elevados, todas las montañas y colinas serán rebajadas; lo que está torcido se enderezará y las zonas abruptas se convertirán en planicie." Estas palabras resuenan como una exclamación hitita destinada a dar la bienvenida a una diosa llamada Wisuriyanza: "¡Aliméntate, tú, deidad temible! ¡Haz que los ríos sean atravesados! ¡Haz que los valles queden nivelados! ¡Haz que las montañas desciendan hasta las zonas de vegetación!"

El profesor Hans G. Güterbock, perteneciente también a la Universidad de Chicago, ha trazado unos paralelismos entre las mitologías clásicas griegas y las de los hititas; las luchas épicas entre los dioses griegos Urano, Cronos y Zeus aspirando a la monarquía celestial, dice Güterbock, tienen un probable antecedente hitita. La historia hitita, adoptada de una narración hurrita, describe cómo la realeza de los dioses se transmitió a través de una serie de batallas a Teshub, el dios de la tempestad; según él, Teshub corresponde al dios griego Zeus. Del mismo ciclo de mitos hititas, el dios Ubelluri, que sostenía sobre sus hombros la tierra, los mares y los cielos, era posiblemente un antecesor de Atlas.

Se halla todavía por resolver la cuestión de cómo tales vestigios hititas llegaron a introducirse en la tradición griega 500 años más tarde; posiblemente se introdujeron por vía indirecta, habiéndose mantenido vigentes en la cultura siria hasta el momento en que los griegos llegaron a aquel territorio y las preservaron; o también es posible que pudieran haber sido transportadas, junto con otros elementos culturales, por mediación de los hititas que vivían entre pueblos de habla griega después del desastre.

Aunque la herencia de los hititas es intangible en su mayor parte, hay dos tipos de documentos que ejercieron influencia no sólo en culturas posteriores del Oriente Medio sino también en el mundo moderno. El primero de estos elementos es el "tratado", es decir, el acuerdo escrito que vinculaba estados menores al Imperio; es posible que los hititas no fuesen los inventores de estos pactos, pero no cabe duda de que supieron desarrollar el concepto de tratado convirtiéndolo en algo más sublime que lo que había hecho anteriormente ningún pueblo.

El segundo tipo de documento consiste en lo que los estudiosos llaman "anales reales", o sea, la crónica descriptiva, año tras año, de los hechos más notables de cada reinado. Se daba por admitido que otros pueblos posteriores del Próximo Oriente, principalmente los asirios, utilizaban los anales; pero al redescubrir a los hititas, se vio bien claro que probablemente fue el primer pueblo que dejó escrita su historia en forma de anales. Al llegar el siglo –XVII, durante el reinado de Hattusili I, ya había empezado el sistema de conservar anales reales; el rey Mursili II, que gobernó en el siglo –XIV, perfeccionó el sistema; no sólo dejó descritas sus propias hazañas, tanto en forma abreviada como en forma detallada, sino que además encargó la redacción de los fastos militares de su padre, el rey Suppiluliuma I. Gracias a la conservación de estos anales, los hititas han proporcionado a los estudiosos del siglo XX la oportunidad de vislumbrarlos tal como eran realmente, no como simple germen de ladrones de los egipcios o como partiquinos según textos de la Biblia, sino como un pueblo poderoso, orgulloso de sí mismo y con plenitud de recursos, que edificó y administró uno de los primeros y mayores imperios de la historia de la humanidad.

El comportamiento y las formas cambiantes de los dioses hititas

Al igual que muchos otros forjadores de imperios, los hititas desarrollaron su civilización a base de elementos culturales tomados de pueblos vecinos o conquistados. Esta conducta es patente en cada etapa de la vida hitita. Pero destaca con claridad diáfana en las bellas representaciones de sus dioses.

Muchas de estas deidades, así como también los estilos adoptados para representarlas, procedían de los hatti y de otros pueblos que habitaron en la región anatólica de Turquía, cuando los emigrantes hititas la convirtieron en su hogar patrio en el siglo XX antes de nuestra era. Los dioses muestran también las influencias externas de Mesopotamia y, más tarde, de Egipto. Hubo que esperar hasta el siglo –XIV, cuando el Imperio hitita alcanzó su cenit, a que estas imágenes prestadas se fundieran hasta lograr un estilo claramente hitita.

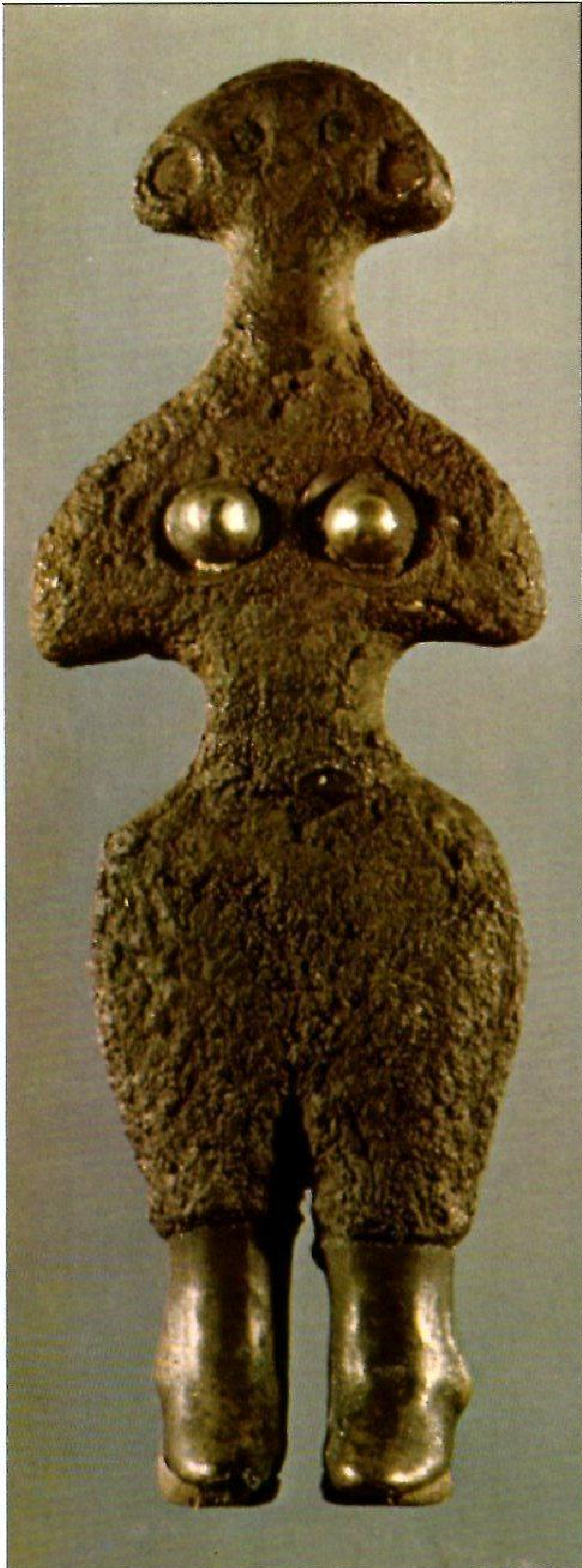
Durante los siglos del interregno, los dioses sufrieron cambios trascendentales, tanto en su tamaño como en su comportamiento. En la etapa del primitivo arte hitita, la mayor parte de los ídolos tenían figuras delicadas, pasivas y semiabstractas, de un tamaño que no excedía de unos pocos centímetros. Pero los dioses fueron creciendo según crecían las conquistas hititas, hasta el extremo que la divinidad característica de la época imperial ya era una figura vigorosa, segura de sí misma y realista, que medía algunos metros de altura.



Dioses gemelos, tallados en piedra caliza anteriores al año 2000 antes de nuestra era, representan una forma prehitita del modelo de doble imagen que los artífices hititas adoptaron posteriormente como propia (página 17).



Trabajado en láminas de oro, este ídolo prehitita representado arriba es otro ejemplo del tipo de escultura de dioses gemelos de la página anterior. Su pequeño tamaño –poco más de 2 cm de altura– indica que se hizo para uso personal. Fue hallado en una tumba, en el centro metalúrgico de Alaça Hüyük, lo que da a entender que fue elaborado por un artífice local entre el año 2300 y el año 2100 antes de nuestra era.

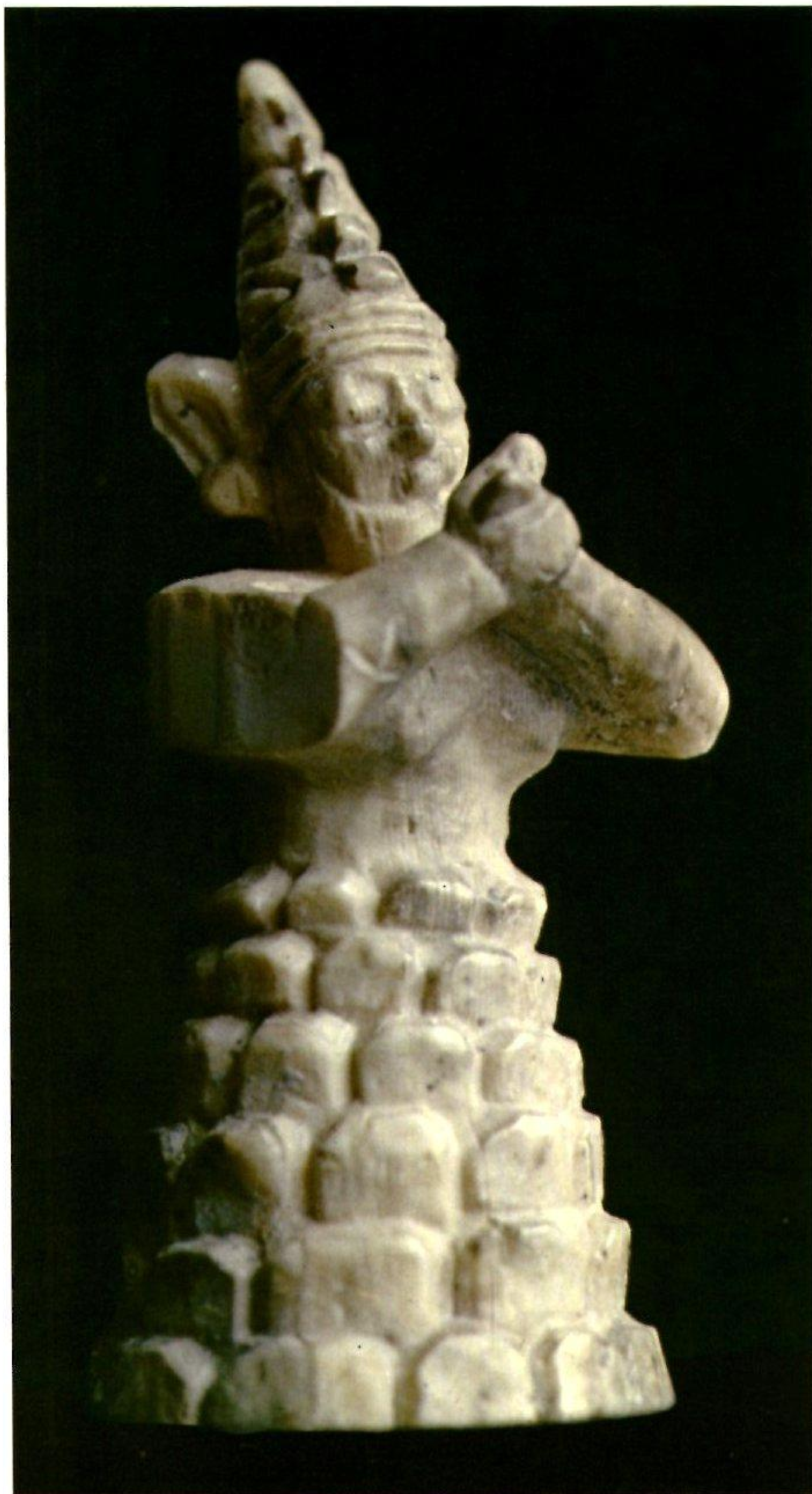


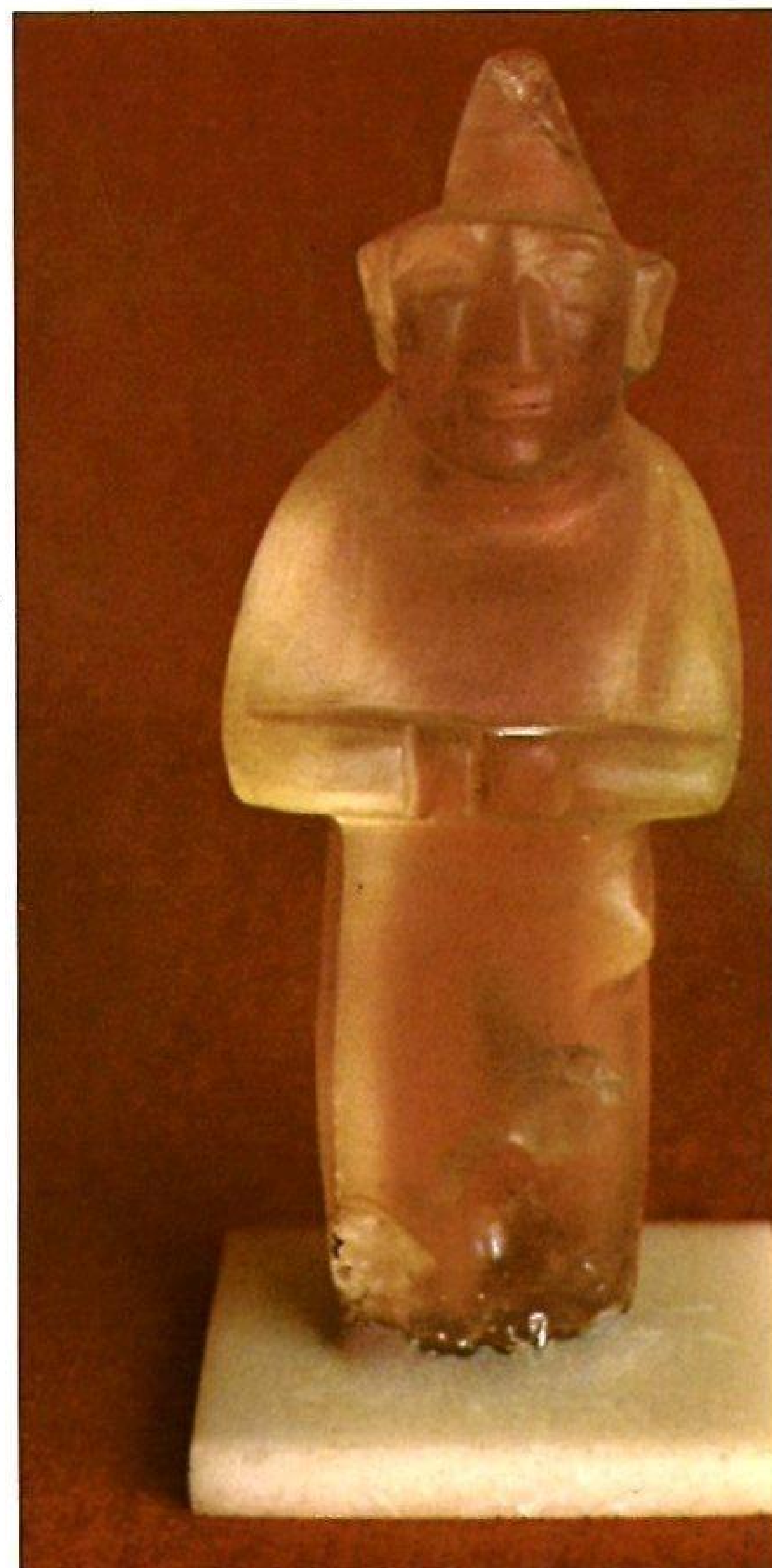
De aspecto basto, aunque no exento de cierto refinamiento como obra artística hitita, la diosa representada a la izquierda (unos 10 cm de altura) estaba fabricada en plata y llevaba como ojos unos granitos azules, e incrustaciones de oro como orejas, zapatos y pechos. Por la forma abultada de éstos, los especialistas suponen que representa a la diosa de la fertilidad, la cual se solía representar de forma semejante en el Próximo Oriente.

Diosa estilizada (derecha), una de las obras maestras del arte hitita. Está hecha de plata, y su cabeza está chapada en oro (fotografía aumentada). Mide sólo 22 cm y es probable que fuese modelada tomando como modelo a una princesa hatti que murió por los años 2000 antes de nuestra era. Su cara solemne y al tiempo serena y sus brazos delgados y recogidos dan la sensación de un profundo sentimiento de piedad.









Dios hitita (arriba) tallado en cristal de roca entre el 1500 y el 1200 antes de nuestra era. Presenta una ancha cara y la corpulencia física típica de los hititas. Aun cuando mide menos de 8 cm de alto, irradia un sentido de monumentalidad parecido al de estatuas mucho mayores procedentes de la misma época.

Figurilla de marfil (izquierda) de unos escasos 2,5 cm. Es el trabajo minucioso de un artífice hitita del siglo XIV *antes de nuestra era, y puede ser identificado como representante de una divinidad, a juzgar por su corona cónica, y más concretamente como un dios de las montañas, por su vestimenta primorosamente recortada en volantes.*





Dios caminante fabricado en oro, del siglo XIV *antes de nuestra era. Representa el creciente interés y el talento de los hititas por describir gestos de una manera realista. Este diminuto dios (tiene sólo 5 cm de alto) lleva lo que parece ser una maza o porra. El anillo de que va provisto al dorso puede haber sido una especie de gancho para colgar la figurilla del cuello mediante una cadena.*





Aun cuando parezca inspirado en la esfinge egipcia, este animal –un león de mayor tamaño que el natural, con alas y cabeza humana (arriba y a la derecha)– constituye un ejemplo de la creciente originalidad de los artistas hititas durante el apogeo del Imperio. En contraste con la criatura egipcia, convencional e inexpresiva, la esfinge hitita del siglo XIV antes de nuestra era reverbera un sentido de individualidad y animación. La cara de la diosa, que puede ser reflejo del ideal hitita de la belleza femenina, adquiere vida gracias a una sutil sonrisa y a unos ojos que parece fueron vivos y expresivos, aun cuando sus órbitas, como se ve, estén hoy vacías.

Un dios musculoso (izquierda), ataviado de guerrero, refleja el poder, la ambición y la confianza de los hititas en su etapa imperial. A medida que las conquistas engrandecieron el Imperio, los pequeños ídolos de uso personal fueron sustituidos en importancia artística por grandiosas imágenes talladas para ser expuestas públicamente. Este dios mide casi 2 m de altura y, al igual que la esfinge de la derecha, custodiaba una entrada monumental de piedra en Hattusa (páginas 120-121).



El Origen del Hombre

Este esquema muestra la progresión de la vida en la Tierra, desde sus primeras apariciones en las aguas del planeta recién formado, hasta la evolución del hombre; señala sus desarrollos físicos, sociales, tecnológicos e intelectuales hasta la Era Cristiana. Para ubicar estos avances en

GEOLOGÍA		DATADO EN MILES DE MILLONES DE AÑOS	
Precámbrico era más primitiva		4,5	Creación de la Tierra
		4	Formación del mar primitivo
			Origen de la vida: algas y bacterias unicelulares aparecen en el agua
		3	
		2	
		1	
		DATADO EN MILLONES DE AÑOS	
			Aparecen los primeros animales respirando oxígeno
		800	
			Los primitivos organismos desarrollan células especializadas interdependientes
		600	Aparecen los animales con concha invertebrados multicelulares
Paleozoico vida antigua			Evolución de los peces armados, primeros animales que poseen espina dorsal.
		400	Los pequeños anfibios se aventuran hacia la tierra firme
			Aparecen los reptiles y los insectos
Mesozoico vida media			Aparece el tecodonto, antepasado del dinosaurio
		200	Comienza la era de los dinosaurios
			Aparecen los pájaros
			Los mamíferos viven al amparo de los dinosaurios
			Termina la era de los dinosaurios
		80	
Cenozoico vida reciente			Los prosimios, los primates más primitivos, se desarrollan en los árboles
		60	
		40	Se desarrollan los primates inferiores y los primates antropoides
		20	
		10	El *Ramapithecus*, el primate más antiguo conocido con evidentes rasgos de hombre, evoluciona en la India y África
		8	
		6	
		4	El *Australopithecus*, el antepasado primate más cercano al hombre, aparece en África

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	DATADO EN MILLONES DE AÑOS	
Pleistoceno Inferior período más antiguo de la época más reciente	**Paleolítico Inferior** período más antiguo de la Edad de Piedra Antigua	2	Las herramientas más antiguas son fabricadas por el hombre en África
			El primer hombre verdadero, el *Homo erectus* aparece en las Indias Orientales y en África
		1	El *Homo erectus* emigra a lo largo de los trópicos del Viejo Mundo
		DATADO EN MILES DE AÑOS	
Pleistoceno Medio período medio de la época más reciente		800	El hombre aprende a controlar y a usar el fuego
		600	
			En gran escala, progresa la caza organizada de elefantes en Europa
		400	El hombre comienza a construir refugios artificiales con ramas
		250	Aparece el hombre de Neanderthal en Europa
		100	Aparece el *Homo sapiens sapiens* en África
		80	
Pleistoceno Superior último período de la época más reciente		60	Enterramientos rituales en Europa y el Oriente Medio sugieren la creencia en la vida futura
	Paleolítico Medio período medio de la Edad de Piedra Antigua		Mamuts lanudos son cazados por los neanderthales en el norte de Europa
Último período glaciar			El oso de las cavernas llega a ser el centro de culto en Europa
		40	
			El hombre se extiende hasta Australia
			El documento escrito más antiguo conocido, un calendario lunar en hueso, es hecho en Europa
	Paleolítico Superior último período de la Edad de Piedra Antigua		Los primeros artistas decoran los muros y los techos de las cavernas en Francia y España
		30	Son esculpidas estatuillas para la adoración de la naturaleza
		20	La invención de la aguja hace posible la costura
			Los cazadores asiáticos cruzan el estrecho de Bering para poblar América del Norte y del Sur
			Comienza la caza de bisontes en los grandes llanos de Norteamérica
		10	Se inventa el arco y la flecha en Europa
Holoceno época actual			La alfarería empieza en Japón
	Mesolítico Edad de Piedra Media	9	Se domestica la oveja en el Próximo Oriente

4.000 millones de años — 3.000 millones de años

Origen de la Tierra (4.500 millones) — Origen de la vida (3.500 millones)

secuencias cronológicas utilizadas en forma común, la columna de la izquierda de cada una de las cuatro secciones del esquema identifica las grandes Eras geológicas en las que se divide la historia de la Tierra, mientras que la segunda columna registra las edades arqueológicas de la historia humana. Las fechas claves de los orígenes de la vida y de los logros principales del hombre aparecen en la tercera columna. El gráfico no está a escala; la razón es clara con la franja de abajo, la cual representa en escala lineal los 4.500 millones de años comprendidos en el esquema.

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno *(cont.)*	Neolítico Edad de Piedra Moderna	9000	El perro es domesticado en Norteamérica
		8000	Se funda Jericó, la primera ciudad
			Se domestica la cabra en Persia
			El hombre cultiva sus primeras mieses, trigo y cebada en el Oriente Medio
			El maíz es cultivado en México
		7000	Un modelo de vida de pueblo nace en el Oriente Medio
			Çatal Hüyük, lo que ahora es Turquía, llega a ser el primer centro comercial
			Se inventa el telar en el Oriente Medio
		6000	El ganado es domesticado en el Próximo Oriente
			La agricultura comienza a reemplazar a la caza en Europa
			El cobre es usado en la industria en la región mediterránea
	Edad del Cobre	4800	El monumento de piedra maciza más antiguo conocido es construido en Bretaña
		4000	Los botes de vela son usados en Egipto
			Las primeras ciudades surgen en los llanos de Sumer
			Los sellos cilíndricos comienzan a ser usados como señas de identificación en el Oriente Medio
		3500	Se inventa la rueda en Sumer
			El hombre comienza a cultivar el arroz en el Lejano Oriente
			Se domestica el caballo en Rusia del Sur
			Los mercaderes navegantes egipcios comienzan a recorrer el Mediterráneo
	Edad del Bronce		El primer escrito pictográfico redactado en el Oriente Próximo
			El gusano de seda es domesticado en China
		3000	El bronce es usado por primera vez para hacer herramientas en el Oriente Medio
			La vida ciudadana se propaga hasta el valle del Nilo
			El arado se desarrolla en el Oriente Medio
			Un calendario preciso basado en observaciones estelares se inventa en Egipto
		2800	Stonehenge, el más famoso de los monumentos megalíticos antiguos, es comenzado en Inglaterra
			Las pirámides son construidas en Egipto
		2600	Una variedad de dioses y héroes son glorificados en *Gilgamesh* y otras epopeyas del Oriente Medio
		2500	Surgen las ciudades en el valle del Indo

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno *(cont.)*	Edad del Bronce		Evidencia más antigua del uso de esquís en Escandinavia
			El código de leyes más primitivo es redactado en Sumer
			Las sociedades minoas de palacio comienzan en Creta
		2000	Se domestican las gallinas y los elefantes en el valle del Indo
			El uso del bronce se propaga a Europa
			Comienza la cultura esquimal en la región del estrecho de Bering
		1500	Embarcaciones que pueden navegar por el océano, le permiten al hombre llegar a las islas del Pacífico Sur
			Esculturas ceremoniales de bronce se funden en China
			Se establece el gobierno imperial, que incluye provincias distantes, por los hititas
		1400	Se usa el hierro en el Oriente Medio
			El primer alfabeto completo manuscrito es inventado por las gentes de Ugarit, en Siria
			Moisés conduce a los israelitas fuera de Egipto
	Edad del Hierro	1000	El reno es domesticado en Eurasia
		900	Los fenicios desarrollan el alfabeto moderno
		800	El uso del hierro se propaga por toda Europa
			Los nómadas a caballo aparecen en el Próximo Oriente como nueva fuerza poderosa
			El primer sistema de carreteras es construido en Asiria
			Homero compone *La Iliada* y *La Odisea*
			Se funda Roma
		700	Comienza la civilización etrusca en Italia
			Ciro el Grande gobierna el imperio persa
			Se establece la República de Roma
		500	Se inventa la carretilla en China
		200	Son escritos los épicos *Mahabharata* y *Ramayana* acerca de los dioses y los héroes de la India
			Se inventa la rueda de agua en el Oriente Medio
		0	Comienza la era cristiana

2.000 millones de años
1.000 millones de años
Primeros hombres (2 millones)
Primeros animales respirando oxígeno (900 millones)
Primeros animales con espina dorsal (470 millones)

Procedencia de las ilustraciones

La procedencia de las ilustraciones de este libro se reseñan a continuación. Las fuentes de derecha a izquierda están separadas por punto y coma, de arriba a abajo por guiones.

Fulvio Roiter. 11–Ozan Sagdic, cortesía Museo Arqueológico de Ankara. 13–Mapas por Rafael D. Palacios. 15–Foto Maurice Chuzeville, Museo del Louvre, París, cortesía del Instituto Oriental, Universidad de Chicago. 16–Hirmer Fotoarchiv, Munich, cortesía del Museo Arqueológico de Ankara. 17–Hirmer Fotoarchiv, Munich, cortesía del Museo Arqueológico de Ankara; Hirmer Fotoarchiv, Munich, cortesía del Museo de Alaça Hüyük 18, 19, 22, 23–Michael A. Hampshire. 25 a 31–Dibujos de Michael A. Hampshire. 32–Hirmer Fotoarchiv, Munich. 35–División General de Investigación y Humanidades, The New York Public Library, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden. 37–Max G. Scheler de Magnum-División General de Investigación y Humanidades, The New York Public Library, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden. 40–Ullstein, Berlín. 45–Michael A. Hampshire (arriba). 46, 47–División General de Investigación y Humanidades, The New York Public Library, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden-Michael A. Hampshire. 48, 49–Hirmer Fotoarchiv, Munich; División General de Investigación y Humanidades, The New York Public Library, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden. 50–División General de Investigación y Humanidades, The New York Public Library, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden, Michael A. Hampshire. 51, 52–Hirmer Fotoarchiv, Munich. 55–The Walters Art Gallery. 56, 57–Staatliche Museen de Berlín, Museo del Próximo Oriente. 59–Max G. Scheler de Magnum. 60, 61–Cortesía del Instituto Oriental, Universidad de Chicago. 63–Cortesía Dr. Franz Steinherr, Munich. 65–Roland Michaud de Rapho Guillumette. 66–Fulvio Roiter. 67–Dmitri Kessel, TIME-LIFE Picture Agency, © 1972 Time Incorporated. 68, 69–Ara Guler. 70–Mustafa Türkyilmaz. 71–Roland y Sabrina Michaud de Rapho Guillumette. 72–Foto F. L. Kennett, Copyright George Rainbird Ltd., 1963. 75–C. F. A. Schaeffer. 77–Por cortesía del Israel Department of Antiquities and Museums-The Metropolitan Museum of Art, Excavaciones del Museo 1910-1911, Rogers Fund, 1911. 79–Slavonic Division, The New York Public Library, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden. 83–Brian Brake de Rapho Guillumette. 84 a 89–W. Wreszinski: *Atlas zur Altaegyptischen Kulturgeschichte*, Vol. 2, Leipzig Hinrichs Verlag, 1935, cortesía Oriental Division, The New York Public Library, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden. 90–Josephine Powell. 93–De Ippolito Rosellini, *I. Monumenti dell'Egitto e della Nubia*, Pisa, Presso N. Capurro, 1832-1844. 96, 97–Hirmer Fotoarchiv, Munich, cortesía del Museo Arqueológico de Ankara, excepto abajo a la derecha Museo Arqueológico de Ankara. 98–De Riemschneider, *Die Welt der Hethiter*, Cotta-Verlag. 100–Museo Arqueológico de Ankara. 102–Ashmolean Museum, Oxford. 105–a 113–Dibujos de Michael A. Hampshire. 114–Hirmer Fotoarchiv, Munich, cortesía del Museo Arqueológico de Ankara. 116–Profesor Rudolf Naumann, Instituto Arqueológico Alemán, Estambul. 119–Hirmer Fotoarchiv, Munich. 120–Mustafa Türkyilmaz; dibujo por Adolph E. Brotman de Rudolf Naumann, *Architektur Kleinasiens*. 121–Scala-Dibujos por Adolph E. Brotman de Rudolf Naumann, *Architektur Kleinasiens*. 122–Hirmer Fotoarchiv, Munich, excepto abajo a la derecha en donde aparece un dibujo de Adolph E. Brotman de Rudolf Naumann, *Architektur Kleinasiens*. 126–Fulvio Roiter. 127–De *Hattusha: The Capital of the Hittites*, de Kurt Bittel. Copyright © 1970 por Oxford University Press, Inc. Figura 13 en pág. 56, plano del Templo I. 131 a 137–Dibujos por James Alexander. 138–Hirmer Fotoarchiv, Munich, 140–Hirmer Fotoarchiv, Munich, cortesía del Museo Arqueológico de Ankara. 141–Hirmer Fotoarchiv, Munich, cortesía del Museo de Adana. 145–Valerie Stalder. 147, 148, 149–Ozan Sagdic, cedido amablemente por el Museo Arqueológico de Ankara. 150–Roland Michaud de Rapho Guillumette, cortesía del Museo Arqueológico de Ankara; Valerie Stalder, cortesía del Museo de Adana. 151–Cortesía del Museo Británico. 152, 153–Ozan Sagdic, cortesía del Museo de Adana. 151–Cortesía del Museo Británico. 152, 153–Ozan Sagdic, cortesía del Museo Arqueológico de Ankara.

Agradecimientos

Por la ayuda prestada para la preparación de este libro, los editores agradecen su colaboración a Ekrem Akurgal, Profesor de Hititología, y Tahsin Ozgüç, Rector, Universidad de Ankara, Turquía; Pierre Amiet, Conservador Jefe, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París; Kurt Bittel, Profesor, Heidenheim-Brenz, antiguo Director del Instituto Arqueológico Alemán, Berlín; Museo Británico, Departamento de Asiáticos Occidentales; Sevim Bülüc, Conservador, Middle East Technical University Museum; Halet Cambel, Profesor de Arqueología, Universidad de Estambul, Turquía; Henry Fischer, Conservador Investigador, Metroplitan Museum of Art, New York City; Rolf Hachmann, Profesor de Prehistoria, Universidad de Saarbrücken, Alemania; J. D. Hawkins, Lector de Antiguas Lenguas Anatólicas, Universidad de Londres; Emmanuel Laroche, Miembro del Instituto Francés, Director, Instituto Francés de Arqueología de Estambul, Turquía; Gerhard Rudolf Meyer, Director del Museo Estatal de Berlín; Rudolf Naumann, Director del Instituto Arqueológico Alemán de Estambul; C. F. A. Schaeffer, Miembro del Instituto Francés, Profesor Honorario del Colegio de Francia; Hande Surmelioglu, Director Delegado de la Oficina Turca de Turismo e Información, Ciudad de Nueva York; Raci Temizer del Museo Arqueológico, Ankara, Turquía.

Bibliografía

Akurgal, Ekrem: *The Art of the Hittites*, Thames and Hudson, 1962.

Bittel, Kurt: *Hattusha: The Capital of the Hittites*, Oxford University Press, 1970.

Breasted, James Henry: *A History of Egypt*, Hodder and Stoughton, 1905.

Ceram, C. W. Ed.: *The World of Archaeology*, Thames and Hudson, 1966 y Fontana (Paperback), 1968.

Frankfort, Henri: *The Art and Architecture of the Ancient Orient*, The Pelican History of Art, Penguin Books, 1970.

Gordon, Cyrus: *Forgotten Scripts: The Story of their Decipherment*, Thames and Hudson, 1968, Penguin Books, 1971.

Gurney, O. R.: *The Hittites*, Penguin Books, 1972.

Kitche, K. A.: *Suppiluliuma and the Amarna Pharaohs*, Liverpool University Press, 1962.

Lloyd, Seton: *Early Highland Peoples of Anatolia*, Thames and Hudson, 1967.

Montgomery, Viscount: *A History of Warfare*, Collins, 1968.

Neufeld, E. ed.: *The Hittites Laws*, Luzac and Co., 1957.

Pritchard, James B., ed.: *The Ancient Near East in Pictures Relating to the Old Testament*, Princeton University Press, 1970.

Roux, Georges: *Ancient Iraq*, Allen and Unwin, 1964, Penguin Books, 1972.

Vieyra, Maurice: *Hittite Art*, Alec Tiranti, 1955.

Westendorf, Wolfhart: *Paintings, Sculpture and Architecture of Ancient Egypt*, Abrams, 1968.

Wiseman, D. J., ed.: *Peoples of Old Testament Times*. Oxford University Press, 1973.

Indice

A

Absolutismo, 17, 98-99
Abu Simbel, relieve del templo de, 79, 82
Adivinación, 128
Adulterio, 95
Aguila, bicéfala, 17, 21, 48-49
Ahhiyawa, reino de, 142, 143
Akhenaton, faraón, 41-42
Alaça Hüyük, 12, *mapa* 13, 148
Alalu, dios, 102
Alanya, *mapa* 13, 70
Alasiya, *mapa* 13, 143
Alepo, *mapa* 13, 76, 84, 87
inscripciones jeroglíficas, 38, 54
Alimentos, 91, 92, 93
Amarna, escondrijo de las tablillas de arcilla, 41-42, 43
Amoritas, 9
Amurru, reino de, *mapa* 13, 74-75, 87
Anales reales, 146
Anatolia, 9, *mapa* 13, 33, 76
clima, 92
llegada de los hititas a, 11-12, 20
paisajes, 65-66, 68-69
recursos metalúrgicos, 75, 92
Antioquía (Antakya), *mapa* 13
paisaje, 67
Anu, dios, 61, 102
Aqueos, 142
Arcos y flechas, 75
Arinna, diosa del Sol, 127
Armadura, bronce, 75-76, 77
Armas de guerra, 75-76, 77, 84, 93
Arnuwanda, rey hitita, 118
Arnuwanda III, rey hitita, 24
Arquitectura hitita: estructura, 115
Gran Templo, 125, 126-128
materiales de construcción, 115, 124, 128
uso de la falsa bóveda, 122
Arracadas, 14
Artes, hititas, 20-21, 147, 150-153
Artesanado, 94, 124
Arzawa, reino de, *mapa* 13, 42, 73-74, 76, 80, 143
tablilla cuneiforme en la lengua de, 56
Asia Menor, 12, *mapa* 13
llegada de los hititas al, 11-12, 20
Asiria (os), 142, 143
ascendencia de, 81
embargos comerciales hititas contra, 139-142
incursiones en el Imperio hitita, 139
neohititas subyugados por, 20, 145
referencias sobre Hatti o los hititas, 11, 20, 39
Asitiwatta, príncipe neohitita, 64
Assur, 9, 11, *mapa* 13
Atlas, figura mítica griega, 103, 146
Azzi-Hayasa, *mapa* 13

B

Babilonia, saqueo hitita de, 9, 20, 73, 76
Batalla de Qadesh, 20, 41, 80-81, 83-89
fuentes sobre, 83
plano de la batalla, 80
Biblia: analogías con los textos hititas en, 146
referencias sobre los hititas en, 9, 33, 38, 40, 42, 44, 140
Bicéfalo, motivo, 17, 21, 48-49, 147
Bittel, Kurt, 62
Bizancio, 21
Bogazköy, 10, *mapa* 13, 22, 34, 39
excavaciones en, 40, 42-44
tablillas de, 56-57
Bosques, 92
Bossert, Helmuth, 62-63, 64
Botas, puntiagudas, rasgo característico de los hititas, 14, 16, 41, 42, 54
Boustrophedon, dirección de la escritura, 53
Bóveda, falsa o en saledizo, 122
Bronce, 93
armadura de, 75-76, 77
escultura hitita de, 15, 21
revestimiento de las puertas de madera, 120, 123
Budge, E.A. Wallis, 41
Burckhardt, Johann Ludwig, 35-36, 37
Büyükkale, Hattusa, 11[illegible]

C

Calendario canónico, 20, 103-104
Capadocia, 65, 66
Carquemish, *mapa* 13, 39, 42, 143
inscripciones jeroglíficas de, 39, 52, 54
relieves neohititas, 144
Carros de guerra, 16, 26, 27, 76
en la batalla de Qadesh, 83, 84, 85-89
Casas: granja, 91
de Hattusa, 115, 123, 124
prehititas, 115
Cerámica, 16, 114
prehitita anatólica, 96-97, 115
Ceremonia, en festivales, 125, 129
Ciudades-estado, en la Anatolia prehitita, 12
Ciudades: hititas, *mapa* 13
prehititas, 12, 96, 115
Cobre, 93
comercio, 11, 92
Código de leyes de Hammurabi, 61, 94
Comercio, 11, 115
centro asirio en Kanesh, 11, 14, 20, 96
embargos hititas contra los asirios, 139-142
karums, 11, 67, 92, 115
sistema de intercambio, 93
Comunicaciones, 27, 73
Corfú, 40
Corpus Inscriptionum Hettiticarum (Messerschmidt), 61
Cosecha, 92
Cosecha de cereales, 92
Cosecha de frutos, 92
Creta, 142
Criminal, ley, 94-95, 112, 113
Cronos, dios griego, 146
Cuneiforme, escritura, 11, 41
perduración de su uso entre los neohititas, 144
sello bilingüe de Tarkumuwa, 54-55
usada por los hititas, 12, 44, 53, 56-57, 75, 98, 144
Chantre, Ernest, 42
Chipre, 142

D

Damasco, *mapa* 13, 30
Davis, E.J., 38
Dioses, hititas, 101-103, 108, 131-137
ídolos, 128-129, 147-151
naturaleza antropomorfa (humana) de, 101-102, 108, 131
relieves, 8, 45, 46-51, 53, 152
Diplomacia, 99
conquista por medio de, 10, 16, 73, 74-75
correspondencia hitito-egipcia, 42, 43, 78-79, 81
lengua usada en, 16, 42, 43-44, 75
Divorcio, 104
Dragón, mito del, 103, 134-135
Duppi-Teshub, rey de Amurru, 74-75

E

Ea, dios, 101, 103, 132
Economía ganadera, 68-69, 91-92
Edad del Bronce, 12
"Efrón el Hitita", 9
Egipto, 33, 124, 142, 147, 152
cartas de Tell el-Amarna como fuente para, 41-42
correspondencia hitita con, 42, 43, 78-89, 81
desafío hitita a, 9, 10, 16, 20, 41, 42, 73, 77, 79-81, 84, 88
jeroglíficos, 54, 84, 85
pacto hitita de defensa mutua de no agresión con (1284 a. C.) 44, 81-82
prisioneros de guerra (relieve mural), 15
relieves de templo, 79, 83-89, 143
Ejército, ritual de introducción, 112
Enseñanza, 123-124
Enterramiento, 129-130
Erzurum, *mapa* 13
paisaje, 71
Escritura, sistemas de, silábico, ideográfico, alfabético, 54
Escudos, 76
Escultura, 15, 21, 138, 152-153
dioses gemelos, 147-148
neohitita, 140-141
prehitita, 147
Esfinge, hitita, 152-153
Esfinge, Puerta de la, Hattusa, 116, 118
Esmirna, *mapa* 13
jeroglíficos grabados cerca de, 32, 39, 54
Espadas, 75, 93
Estaño, 93
Etruscos, 143
Eufrates, río, 10, *mapa* 13, 20, 39, 65
Europa, origen de los hititas en, 10, 17, 20
Expansión territorial, 12, 20, 27, 73-79

por diplomacia, 10, 16, 73, 74-75
por la guerra, 16, 27, 73-74, 75-78

F
Falsa bóveda, 122
Fenicio-hititas, textos bilingües, 59, 63-64
Feudos familiares, establecimiento por medio de ritos, 104, 110-111
Figurillas, 21
cristal de roca, 150
marfil, 150
oro, 151
plata, 148-149
terracota, 100
Filisteos, 142
Forrer, Emil, 61-62
Fortificaciones, 10
de Hattusa, 10, 25-27, 34, 77, 114, 115, 116, 117, 118, 119-122
de Karatepe, 59, 63
Fortificaciones de ingeniería, 118, 119-122
Frigia, frigios, *mapa* 13, 143
Fundición, 93

G
Ganado, 68-69, 91-92
Garstang, John, 43
Gemelos, escultura de los dioses, 147-148
Germánicas, tribus, comparación de los hititas con, 17
Gobierno, 98-101
asamblea *(pankus)*, 17, 98
monarquía absoluta, 17, 98-99
monarquía "constitucional", 17
Göreme, *mapa* 13, 67
"Gran Rey", título, 30, 74, 81
Granja, 70-71, 91-92
labores agrícolas, 92
Grecia, griegos, 12, *mapa* 13
aqueos, 142
lengua de, 58
momitología de, 146
Green, W. Kirby, 36-38
Gremios, 94
Guarniciones, 27
Guerra, 10, 16, 27, 73-74, 75-78, 99
Guillermo II, emperador, 40, 43
Gurney, O.R., 16, 95
Güterbock, Hans G., 24, 146

H
Hachas de combate, 75, 77
Hamath (Hama), *mapa* 13, 26
Hamath, piedras de, 36-37, 38, 53, 54
Hamatitas, inscripciones, 37, 38-40, 44
Hammurabi, rey de Babilonia, 61-62
código de, 61, 94
Hantili, rey hitita, 117
Hasan Dagi, *mapa* 13, 68-69
Hatti, país de, *mapa* 13, 14, 16, 73, 115
mencionado en textos asirios y egipcios, 16, 39, 41, 80, 143
Hattusa, 9-10, *mapa* 13, 18-19, 25-31, 35, 105, 115, *mapa* 116, 117-130
aldeas prehititas en el lugar de, 115
área de, 9, 25
Ciudad alta (nueva), 116, 118, 123
Ciudad baja (vieja), 116, 123, 126
excavaciones en, 43-44, 62, 129
fortificaciones, 10, 25-27, 34, 77, 114, 115, 116, 117-118, 119-122
Gran Templo, 19, 22-23, 25, 28-29, 35, 116, 123, 125, 126-127, 128, 129
objetos hallados en, 100, 114, 138
poshitita, 143-144
Puerta de la Esfinge, 116, 118, 152-153
Puerta de los Leones, 26-27, 34, 116, 119, 120
Puerta Real, 116, 120-121, 152
redescubrimiento de, 34-35, 42
relieves, 8, 14, 119-120, 152
se convierte en la capital hitita, 9, 14, 20, 76, 98, 117
Hattusili, I, rey hitita, 20, 21, 76, 98, 117, 146
testamento político de, 57
Hattusili III, rey hitita, 51, 79, 81-82
tratado con Ramsés II, 44, 81-82, 88
Hazannu (oficial), 118, 130
Hebat, diosa del Sol, 48-49, 101
Hebreos, 145
Heródoto, 39
Hierro, 12, 74, 93
fuentes, 93
fundición, 93
Hititas: llegada al Asia Menor, 11-12, 20
legado de, 145-146
origen de, 10-12, 42
origen del nombre, 14
Hoffner, Harry, A., Jr., 145
Hrozny, Bedrich, 58-61
Hupasiya, 134-135
Hurri, hurritas, *mapa* 13, 101, 146
Hurri (toro sagrado), 101, 133
figura de terracota, 100

I
Idolos, 128, 147-151
culto, 128-129
Illuyanka, dragón mítico, 103, 134-135
Inara, diosa, 134-135
Indoeuropeo, lengua, 10, 56, 58-60
Irrigación, 92
Ishtar, diosa, 101
Israelitas, 9, 93, 94, 146
Istanu, dios, 101
Isuwa, reino de, *mapa* 13, 78
Ivris, *mapa* 13
relieves rupestres de, 38

J
Jebusitas, 9
Jerjes, rey de Persia, 12
Jeroglíficos hititas, 12-14, 34, 37, 52
en el sello bilingüe de Tarkumuwa, 54-55, 56
en las bilingües de Karatepe, 59, 63-64
sistema de lectura *boustrophedon*, 53
sistema silábico de, 54
usados por los neohititas, 140, 144
Johnson, J. Augustus, 36
Judicial, 95, 112
deberes de los oficiales de guarnición, 16, 95
el rey como juez supremo, 74, 95, 99
Juicios, 95
de prueba, 98
Justicia, respeto por, 16-17, 95

K
Kammergruber, lugarteniente, 60
Kamrusepa, diosa, 137
Kanesh (Kültepe), *mapa* 13, 14
karumasirio de, 11, 14, 20, 91, 96
paisaje, 65
Karabel, *mapa* 13
relieve rupestre de, 32
Karatepe (Montaña Negra), *mapa* 13
ruinas de la fortaleza, 59, 63
Karkisa, *mapa* 13
Karnak, templo de, 44, 81
Karums, colonias de mercaderes, 67, 92
en Hattusa, 115
en Kanesh, 11
Kaska, *mapa* 13, 117, 142, 143
Kizzuwatna, *mapa* 13, 65, 93, 110
Knudtzon, J.A., 58
Kode, 143
Kültepe (Kanesh), 11, *mapa* 13
Kumarbi, dios, 102-103, 131, 132
Kushukh, dios, 101
Kussara, ciudad-estado de, *mapa* 13, 14, 16, 20, 117

L
Labarna I, rey hitita, 20, 70, 76
Labarna II, rey hitita, 20, 76, 98, 117
Ladrillo, de adobe, uso del, 10, 91, 115, 119, 123, 124, 139
Lanzas, 75
Lápida funeraria neohitita, 141
Lengua acadia, 16, 42-44
Lengua aramea, 144
Lengua hitita, 10, 16, 42, 44
en su origen llamada Arzawa, 42, 43, 44, 53, 56, 58-60
origen indoeuropeo de, 10, 56, 58-60
Lenguas: hitita (Nesita), 10, 16
indoeuropea, 10, 56, 58-60
lengua oficial (acadio), 42, 43-44
neohitita, 144
tipos usados por los hititas, 16
"León de piedra" de Karatepe, 62-63
Ley, 16-17, 94-98, 105, 112
control laboral y de precios, 94
criminal, 94-95, 112, 113
de sucesión hereditaria monárquica, 20, 99
familiar, 94, 95
militar, 110
propiedad, 91-92

textos, 94, 98
Ley familiar, 94, 95
Licia (Lukka), *mapa* 13
Lidia, *mapa* 13
Lino, 92
Literatura, 21
Lukka (Licia), *mapa* 13
Luwita, lengua, 10, 16, 60, 144
Luwitas, 10
Luwiya-Arzawa, *mapa* 13
Luxor, relieves del templo de, 84-85, 88-89
Luzzi, trabajo forzoso de hombres libres, 124

M

Madduwatta, 24
Madera de construcción, 92
Magia, ritos de, 104, 105-111, 124
Malatya, *mapa* 13
Mar Egeo, 10, *mapa* 13, 65
Mar Negro, 10, *mapa* 13, 65
Marfil, talla, 150
Mármara, Mar de, 12, *mapa* 13
Masa, *mapa* 13
Mastigga, sacerdotisa, 110-111
Medicina, 124
y magia, 106-107, 108-109, 142
Medinet Habu, templo de, 143
Mediterráneo, Mar, *mapa* 13, 76
litoral, 70
"pueblos del mar" en, 142-143
Meriggi, Piero, 61, 62
Merneptah, faraón, 82
Mesopotamia, 10, 76, 101, 147
Messerschmidt, Leopold, 61
Metales, 75, 92-93
comercio, 11, 92-93
Metalurgia, 92-93, 148-149, 151
fundición, 93
Migraciones, en masa, 143
Minerales, recursos, 75, 92-93
Mira, *mapa* 13
Mitanni, reino de, *mapa* 13, 67, 76, 77, 78, 80.
alianza de Egipto con, 76, 77, 78
conquista hitita de, 78
Mitología hitita, 21, 101-103, 131-137
comparada con la griega, 103, 146
Molde, esteatita, de Kültepe, 90
Monarquía: absoluta, 17, 98-99
constitucional, 17
Mujer, situación de la, 94
Murallas, de la ciudad, 10, 25-27, 34, 77, 114, 115, 116, 117-118, 119-121
Mursili I, rey hitita, 20, 57, 76, 98-99
Mursili II, rey hitita, 73, 74, 78, 79, 80, 142, 146
Mursili III, rey hitita, 81
Museo Arqueológico de Estambul, 36-38
Museo Británico, 38, 39, 41, 55
Música, 125, 129
Muwatalli, rey hitita, 79-81
en la batalla de Qadesh, 80-81, 83, 84, 86, 87, 88

N

Neohititas, 20, 33, 140-141, 144-145
Nesa, 14, 16
Nesita, lengua, 16
Nisantepe, Hattusa, 116
Nuhasse, reino de, *mapa* 13, 78

O

Ocupaciones, 92, 93-94, 124
Oficiales, 99, 118, 130
Oro, 73, 93
figurilla hitita, 151
objeto prehitita, 148
Orontes, río, *mapa* 13, 81
Ovejas, pastoreo, 68-69

P

País Bajo, 68-69
Paisajes, 65-71
Palacios, reales, 99
de Hattusa, 19, 25, 30-31, 115, 116, 123
Palaico, lengua, 16, 60
Pan, 93
Pankus (asamblea), 17, 98
Pena de muerte, 94-95
Penal, legislación, 94-95
Perrot, Georges, 39
Persas, 12
Piedra, construcciones de, 123
en fortificaciones, 10, 115, 119-122
del Gran Templo, 126, 128
Piedra, escultura de, 21, 138, 152-153
neohitita, 140-141
prehitita, 147
Piratería, de los "pueblos del mar", 142-143
Pitassa, *mapa* 13, 65
Pitkhana, rey de Kussara, 14
Plata, 55, 93
objetos hatti de, 148-149
Plomo, 93
Poternas (túneles), de Hattusa, 118. 122
Precios, control de, 94
Propiedad, leyes de, 91-92
Protectorados, 30
Públicos, trabajos, 94, 124
Puduhepa, reina hitita, 81, 82
"Pueblos del Mar", 142-143
prisioneros, 15
Puerta de los Leones, Hattusa, 26-27, 34, 116, 119, 120
Puerta de Tierra, Hattusa, 122
Puerta Real, Hattusa, 116, 120-121
relieve, 152
Puertas, de Hattusa, 26-27, 116, 118, 119-122, 123
Puñales, 75
Purulli, festival, 103-104

R

Ramsés II, faraón, 44, 79, 80-82
en la batalla de Qadesh, 80-81, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89
Ramses III, faraón, 143
Rapto, 95
Reino Antiguo, 20
Relieves, 21, 32, 39, 59, 63
en Hattusa, 8, 14, 119-120, 152
en Yazilikaya, 14, 34, 45, 46-51, 53
neohititas, 140-141, 144
Religiosos, festivales, 20, 28, 99, 101, 103-104, 105, 125, 128-130
Ritos, de magia, 104, 105-111, 124
Rosetta, piedra de, 54
Ruedas, de carro, 76
Rupestres, relieves

S

Sacerdotes, 105, 112, 125, 128-129, 130
los reyes como sumos sacerdotes, 28, 74, 99, 126
situación, 105, 106-111
Sacrificantes, 106-107, 110-111
Sacrificio de animales, 104, 110-111, 124-125, 128, 129
Sacrificio, religioso y de magia, 57, 99, 104, 105, 108, 110-111, 124-125, 128-129, 137
Samaria, sitio por parte de los sirios, 33
Sarikale, Hattusa, 116
Sayce, Archibald Henry, 33, 39-41, 42, 43, 44, 53-56, 64
Schliemann, Heinrich, 42
Sellos, 21
legales, 102
reales, en un tratado, 75
Sharruma, dios, 51
Shaushka, diosa, 101
Sheri (toro sagrado), 101, 133
Siria, sirios, 9, *mapa* 13, 15, 33, 65, 146
enfrentamientos egipcio-hititas en, 10, 42, 79, 80-81, 83, 84, 88
enfrentamientos entre Mitanni y los hititas en, 76, 77-78
escaramuzas de los "pueblos del mar" en, 142-143
Sitio, guerra de, 76
Soldado, juramento del, 112
Steinherr, Franz, 63, 64
Subhi Pasha, 36-38

T

Tablillas de arcilla, cuneiformes, 11, 41, 44, 53, 56-57
archivos de Hattusa, 10, 14, 43-44, 53, 56-57, 58-61, 62, 91, 94, 98, 101, 128
de Tell el-Amarna, 41-42
Tarhuntassa, *mapa* 13
Tarkumuwa, sello de, 54-55, 56
Tashimishu, dios, 102, 131
Tauro, montes, *mapa* 13, 42, 62, 76
Tavium, *mapa* 13, 33, 34
Tebas, relieve del templo de, 86-87
Telipinu, dios, 21, 136-137
Telipinu, rey hitita, 20, 99
Tell el-Amarna, cartas (tablillas de arcilla), 41-42, 58

Templos y santuarios, 101, 105, 116, 123, 124-125
arquitectura, 115, 126-127
Gran Templo de Hattusa, 19, 22-23, 25, 28-29, 35, 116, 123, 125, 126-127, 128-129, 130
Terracota, esculturas de, 100
Teshub, dios de la tempestad, 28, 48-49, 99, 101, 102-104, 127, 131, 132-133, 134-135, 136
comparado con Zeus, 146
culto al ídolo de, 128-129
Texier, Charles-Félix-Marie, 33-35, 39, 42, 45, 46, 62, 64
Tigris, *mapa* 13, 102, 131
Tirrenios, 142
Toros del dios de la tempestad, 100, 101, 103, 133
Trabajo: granja, 92
gremios, 94
reclutamiento, 94, 124
régimen laboral, 94
Tratados, 10, 16, 17-20, 30, 74-75, 146
hitito-egipcios de no agresión, pacto de defensa mutua (1824 a.C.), 44, 81-82
sello, 75
Tributo, de los estados vasallos, 30-31
Turquía, 9, 12
otomanos, 34, 43
seljúcidas, 21
Tutankhamon, faraón, 72, 78

U
Ubelluri, dios, 103, 132, 146
Ugarit, *mapa* 13
invasión de los "pueblos del mar" en, 142-143
tratado con, *75*
Uhhamuwa, sacerdote, 108
Ullikummi, dios, 103
canción de, 132-133
Urano, dios griego, 146
Urías, 9

V
Vasallos, estados, del Imperio hitita, *mapa* 13, 16, 27, 73-75, 78, 142
Vegetales, cosecha, 122
Vino, cultivo de, 92

W
Ward, William Hayes, 53
Wassukanni, 78
Winckler, Hugo, 43-44, 53, 56-58, 62
Wisuriyanza, diosa, 146
Wright, William, 36-38, 39, 40-41, 44, 64

Y
Yazilikaya, santuario, 14, 34, 45-51
Yelmos, 14, 76

Títulos publicados

1 El Eslabón Perdido (I)
2 El Eslabón Perdido (II)
3 La Vida antes del Hombre (I)
4 La Vida antes del Hombre (II)
5 El Primer Hombre (I)
6 El Primer Hombre (II)
7 El Hombre de Neanderthal (I)
8 El Hombre de Neanderthal (II)
9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
11 Los primeros Americanos (I)
12 Los primeros Americanos (II)
13 El Neolítico (I)
14 El Neolítico (II)
15 Los Constructores de Megalitos (I)
16 Los Constructores de Megalitos (II)
17 El Descubrimiento de los Metales (I)
18 El Descubrimiento de los Metales (II)
19 Los Celtas (I)
20 Los Celtas (II)
21 El Nacimiento de la Escritura (I)
22 El Nacimiento de la Escritura (II)
23 Los Fenicios (I)
24 Los Fenicios (II)
25 Los Hititas (I)
26 Los Hititas (II)

Próximo volumen

27 Las Primeras Ciudades (I)